

# FBI



SECRETO  
DE  
ESTADO.

por Eddie Thorny



EDDIE THORNY

# SECRETO DE ESTADO









San Bernardo, 68 - MADRID

C O L E C C I O N

F . B . I .



# I

## DECISIÓN DESESPERADA



EJANDO atrás las orillas pantanosas del lago Michigan, el tren cruzaba a toda marcha las tierras llanas y feraces de Indiana. Hacía largo rato que el día huyó vencido y las sombras de la noche se extendieron sobre los campos nevados. Con movimiento maquinal y gesto aburrido, Chester Allan Cain miró su reloj: las ocho y media. La mejor hora para ir al coche restaurante. La mayoría de los viajeros habrían cenado ya y no tendría que compartir la mesa con cualquier individuo entremetido y charlatán.

Se puso en pie. Era un hombre joven, con más de seis pies de

estatura, de pelo crespo, frente despejada, aire resuelto y mirada franca. Lo curtido de su tez hablaba de una vida en contacto con la Naturaleza; la anchura de sus hombros, contrastando con la estrechez de su cintura, denotaba al verdadero atleta. Al incorporarse comprobó, un poco instintivamente, que la pistola seguía en la sobaquera, presta para ser utilizada en cualquier instante y, aunque no creía que pudiese amenazarle ningún peligro, sonrió satisfecho.

Cerró al salir la puerta de su departamento y se aventuró por el pasillo. Alguien debía haber dejado abierta una ventanilla y soplaba un vientecillo helado, mezclado con algunos copos de nieve. No había nadie a la vista y avanzó sin prisas con rumbo al coche-restaurante.

Llegaba al extremo del vagón, cerca de la plataforma delantera, cuando un grito ahogado de mujer le hizo detenerse. Indudablemente salía de un departamento cuya puerta aparecía cerrada. Aguzó el oído, acercándose a la puerta, y tuvo la certidumbre de que algo desagradable ocurría en su interior. Una voz ronca —de hombre, sin la menor duda— decía en aquel instante, en tono apagado:

—¡Es inútil, dulzura! Por mucho que te resistas...

—¡Miserable! Si no me suelta...

El espíritu caballeresco, del que jamás había logrado desprenderse, forzó a Chester a intervenir. Golpeó con los nudillos la puerta, preguntando:

—¿Ocurre algo?

Sin abrir la puerta, la voz del hombre replicó, en tono malhumorado:

—Nada que le importe, amigo. Lárguese con viento fresco y déjenos en paz.

Pero, al mismo tiempo, Chester creyó percibir un gemido de mujer. Se imaginó que aquel individuo le estaba tapando la boca, para impedirla pedir socorro, e insistió:

—Necesito verlo para convencerme.

La respuesta fue una maldición, seguida del ruido de una lucha sorda, que finalizó con un grito ahogado de la mujer. Chester no quiso esperar más. Lanzó con fuerza sus ochenta kilos contra la puerta, que se abrió de par en par, dando la impresión de no estar

cerrada por dentro.

Ante sus ojos apareció el cuadro esperado. Un hombre alto, de cuello corto y cabeza cuadrada, pobladas cejas y rostro que parecía reflejar una acentuada brutalidad, estrujaba entre sus brazos a una muchacha joven, rubia y bonita. La tenía acorralada contra el fondo del departamento, tapándola la boca con la mano derecha para impedirle gritar. Los ojos de la mujer —grandes, rasgados, profundamente azules— reflejaban un agudo terror y aparecían empañados por las lágrimas.

—¡Suéltela, cobarde!

El individuo se volvió con presteza. Tenía cierto tipo de gorila, con el pecho abombado, las piernas cortas y los brazos largos y musculosos. Miró iracundo al intruso. Haciendo un claro esfuerzo por contenerse, replicó, irritado:

—¿Quién le autoriza a mezclarse en esto?

—Cualquier persona decente tiene la obligación de intervenir en defensa de una mujer atropellada.

—¡Bah! Ni aquí hay ninguna mujer atropellada ni nadie ha pedido su ayuda.

Aunque en tono colérico parecía hablar con perfecto aplomo, como si no hubiera nada vergonzoso en su actitud de cinco segundos antes. Pero Chester miró a la muchacha y supo a qué atenerse. Su mirada, su gesto, su actitud entera constituían una muda súplica de socorro.

—Me gustaría que fuera ella quien lo dijese.

—¡Lo he dicho yo, y basta! Fuera de aquí, antes de que tenga que echarle a patadas...

—Pruebe a hacerlo, si se atreve...

Los labios de su contrincante se contrajeron en una sonrisa burlona. Midió a Chester de pies a cabeza con una mirada desdeñosa.

—¿Si me atrevo? Ahora verás...

Adelantándose un paso, alargó el puño derecho. Lo hacía con la firme convicción de que tan pronto como tropezase con la cara del intruso a éste no le quedarían ganas de volver a meterse en los asuntos ajenos.

Con gran asombro suyo, el puñetazo se perdió en el vacío. Chester hizo un rápido quiebro y el puño de su contrincante no

llegó a rozarle siquiera. Los suyos, en cambio...

Dominaba a la perfección el boxeo: fue campeón universitario del peso medio; más tarde, en el Ejército ya, llegó a ser considerado como invencible entre los semipesados. Pegaba con dureza extraordinaria y rapidez y precisión desconcertantes. Y su enemigo tuvo ocasión de comprobarlo una décima de segundo después.

El puño izquierdo de Chester golpeó con terrible eficacia el plexus solar del individuo con tipo de gorila, que lanzó un ahogado gemido y se inclinó instintivamente hacia adelante. Entonces entró en funciones la mano derecha de Allan Cain, que fue a estrellarse con matemática precisión contra la punta de la barbilla de su adversario.

Los golpes produjeron el efecto que Chester esperaba. Aunque su contrincante era un hombre duro y resistente, salió proyectado contra una de las paredes del departamento. Se repuso entonces con sorprendente rapidez. Con movimiento vertiginoso metió mano en el bolsillo y pretendió sacar un arma, al tiempo que gruñía:

—¡Voy a pagarte en plomo!

Chester Allan Cain no perdió el tiempo en gritos de susto ni advertencias inútiles. De un salto estuvo junto a su contrincante. Como garfios de hierro, sus dedos se cerraron en torno a la muñeca derecha del tipo que le amenazaba. Retorció el brazo con tan salvaje violencia, que se oyó el chasquido del hueso, la pistola se le escapó de la mano y quedó un instante inclinado ante él. Soltándole la muñeca, Chester le asestó un puñetazo en la nuca. Llevaba la energía precisa para derribar a un toro y su contrincante rodó por el suelo.

—¡Le ha matado! —exclamó horrorizada la joven.

Chester se volvió a mirarla. Podría tener veintidós o veintitrés años y era extraordinariamente bonita, de aspecto frágil y delicado como una porcelana de Sajonia. Temblaba de pies a cabeza y sus ojos reflejaban un agudo temor. Procuró tranquilizarla:

—No le he matado, aunque se lo merecía. Él sí lo habría hecho conmigo, pero a mí me basta con hacerle dormir un ratito. ¿Es algo suyo?

La joven negó con un enérgico movimiento de cabeza. Habló a continuación en tono apresurado, con voz armoniosa, que tenía un ligero acento alemán o eslavo. Aquel individuo pretendía conseguir

de ella, por la fuerza, lo que no estaba dispuesta a darle de ninguna manera. La venía siguiendo desde Chicago; había penetrado en su departamento en un momento de descuido y una vez allí...

—¿Pero le conocía usted?

Sí, le conocía. Se trataba de míster Francis Maloney, dueño de unos grandes almacenes de Chicago. Durante tres meses había trabajado con él como secretaria. Luego le hizo ciertas proposiciones inadmisibles y la muchacha tuvo que despedirse.

—Es un tipo dominador y brutal. Cree que tiene derecho a todo lo que se le antoje. Me dijo que tendría que ser suya por el dinero o por la fuerza. Conociéndole, tuve miedo y decidí marchar a Nueva York, donde tengo algunos parientes. Pero míster Maloney debió enterarse y montó en el mismo tren.

—¡Pues le aseguro que no tardará en apearse y dejarla definitivamente tranquila!

Trajo un vaso de agua del lavabo y se la echó a la cara al individuo desmayado. Maloney se agitó inquieto, acabando por abrir los ojos. Al cabo de un par de minutos se sentó en el suelo y miró, desconcertado, en torno suyo.

—¿Qué, amiguito, se convence de lo peligroso de recurrir a la violencia?

El interpelado replicó con un gruñido. Después, no sin realizar un visible esfuerzo, se puso en pie. Las piernas no parecían sostenerle muy bien y tuvo que apoyarse en la pared. Sin perder de vista ninguno de sus movimientos, Chester volvió a hablar:

—En la primera parada tendrá que apearse. La señorita no quiere nada con usted y a mí me molesta que continúe en el tren.

—¿Y si me niego? —preguntó, en tono desafiante, Maloney.

—Podrían ocurrir dos cosas —replicó, sin perder la calma, Chester—. La primera, que me obligase a tirarle por la ventanilla con el tren en marcha. No creo que le agrade la perspectiva. Y en cuanto a la segunda...

—¿Qué?

—Entregarle a la Policía. Ha intentado abusar de una mujer y pretendió asesinarme cuando salí en su defensa. ¿Sabe lo que esto significa? En el mejor de los casos, tres o cuatro años de encierro. Si le conviene...

Maloney pareció meditar por espacio de dos minutos. Su mirada

fue alternativamente de la muchacha, en cuyos ojos veía un gesto de profundo desprecio, a Chester, que seguía empuñando la pistola que le arrebató momentos antes.

—«Okay», muchacho. Usted gana... por ahora. Pero volveremos a vernos y tendrá que sentir lo que hace ahora...

—Si vuelve a amenazarme —contestó, irritado, Chester— es muy probable que no le dé tiempo siquiera a sentirlo...

El tren iba amortiguando su marcha al acercarse a una estación de segundo orden, donde no se detendría arriba de un minuto. Chester apremió a su adversario:

—¡De prisa, amigo! Tire para afuera. Tiene que quedarse aquí...

—Pero así, sin recoger el equipaje...

—Mejor será que pierda el equipaje que la vida —gruñó, en tono de franca amenaza, Chester, cubriéndole con el cañón de la pistola.

Por los ojos de Maloney cruzó un relámpago homicida. Dominándose con un gran esfuerzo, sus labios se movieron como si fuese a decir algo. Al final se encogió de hombros, dirigió una última mirada a la muchacha, que permanecía silenciosa y amedrentada en el fondo del departamento, dio media vuelta y echó a andar.

Ganaron la plataforma en el instante mismo en que se detenía el tren. Chester, que iba silencioso junto a su adversario, abrió la portezuela, invitándole a descender al andén. Maloney pidió de nuevo:

—Permítame recoger mi equipaje. Encima no llevo ni siquiera el dinero preciso para pagar un hotel o coger el tren de vuelta.

—¡Mejor! Así aprenderá los peligros que tiene acosar a muchachitas decentes. ¡Abajo!

Tuvo que apearse. Una vez en el andén, hubo de permanecer, por orden de Chester, silencioso e inmóvil a un par de metros del tren. Desde la plataforma, su adversario seguía vigilándole. Quería tener la plena seguridad de que no intentaría en el último instante subir de nua al convoy.

—Le pesará todo esto —gruñó Maloney, cuando el tren reanudaba su marcha, dejándole tirado en el desierto andén de la estación de un desconocido pueblecito de Indiana.

Chester Allan Cain sonrió al escuchar la amenaza. Seguramente no volvería a ver a aquel tipo en todos los días de su vida. Y si

tornaban a verse, ya procuraría que lo ocurrido esta noche tuviera una segunda edición, corregida y aumentada.

—¡Muchas gracias, señor! No sé cómo agradecerle el favor que me ha hecho.

En pie en la puerta de su departamento la muchacha le hablaba con expresión de gratitud emocionada. Chester pudo mirarla ahora con mayor detenimiento. Era de mediana estatura, bien proporcionada, vestida con sencillez no exenta de elegancia, y su voz tenía un sonido armonioso, cantarín, con un leve acento extranjero.

Pero acaso sería exagerado decir que Chester reparó en todo esto en un primer instante. En realidad, apenas si pudo apartar la mirada del rostro de la joven. Mentalmente hubo de reconocer que no había visto otro más atrayente y perfecto en sus treinta y cuatro años de existencia. En el óvalo perfecto de la cara, enmarcada por unos cabellos dorados, destacaban unos ojos grandes, inmensos, de dulce expresión acariciadora, bordeados por largas pestañas rizadas; la nariz era recta, fina, como soñada por un artífice del período helenístico; la boca, pequeña, sin pintar, de labios perfectamente dibujados, mostraba al hablar unos dientes de blancura inmaculada.

—¡No tiene importancia, señorita! Cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi caso...

—Es posible, aunque lo dude —repuso la muchacha con una triste sonrisa—. De cualquier forma, fue usted quien lo hizo y es a usted a quien tengo que agradecerse.

—Creo —afirmó, galante, Chester— que soy yo quien debe estarle agradecido a ese Maloney, ya que me ha permitido la satisfacción de conocerla y hablarla...

—¿Supone que merecía el riesgo que ha corrido? —inquirió la muchacha, halagada, con una instintiva coquetería.

—Merecía correr peligros mil veces mayores —contestó, impetuoso, Chester.

—Pues acaso los corra si míster Maloney vuelve a encontrarle en su camino.

Hablaban en pie en el pasillo, delante del departamento de la muchacha. De pronto, Chester recordó que se dirigía al coche-restaurant para cenar cuando le detuvo el ruido de la pelea entre la joven y su poco amable exjefe. ¿Qué tal si cenaran juntos?

Podrían charlar una hora y el tiempo se les haría más corto. En cualquier caso, serviría para que la muchacha olvidase el desagradable incidente.

No sin ciertas vacilaciones y resistencias acabó aceptando la joven. Llegaron al restaurante cuando estaba casi vacío, porque la mayoría de los viajeros habían concluido su yantar.

La hora que permanecieron sentados a la mesa no le pareció a Chester que tuviese arriba de quince minutos. Doris Hart —que así dijo llamarse la muchacha— resultaba una compañera maravillosa. A su extraordinaria belleza, unía una inteligencia rápida, una gracia natural y espontánea, una amplia cultura sin pedantería de ninguna clase y cierta facilidad de palabra.

Hija de un diplomático americano y de una dama austríaca, había vivido años enteros en Europa. Conocía perfectamente Viena, Berlín, París y Londres. Chester había pasado largas temporadas en las cuatro grandes ciudades —como componente de las fuerzas expedicionarias americanas destacadas en Inglaterra primero, formando parte de las tropas de desembarco después y como miembro de las unidades de ocupación y de la Military Police por último—, pero hubo de reconocer que la muchacha tenía un conocimiento mucho más profundo de la vida, las costumbres, la cultura y la historia del viejo continente.

—Es posible que de lo que yo conocía y amaba —afirmó Doris— no quede casi nada en pie. Cuando, en mil novecientos cuarenta y uno, los Estados Unidos entraron en la guerra, regresamos a América. No he vuelto a Europa. Acaso si la viese ahora, no reconocería la mayor parte de sus ciudades.

Afirmaba que, muerto su padre, tuvo necesidad de ganarse la vida trabajando. Había tenido suerte, ayudada por su perfecto conocimiento del alemán y el francés. Sólo sufrió un contratiempo: que mister Maloney llegara a sentir por ella una pasión violenta y brutal.

—Espero no tardar en hallar otra colocación. Mientras tendré que vivir con mamá en su apartamento de Raferty Street. Brooklyn es un poco sórdido y triste, pero no hay otra solución.

Chester acompañó a la muchacha hasta su departamento y aguardó en el pasillo hasta que la hubo oído cerrar por dentro. Marchó entonces al suyo. Aunque el mozo del vagón, que parecía

esperarle, se apresuró a hacerle la cama, no pensó un instante en meterse en ella.

Corrió el cerrojo de la puerta, se sentó en la cama, sacó un libro y, luego de colocar la pistola al alcance de la mano, se dispuso a pasar la noche leyendo. Las instrucciones recibidas al salir de Chicago eran concretas y terminantes; debía permanecer vigilante toda la noche, sin consentir que le venciera el sueño. El sobre que el inspector Durkin le había confiado, en un encuentro aparentemente casual en un bar de Alaska Avenue, cinco minutos antes de la partida del tren de Nueva York, contenía documentos del mayor interés.

—Nadie sabe quién es usted ni que los lleva encima. De cualquier forma, no se confíe. En la estación Neoyorquina estará esperándole Gordon Shuken. Es de suma importancia que el sobre esté en su poder mañana por la mañana.

Chester Allan Cain no llevaba más de seis meses en la Policía federal, pero en modo alguno podía ser considerado como un novato. Tras alcanzar, por méritos de guerra, la graduación de capitán, había pertenecido durante un año entero a la Military Police de Berlín, y otros dos al servicio de Información de las fuerzas de ocupación en Alemania. La eficacia de su labor y los éxitos alcanzados en el desempeño de distintas y arriesgadas misiones, fueron precisamente las credenciales que le abrieron las puertas del FBI. Sus jefes podían dormir tranquilos. No este trabajo, que, al parecer, no entrañaba peligro alguno, sino otros de cien veces mayor importancia, podían serle encargados en la plena seguridad de que sabría llevarlos a feliz término.

Al montar en el tren había observado con atención si alguien se fijaba en él o seguía sus pasos; más tarde, encerrado durante dos horas en su departamento, vigiló si alguien rondaba su puerta. Incluso logró averiguar, de una manera discreta, que los departamentos contiguos al suyo iban ocupados por señoras de cierta edad. Podía, pues, pasar la noche tranquila. Si había, quien tenía interés en apoderarse de los documentos contenidos en el sobre, debía haberlos perdido la pista antes de que llegasen a manos de Durkin o cuando el inspector se los entregó de manera disimulada en el bar de Alaska Avenue.

De pronto experimentó una extraña sensación. Era como si un

sueño repentino fuera apoderándose de todo su ser. Trató de luchar contra el sopor que le invadía, pero no tuvo éxito. Los párpados le pesaban como si fueran de plomo. Quiso levantarse, para llegarse hasta el lavabo y refrescarse la cabeza. No lo consiguió y quedó tendido sobre la cama, durmiendo apaciblemente.

Cuando despertó era día claro. Un sol alegre y tibio atravesaba los cristales de la ventanilla. Con ligero sobresalto miró en torno suyo. Todo parecía en perfecto orden. A sus pies, caído en el suelo, estaba el libro que había empezado a leer; sobre la cama, la pistola en la misma forma que la dejó; la puerta cerrada por dentro. Miró por la ventanilla. Conocía el paisaje. Debían hallarse a quince o veinte millas tan sólo de Nueva York. ¡Había estado durmiendo durante diez horas!

La certeza del tiempo transcurrido, así como el recuerdo del extraño sopor que le invadió la noche anterior, volvieron a sumirle en un profundo desconcierto. Se llevó la mano al bolsillo interior de la americana y de sus labios se escapó un grito de asombro y cólera. Allí seguía la cartera, con su documentación y los cinco billetes de cien dólares que, por el momento, constituían todo su capital. Pero había desaparecido el sobre que unas horas antes le entregase en Chicago el inspector Durkin.

Tambaleándose como quien acaba de recibir un mazazo, fue hacia la puerta del departamento. En la cerradura advirtió señales ligeras, pero evidentes, de que había sido forzada. Alguien aprovechó su profundo sueño para violentar la puerta y arrebatarse los documentos confiados a su custodia.

¿Quién? El nombre y la figura de Doris Hart cruzaron instantáneamente por su cabeza. Su disputa con Maloney fue una comedia destinada a hacerle caer en sus redes; más tarde, durante la cena, tuvo ocasiones sobradas para administrarle el soporífero que le sumió en la inconsciencia. Por fortuna había despertado antes de lo que esperaban; todavía no estaban en Nueva York. Iría en su busca, y aunque fuese una mujercita de encantador aspecto y aire inocente...

Recogió la pistola, abrió de un golpe la puerta y corrió hacia el extremo posterior del pasillo. En dos saltos estuvo ante el departamento ocupado por la que decía llamarse Doris Hart. La puerta cedió fácilmente a su presión, pero en el departamento no

había nadie.

Una sola ojeada le bastó para convencerse de que la joven había desaparecido horas antes. La cama no estaba deshecha; no quedaba ni rastro de las maletas que vio la noche anterior. Allí no había nada que hacer. Volvió al pasillo y buscó al camarero negro, de servicio en el vagón.

—¿La señorita rubia del número diecisiete, señor?

—Se quedó en Cleveland cuando pasamos por allí a las dos de la madrugada.

—¡Imposible!

—Un poco raro nada más —repuso, con una amplia sonrisa, el negro—, porque tenía billete hasta Nueva York. Pero había un amigo esperándola en Cleveland, y... ¡ya sabe lo que son las mujeres!

—¡Conteste rápido! —le apremió Chester—. ¿Qué señas tenía ese amigo?

No sin ciertas vacilaciones respondió el camarero. El amigo de la señorita era un caballero alto, de cabeza cuadrada, muy ancho de hombros, de piernas cortas para su estatura y brazos muy largos.

—¡Indudablemente Francis Maloney! —exclamó, asombrado, Chester.

El negro le contempló con una risita irónica. Sin duda, pensaba que el tal Maloney era un rival afortunado en el amor de la chica. Cambió ligeramente de opinión cuando Cain le preguntó si había visto a alguien rondando su departamento o forzando la cerradura. Repentinamente serio, replicó:

—¡Seguro que no! Si yo cogiese a alguno tratando de robar... ¿Le han quitado algo, señor?

—Nada que pueda importarle, amigo —contestó con aspereza Chester, dando por terminada la charla.

En los minutos que faltaban para llegar a la estación, Chester recorrió el tren de un extremo a otro mirando en todos los departamentos y examinando a los viajeros. No pudo encontrar a los que le interesaban. Regresaba cariacontecido a su vagón, cuando, con un agudo chirriar de frenos, el expreso se detenía en su punto de destino.

Apenas había puesto los pies en el andén cuando se le acercó, impaciente, Gordon Shuken. Chester le conocía bien. Había

trabajado a sus órdenes en el servicio de Información; fue quien le convenció para que ingresara en el FBI augurándole una carrera brillante, repleta de triunfos resonantes. Aunque oficialmente no pasaba de ser un inspector más, desempeñaba uno de los puestos de mayor responsabilidad en el Estado Mayor del Federal Bureau.

—¡Venga el sobre, muchacho! Cuanto antes esté en Washington...

Un poco confuso, Chester contestó de que le había sido arrebatado en el camino. Shuken dirigió una mirada iracunda.

—¡Nada de bromas, amiguito! No las admito en un acto de servicio.

—¡Ojalá se tratase de una broma! —repuso Cain—. Desgraciadamente, he sido tan idiota como para dejármelo arrebatarse en el tren.

Gordon lanzó un resoplido, pero no contestó una sola palabra en el primer instante. Cogiendo de un brazo a Chester le obligó a salir de la estación en su compañía. Una vez dentro del automóvil que le aguardaba en la calle, gruñó:

—¡Mal asunto, muchacho! Te costará no sólo la expulsión, sino unos cuantos años a la sombra...

—¿Tan importantes eran los documentos? —inquirió, alarmado, Cain.

—Más de lo que te figuras. Tanto, que nos tocará andar de cabeza a todos. Incluso al propio Hoover.

Con el coche en marcha —iban a todo correr hacia el «headquarter»<sup>[1]</sup> del FBI en Nueva York—, dio algunas explicaciones. El sobre contenía una serie de «microfilms» sintetizando años enteros de afanoso laborar para la obtención de la famosa bomba H. Merced a ellos podría llegarse fácilmente a la obtención de un explosivo mil veces más poderoso del que devastó Hiroshima y Nagasaki, poniendo punto final a la segunda guerra mundial.

Los «microfilms» habían sido facilitados a un grupo de agentes extranjeros por cierto hombre de ciencia que tenía acceso directo al «sancta sanctorum» de la ciudad atómica de Los Alamos. La Policía federal, que vigilaba sus pasos, logró descubrir los manejos del famoso físico —un profesor, austríaco de nacimiento, nacionalizado en los Estados Unidos en 1938—, pero cuando le detuvo, ya habían

salido de sus manos los documentos capaces de hacer tambalear la invulnerabilidad americana.

El FBI había movilizado a todos sus agentes en las costas californianas, en las Rocosas y en el Middle West. En Denver pudo ser localizado el individuo que llevaba los documentos; en Chicago lograron arrebatárselos, no sin que se defendiera a balazo limpio, ocasionando la muerte de tres personas. Y cuando todo parecía resuelto, la estupidez de Chester Allan Cain hacía que el esfuerzo realizado hasta entonces resultara completamente inútil.

—¡Increíble! —murmuró Chester, abrumado—. ¡Pero si no he leído ni sabido una sola palabra de la detención del físico ni de la muerte de los agentes!

—¡Naturalmente! La publicidad no podía hacer otra cosa que perjudicarnos. Washington recomendó la máxima discreción, por considerar el asunto como secreto de Estado.

Llegaron al edificio en que el FBI tiene su sede en Nueva York. Shuken pidió a Chester que le dijese, con la mayor rapidez y precisión, cuanto pudiera recordar acerca de la llamada Doris Hart y del supuesto Francis Maloney. A los cinco minutos se disponía a entrar en acción. Ordenó a Cain:

—No te muevas de aquí con ningún pretexto. Debes considerarte como detenido hasta que aclaremos el asunto. ¡Y ojalá sólo sea hasta entonces!

Una hora después se hallaba de regreso. Su gesto decía bien a las claras el fracaso de todas sus gestiones. En Raferty Street no vivía ninguna *mistress* Hart. En Chicago había unos almacenes propiedad de un tal Francis Maloney, pero era un viejo de setenta años, sin hijos ni parientes cercanos, que no se había movido de la ciudad y que, desde luego, no tenía el más ligero parecido físico con el individuo que atacó a Chester en el expreso.

—¿Y preguntando en el State Department? —insinuó Cain—. La chica me dijo que su padre...

—No hay nada que hacer. No ha habido ningún diplomático americano llamado Hart que se casase con una austríaca.

Como cabía suponer, todos los datos facilitados por la muchacha eran falsos. Sólo quedaba la realidad de su aspecto físico y el de su acompañante.

—Aunque no será nada fácil dar con ellos si, como cabe suponer,

han abandonado ya los Estados Unidos.

En la estación de Cleveland se consiguieron algunos datos respecto a los desaparecidos. El supuesto Maloney llegó minutos antes de la arribada del expreso en un «Lincoln», en el que se alejó, acompañado de la muchacha, apenas descendió esta del tren. Toda la Policía local estaba movilizada buscando al coche y a sus ocupantes.

—No es fácil que se les encuentre. Tuvieron muchas horas por delante y seguramente supieron aprovecharlas.

Podían seguir ocultos en Cleveland, aunque resultaba muy problemático, más probable era que hubiesen cruzado el Erie en una gasolinera, para desembarcar en el Canadá o que cogieran un avión que les aguardara en cualquier punto más o menos cercano.

—Si no han llegado ya a Londres, no tardarán en hacerlo.

—Y, ¿por qué supone que puedan dirigirse a Inglaterra? No creo que los ingleses tengan nada que ver en el asunto.

—Ni yo tampoco. Pero existe, al parecer, un camino que lleva al otro lado del telón de acero. Y el comienzo de ese camino debe hallarse en Londres mismo.

Chester ya había oído hablar en múltiples ocasiones de la llamada «Ruta Pontecorvo», por ser la utilizada por el famoso científico italiano, al servicio de Inglaterra, Bruno Pontecorvo, para su huida al este de Europa. También era el camino seguido por los agentes de enlace del físico Klaus Fuchs para enviar a sus jefes los informes sobre la desintegración nuclear. Se suponía, con sobrado fundamento, que eran muchos quienes la utilizaban, entre ellos los diplomáticos Burgess y MacLean, desaparecidos espectacularmente en la primavera de 1951.

Habría que buscar por aquel lado, pero la tarea no resultaría nada fácil. Se ignoraba con exactitud por dónde pasaba el supuesto «camino», qué cómplices tenían quienes lo empleaban y, en este caso concreto, incluso a las dos personas —los supuestos Francis Maloney y Doris Hart— a quienes se perseguía.

—En estas condiciones, las posibilidades de éxito son muy remotas.

—Yo conozco a esos tipos —afirmó Chester— y si volviera a verlos...

—Volverían a reírse de ti —repuso, despectivo, Shuken—. Pero

no hay caso. No te encargarán esa misión. Entre otras razones, porque en este momento has dejado prácticamente de pertenecer al FBI.

Había algo más desagradable aún: la posibilidad de que Cain fuese llevado rápidamente a Washington para ser juzgado por negligencia e incluso como presunto cómplice. Convencido de su buena fe, Shuken estaba haciendo lo que estaba en su mano para parar el golpe. Desgraciadamente distaba mucho de confiar en un éxito inmediato.

—Lo mejor es que comas por ahí y luego vayas a mi casa. Quédate allí hasta que yo aparezca.

De mal talante, porque entendía que nunca como entonces era conveniente y necesaria una actividad febril, Chester obedeció disciplinadamente. Comió unos bocadillos en un bar de Broadway y marchó resignado a casa de Shuken. El inspector tenía un apartamento, compuesto de cuarto de baño, despacho y dos dormitorios, en la planta séptima de un edificio de la 77th Street. Cain iba a dormir en el piso cuando se hallaba de paso en Nueva York, ya que oficialmente estaba destinado en Washington.

Tenía en el bolsillo una llave del apartamento. Entró, se dejó caer en un sillón del despacho, al pie mismo del teléfono y esperó, contrariado, el desarrollo de los acontecimientos. En el piso no había nadie. Solterón recalcitrante, Shuken vivía solo y no solía recibir muchas visitas en su casa. Tan sólo por las mañanas, alrededor de las ocho, solía presentarse *mistress* Bentley, la mujer encargada de la limpieza.

Aguardó impaciente durante varias horas, que se le antojaron interminables. Al final, pasadas las seis de la tarde, cuando había caído la noche, se presentó el inspector. Venía del peor humor imaginable.

—Malas noticias, Chester. Encontramos el «Lincoln» abandonado cerca de Cleveland, pero no a quienes iban dentro. El coche había sido robado, naturalmente. Hay quien asegura que vio a dos personas que se parecían a tu «adorada» Doris y su distinguido jefe tomar una gasolinera para cruzar el Erie antes del amanecer. Si es verdad, y debe serlo, estarían en el Canadá a primera hora de la mañana.

—¿Y no les buscan allí?

—¡Apuesta que sí! Pero también que perderemos el tiempo. Tarde o temprano, sabremos que tomaron un avión para Inglaterra, pero será cuando ya no nos sea de ninguna utilidad la noticia.

El Estado Mayor del FBI había resuelto adelantarse a la noticia. Aparte de establecer contacto con el Intelligence Service inglés y el Deuxième Bureau francés, se disponía a mandar algunos de sus mejores agentes al otro lado del Atlántico, en un esfuerzo desesperado por rescatar los «microfilms» antes de que llegasen a manos de quienes podían utilizar los datos que contenían.

—Me gustaría ser uno de los que fueran —dijo Chester—. Yo le juro que enmendaré mi torpeza y que daré con esos tipos, aunque se escondan en el centro de la tierra.

—Lo siento, muchacho, pero no es posible. Tengo orden de que no te apartes de mi lado; por la mañana saldremos para Washington, y supongo que te tocará pasar un mal rato.

Planteó con crudeza la situación de Cain. Los jefes estaban indignados con él y hablaban de juzgarle con toda severidad.

—No les falta razón, aunque yo sigo confiando en ti y creo que podrías ser mucho más útil en Europa.

—Déjeme marchar, entonces. Si no me matan, tanto la chica como su acompañante...

—¡Imposible! Las órdenes que tengo son concretas y terminantes. Será otro el que vaya. Dentro de media hora sale un avión de la TWA para Londres. Tengo aquí un pasaje a nombre de Glover Leisen. ¿No le conoces? No me extraña. Será el amigo Barker quien viaje con ese nombre. Debe estar impaciente esperando mi llamada. Voy a telefonearle para que se pase inmediatamente por aquí...

Volvió la espalda a su interlocutor, para dirigirse a la mesa y descolgar el auricular. El cerebro de Chester trabajaba con celeridad vertiginosa en aquellos instantes. De pronto llegó a una resolución. De un salto se puso en pie. Poniendo a la espalda de Shuken el cañón de su pistola, ordenó, con voz excitada:

—¡Deje el teléfono, inspector, y estese quietecito! Sería una pena que tuviera que darle algún golpe.

Shuken obedeció lentamente. Luego, volviéndose, quedó mirando con gesto de extraordinario asombro al agente:

—¿A qué viene esta tontería, Chester? ¿Te has vuelto loco?

—Estoy más cuerdo que nunca. Pero también dispuesto a que el programa trazado en Washington sufra una pequeña modificación. ¡Venga el pasaporte y el pasaje para el avión!

—¿Podría saber lo que pretendes?

—Ir a Londres. A mí me quitaron los «microfilms» y he de ser yo quien los rescate.

—¿Olvidas las órdenes del Estado Mayor, la disciplina que prometiste respetar?

—¡Al diablo las consideraciones y los escrúpulos! Por encima de todo tengo que demostrar que no soy un traidor ni un cobarde.

—¿Y no has encontrado mejor procedimiento que amenazar, pistola en mano, a un superior tuyo?

—No tenía posibilidad de opción. ¡Basta de charla! ¡Deme de una vez lo que le he pedido!

—¿Y si me niego?

—Tendría que quitárselo a la fuerza.

—¿Matándome?

—No haría falta. Tengo veinte años menos y soy mucho más fuerte. Bastarían unos cuantos golpes para reducirle a la impotencia. Me dolería tener que hacerlo, porque sabe que le respeto y le quiero; pero si no me deja otro camino...

Se había cambiado la pistola a la mano izquierda y mostraba el puño derecho en gesto amenazador. Gordon Shuken comprendió que dos puñetazos propinados por Chester serían suficientes para hacerle rodar por tierra, perdido el conocimiento. Se decidió a entregar el pasaporte y el billete de avión exigidos.

—De cualquier forma, no te servirán de nada. Antes de que llegues al aeródromo te habrán echado mano.

—Se equivoca, amigo. No podrá avisar a nadie. Le dejaré aquí, atado y amordazado. Nadie vendrá en su busca hasta mañana por la mañana. Y cuando *mistress* Bentley le encuentre, yo estaré ya en Inglaterra.

Le obligó a poner las manos a la espalda, colocándole unas esposas en las muñecas; luego le hizo tenderse en el diván, atándole concienzudamente los pies. El inspector gruñó, colérico:

—Entonces, ¿era verdad que estañas de acuerdo con los tipos aquellos para entregarles los «microfilms»?

—No diga lo que está convencido que es mentira. Voy a buscar a

esas gentes, pero cuando las encuentre, no se alegrarán precisamente de volverme a ver.

Shuken asintió con un gruñido. Insistió, sin embargo, en que Chester había tomado una decisión descabellada. El FBI no se lo perdonaría nunca y le buscaría por el mundo entero. Sin que nadie le ayudara, colocado al margen de la ley, no podría ir muy lejos.

—¡Lo veremos! Voy a demostrar a esos caballeros de Washington de lo que soy capaz. No me ayudará nadie y me perseguirán todos, pero no tardaré en volver con los documentos en mi poder.

—¿Y entonces?

—Que hagan conmigo lo que quieran. Pero habré demostrado que soy digno de formar en las filas de los mejores. Y ahora, ¡adiós, inspector!

Se dispuso a ponerle la mordaza. Mientras lo hacía le pareció que Shuken murmuraba:

—Posiblemente tendré que encargarme de darte caza, Chester, por lo que estás haciendo ahora. Pero aun así..., ¡que tengas suerte, muchacho!



---

En todos los buenos quioscos venden  
AVENTURAS DEL F. B. I.

Los malos quioscos venden malos  
cuadernos infantiles

## II

### LA RUTA «PONTECORVO»



ASIL Young escuchó en silencio el largo relato, sin que su rostro reflejase la menor emoción. De vez en vez lanzaba al aire una bocanada de humo, mientras apartaba un instante la pipa de la boca. Pero ni separó un instante la mirada de su interlocutor ni le interrumpió con preguntas innecesarias. Cuando Chester Allan Cain hubo concluido, pareció meditar por espacio de un par de minutos y luego comentó:

—Cumpliendo con mi deber tendría que detenerte en el acto. Hace dos días que las autoridades americanas nos informaron de tu llegada, solicitando que te pusiéramos a buen recaudo hasta que se

efectuasen los trámites precisos para la extradición.

—¿Piensas hacerlo? —inquirió Chester, arrugando ligeramente el ceño.

—No. La historia que me has contado resulta extraordinaria, increíble..., pero la creo. De ti puede esperarse siempre algo sorprendente y extraño. Es posible que si mis jefes se enteran me cueste un disgusto; sin embargo, estoy a tu lado, como tú lo estuviste al mío en Boulogne, primero, y en Berlín, después.

De los labios de Chester se escapó un suspiro de satisfacción. No se había engañado al pensar que podría confiar en Young. Se conocieron durante una audaz operación de «comandos» contra Boulogne, donde ambos escaparon a la muerte por verdadera casualidad; más tarde, Cain tuvo ocasión de prestarle valiosa ayuda en un incidente desagradable producido en Berlín en los días de aguda tensión del famoso bloqueo. Ahora Basil Young ostentaba el cargo de inspector en esa rama del British Intelligence Service conocida con el anagrama QI.

—Es posible que colocado en tu situación, yo hubiera reaccionado en la misma forma. De cualquier manera, cuenta conmigo. Aunque no sé si te seré de alguna utilidad.

El QI llevaba años enteros trabajando sobre aquel problema sin haber llegado a resultados concretos y satisfactorios. Se tenía la seguridad de que existía la ya famosa «ruta Pontecorvo» que, comenzando en la City londinense, iba a desembocar en algún punto de la Europa Oriental. Pero mientras unos sostenían que atravesaba Francia y Alemania, otros creían que pasaba a través de Italia y Austria y no faltaban los que hablaban de Holanda y los países escandinavos.

En realidad, se ignoraba tanto el camino exacto que recorrían quienes utilizaban dicha ruta, como los medios de locomoción empleados. Los casos de Fuchs, Burgess y MacLean movilizaron al Intelligence Service en toda Europa; desgraciadamente, sus trabajos concluyeron en un fracaso. Encontraron numerosas pistas, dejadas a propósito por los fugitivos o sus cómplices, pero ninguna condujo a la meta deseada. Al final de las investigaciones se hallaban exactamente igual que al comienzo.

—Peor aún, porque ellos tienen la plena seguridad de nuestra ignorancia.

Chester planteó concretamente la cuestión que le interesaba. ¿No había indicio alguno de la llegada a Inglaterra de la muchacha y su acompañante? Teniendo presente que habría hecho el viaje en avión y no siendo demasiados los que en aquellos días habían arribado a la isla procedentes del Canadá, si los aeródromos estaban vigilados...

—Lo están —repuso Young, moviendo la cabeza—. Pero de igual modo que pasaste tú, pudo pasar esa parejita. Por otro lado, la tarea no es tan sencilla. Pueden viajar en avión, pero también en barco; venir del Canadá o directamente de los Estados Unidos; juntos o separados; con el mismo aspecto que les viste o con otro diametralmente opuesto. Y todo esto sin contar que muy bien pudieron elegir como lugar de desembarco en Europa, no Londres, donde supondrán que les estamos aguardando, si no París, Amsterdam, Lisboa, Madrid o Roma.

En su fuero íntimo Chester hubo de darle la razón. Que los supuestos Doris y Francis marcharan en avión a Inglaterra, no pasaba de ser una hipótesis más o menos verosímil, una corazonada mejor del inspector Shuken y de los jefes de la Policía Federal. Había cierta lógica en que así fuera. Pero ¿no estaba todo aquel asunto en contradicción aparente con la lógica más elemental?

Sin embargo, como se había comprobado en ocasiones anteriores, el envío de documentos conseguidos en los Estados Unidos por espías orientales se realizaba siempre a través de Londres. Esto ocurrió en los famosos casos de Rosemberg y Greenglass. ¿Por qué iban a cambiar de ruta si aquélla parecía garantizarles un éxito franco? La Policía británica, es cierto, redoblaba sus esfuerzos; pero también lo era que no había conseguido interceptar ninguno de los documentos ni detener a quienes los llevaban.

—Tienen que estar en Inglaterra —afirmó Chester.

—Es posible —admitió Young—. Lo difícil es dar con ellos. Especialmente trabajando con las limitaciones que hemos de trabajar nosotros en tiempos de paz.

Expuso con claridad la diferencia de actuación de la Policía americana y la británica. Esta última, por ejemplo, sólo podía llevar armas en casos especiales y previa una autorización judicial; no podía detener a nadie salvo al sorprenderle en la comisión de un

delito, obteniendo pruebas materiales contra él; el detenido gozaba en todo momento de las máximas garantías procesales, no era posible forzarle a una confesión, y si algún agente se atreviese a poner en práctica el llamado «tercer grado» incluso contra un criminal, merecería, no sólo una dura reprimenda de sus jefes, sino comparecer ante un magistrado que le mandase a presidio por una temporada.

—En estas condiciones, es muy difícil luchar contra tipos audaces, escurridizos y habilidosos, que tienen todas las ventajas de su parte, mientras nosotros actuamos atados de pies y manos.

Aludió a un ejemplo concreto. Mitchell Talbot, un individuo de turbios antecedentes, había sido visto en cierta ocasión conversando en un lugar reservado con el célebre físico Fuchs, condenado por facilitar a una potencia extranjera datos secretos acerca de la desintegración nuclear. Dados los antecedentes de Talbot, la Policía supuso que era uno de los enlaces del científico con la red de espionaje oriental. Al ser interrogado, negó rotundamente; se mantuvo en su negativa al no ser presionado y hubo que dejarle en libertad.

Posteriormente hubo razones para sospechar que estaba en relaciones más o menos directas con Burgess y MacLean, los dos diplomáticos británicos desaparecidos. Incluso faltó de Inglaterra los días en que debió producirse la huida de ambos. Llegó a saberse hasta que se hallaba en Nantes el día que un desconocido envió desde dicha ciudad francesa unos telegramas firmados por MacLean y que no tenían otra finalidad, aunque fueran dirigidos a su familia coa ánimo de tranquilizarla, que despistar a la Policía.

—Negó, como es lógico, que hubiera puesto los telegramas y no pudimos detenerle. Sin embargo, yo tengo la seguridad de que ese individuo podía aclararnos el enigma y que si le hubiésemos apretado de verdad...

Chester hizo unas cuantas preguntas, a las que Young respondió con absoluta sinceridad. Al cabo, decidió:

—Voy a tener una charla con Mitchell Talbot. Creo que puede darme la pista que necesito.

—Perderás el tiempo, amigo —repuso sonriente su interlocutor—. Es un tipo muy hábil. Le estuve interrogando durante dos horas y no conseguí hacerle incurrir en una sola contradicción. Por mucho

que te esfuerces no lograréis que abra la boca.

—Allá veremos. Tengo procedimientos capaces de hacer hablar a los mudos...

—¡Cuidado, Chester! Aquí no estamos en América. Si recurres a la violencia puedes verte en un lío gordo.

—¿Te parece pequeño el enredo en que estoy metido? ¿No tenéis orden de apresarme por lo que hice en América? ¡Pues poco puede importarme las consecuencias de mi entrevista con ese Talbot! ¿Dónde puedo encontrarle?

No sin ciertas vacilaciones, Young acabó por decírselo. Vivía solo en unas habitaciones de una casa sita en la parte más sórdida del East End, en el 213 de Middle End Road.

—El barrio no tiene nada de agradable —añadió—. Supongo que lo conocerás cuando menos de nombre: Whitechapel. No es el más adecuado para que una persona pacífica pasee por él después del anochecer.

—Afortunadamente, no tengo nada de pacífico. ¿Tendrías inconveniente en dar una vuelta por allí conmigo y mostrarme a ser posible al distinguido caballero que me interesa?

Un poco a regañadientes accedió Young. Pasaron por delante de la casa donde vivía Talbot y luego fueron a una taberna de Whitechapel Road. Hubieron de esperar allí, sentados a una mesa apartada, por espacio de tres horas, pero no perdieron el tiempo. Había caído ya la noche cuando penetró un individuo de edad indefinible, de mediana estatura, pero fornido, que se acercó al mostrador para injerir un vaso de «*whisky*» y hablar unas palabras con el «barman».

—Ahí tienes a nuestro hombre —dijo Young en voz baja a su acompañante.

Chester le observó con disimulo por espacio de cinco minutos. Al cabo se puso en pie despidiéndose del inglés, que se creyó en el caso de advertirle:

—Ándate con pies de plomo, muchacho. Si te pasas de la raya puede costarte un disgusto muy serio. Estamos en Inglaterra y aquí...

—Ésa es cuenta mía, Basil. No te preocupes por lo que ocurra; quien sí debe preocuparse es nuestro amigo Talbot.

Abandonó la taberna, cruzó la calle y se detuvo en la acera

opuesta, procurando pasar inadvertido. Vio salir a Young que se dirigió a la parada más próxima del autobús para emprender el regreso al centro de la ciudad. Pisándole casi los talones, apareció Mitchell. Estuvo unos minutos en la puerta contemplando con gesto ceñudo alejarse al agente del QI. Luego, tranquilizado sin duda, emprendió la marcha en dirección contraria.

Debía recelar algo, porque de cuando en cuando volvía la cabeza para observar si alguien le seguía. Por fortuna, no conocía a Chester y éste tomó todas las precauciones imaginables para no ser descubierto. Talbot dio algunas vueltas por el barrio, penetró en dos tabernas, desde la segunda de las cuales estuvo telefoneando y al final emprendió con paso rápido el camino del 213 de Middle End Road. Para entonces hacía ya un cuarto de hora que el exagente del FBI, seguro de cuál sería la dirección que tomaría Mitchell había abandonado su persecución decidido a adelantársele.

Talbot pasó tres veces por delante de la casa antes de decidirse a penetrar en el portal. Con aire receloso escudriñó los alrededores por si advertía señales de peligro. No encontró nada que le llamase la atención. Tampoco hubo nada que le alarmase en el portal o la escalera. Convencido de que no corría el menor riesgo, abrió la puerta, y alargando la mano se dispuso a encender la luz.

Sólo entonces le pareció advertir un ligero ruido a su espalda. Quiso volverse, pero sintió en la nuca el frío cañón de una pistola, mientras una voz desconocida y amenazadora le aconsejaba:

—¡Ni un movimiento, ni un grito! Cierra la puerta y levanta los brazos.

Tuvo que obedecer, cogido por sorpresa. Cuando hubo cerrado la puerta de la escalera, su desconocido adversario le permitió volverse, si bien haciéndole que pusiera las manos cruzadas sobre la cabeza.

Vio frente a sí entonces a un hombre joven, alto y fuerte, que le miraba sonriente, cubriéndole con una «*Parabellum*» que empuñaba en la mano derecha.

—Una pequeña sorpresa, ¿eh, Mitchell? Pues todavía será mayor cuando tengas que responder a mis preguntas.

—No sé quién es usted —repuso irritado Talbot—. Si viene a robar, se ha equivocado de piso...

—No vengo a robar, amigo. Y en cuanto a mi personalidad,

importa poco por ahora. Empecemos con las preguntas: ¿llevas encima algún arma?

Mitchell guardaba en el bolsillo de la trinchera una pequeña «Walker». Pensó en negar rotundamente, pero luego cambió de parecer. Le convenía confiar a su enemigo diciendo la verdad. Incluso fingió estar mucho más atemorizado de lo que realmente estaba.

Su treta estuvo a punto de tener éxito. Pensando que aquel individuo no ofrecía peligro. Chester se cambió la pistola a la mano izquierda, para meter la derecha en el bolsillo de Talbot. Era el momento y la oportunidad que Mitchell esperaba.

Procedió entonces con rapidez y violencia. Aunque su enemigo parecía más fuerte, Talbot tenía plena confianza en sus propias fuerzas. Había actuado unos años atrás como luchador de «catch» y conocía todos los secretos de la lucha libre. Levantando con rapidez la pierna derecha golpeó con fuerza la mano izquierda de Chester, obligándole a soltar la pistola: casi al mismo tiempo extendió ambos puños contra la cara de su contrincante, dando por seguro que si no bastaban para dejarle fuera de combate, por lo menos le harían retroceder tambaleante unos pasos, dándole tiempo para sacar el arma que tenía en el bolsillo.

Se llevó entonces una sorpresa considerable. Aunque sus golpes alcanzaron de lleno el rostro de Chester, no le hicieron inclinar la cabeza ni lanzar el menor grito. Lejos de ello, replicó en forma contundente una décima de segundo después de recibir los puñetazos. Y la réplica resultó cien veces más violenta de cuanto por anticipado hubiera podido imaginarse Mitchell Talbot.

Consistió en un violento rodillazo en el bajo vientre que le obligó a doblarse dolorido sobre sí mismo. Entonces, el puño derecho de su contrincante, pegando de abajo arriba, chocó contra la punta de su barbilla. Talbot se sintió levantado en vilo, y cuando de nuevo entró en contacto con el suelo lo hizo con la espalda y totalmente perdido el conocimiento.

Al volver en sí se encontró atado de pies y manos. Sonriendo con aire satisfecho, Chester le contemplaba cómodamente sentado en una de las sillas. En la habitación se oía una música de «jazz», y Mitchell no tuvo que levantar siquiera la cabeza para saber que su adversario había entretenido la espera haciendo funcionar su propio

aparato de radio.

—Tuve que pegarte un poco duro, muchacho, pero no había otro remedio. Supongo que ahora estarás dispuesto a hablar.

—No tengo nada que hablar con usted —gruñó colérico Talbot—. Si no estuviese atado...

—Te volvería a pegar. Acaso sea mejor para ti no poder intentar otro ataque, porque quizá tuviera que matarte. Sería una pena; por lo menos, antes de que cantes de plano.

—¿Cantar yo? —inquirió asombrado Talbot—. ¿Qué quiere que cante?

—Necesito que me digas dónde se encuentran dos buenos amigos tuyos para los que tengo un recado urgente. Han llegado hace poco del Canadá y se disponen a partir para Francia o Bélgica. Ella es una chica rubia, verdaderamente encantadora, que en América decía llamarse Doris Hart. Su acompañante, que tiene cierto aire de gorila...

Dio con todo detalle las señas de las dos personas con quienes tuvo la desgracia de tropezar en el expreso de Chicago a Nueva York. Mitchell le escuchaba con un gesto de sorpresa en el semblante. Buen observador, Chester tuvo la seguridad de que aquel asombro no era debido a un desconocimiento de la existencia de la muchacha y su cómplice, sino a que nadie supiera que estaba en relaciones con ambos. Sin embargo, Talbot negó en redondo:

—Perdió el tiempo, amigo. Jamás he visto a esos tipos, ni sé una sola palabra de lo que me pregunta.

—Eres un poco frágil de memoria, Mitchell. Tampoco sabías nada de Fuchs y MacLean, ¿verdad?

—Puedo jurarlo. Ya me interrogó la Policía por todo eso y se convenció de que era inocente.

—Es una lástima para ti que yo sea más incrédulo que la Policía inglesa. A mí no tendrás más remedio que decirme todo lo que sepas.

—¿Acerca de MacLean?

—MacLean me tiene sin cuidado. Es asunto de los ingleses, no mío. De la parejita recién llegada de América, ¿entendido?

—¡Apueste que no los conozco! Aunque quisiera no podría decirle nada.

—Apuesto que sí en la plena seguridad de ganar, Mitchell. Si me

conocieras no perderías el tiempo negando. Querer es poder, amiguito. Y tú vas a querer.

Talbot se encogió desdeñoso de hombros, aunque era fácil advertir que no estaba del todo tranquilo. Sacando del bolsillo una navajita que abrió, Chester habló, sin alterarse, con toda parsimonia:

—Acaso te interese saber que he nacido en Tombstone, Arizona. Todavía quedan por allí algunos millares de indios. Apaches, ¿sabes? En tiempos ya un poco remotos eran verdaderos maestros en el arte de la tortura. Hubo un viejo que me indicó la manera de hacer hablar incluso a los mudos. No he tenido ocasión de comprobar si su método era realmente eficaz; pero ahora voy a salir de dudas.

—¿Conmigo?

—¡Naturalmente! Es posible que mueras al final. No lo sentiría ni creo que Inglaterra perdiera nada con tu desaparición, pero antes te aseguro que sufrirás lo que no puedes imaginarte.

—¡No puede hacer eso! —chilló irritado Mitchell—. Sería un crimen cobarde que le costaría...

—¡Nada, muchacho, nada! Nadie sabe que estoy aquí ni nadie me culparía de tu muerte. Y puedes chillar cuanta quieras. Por fortuna, tienes un buen aparato de radio. Elevaré el volumen y por mucho que grites...

Uniendo la acción a la palabra, aumentó la potencia del receptor. Luego, inclinándose navaja en mano sobre Talbot, le preguntó a gritos:

—¿Todavía insistes en callar?

—No sé nada; le juro que no sé nada...

—«Okay», amigo. Ya avisarás cuando recobres la memoria...

Por espacio de diez minutos Mitchell aguantó cuanto pudo, aunque sintió dolores insufribles y de sus labios se escaparon de cuando en cuando verdaderos alaridos. Terco, impasible, Chester siguió su desagradable labor. Le repugnaba, hacerlo, pero estaba resuelto a saber dónde podía encontrar a los que estuvieron a punto de mandarle a presidio, y tenía la seguridad de que Talbot lo sabía. Al cabo, la tortura resultó más fuerte que la voluntad de su víctima.

—¡Basta! ¡Basta! Le diré lo que quiera...

—Encantado, amiguito —repuso el americano haciendo un alto

y bajando el volumen del aparato de radio—. Pero no pretendas engañarme ni ganar tiempo, porque sería contraproducente. Volvería a empezar y ya no me detendría por nada.

Mitchell había sufrido demasiado para poder hacerse ilusiones engañosas respecto a las amenazas de su enemigo. Estaba dispuesto a aplacarle a cualquier precio. Antes, sin embargo, quiso una pequeña seguridad:

—¿No me entregará a la «bofia» si le digo cuánto sé?

—¡Seguro que no! La Policía inglesa me tiene sin cuidado y podría resultar peligroso que se enterase de lo que he hecho contigo. Te dejaré largarte. Siempre, claro está, que yo consiga lo que necesito.

Relativamente tranquilizado, Talbot comenzó a hablar. Había visto, en efecto, a la pareja que interesaba a Chester. No es que fueran muy amigos suyos, pero manejaban billetes de los grandes y Mitchell y sus compinches pudieron embolsarse con facilidad unos cuantos. Habían llegado tres días antes, separados, procedentes la muchacha de Terranova y el hombre de Islandia. ¿Sus nombres? Talbot se encogió de hombros:

—¡Cualquiera sabe! Para mí fueron Greta y Nils escuetamente, sin apellidos comprometedores. La chica creo que era austríaca; el otro parecía yanqui.

—¿Dónde puedo verles?

Mitchell pretendió mentir en este asunto concreto. Afirmaba que hacía doce horas que salieron de Inglaterra. Incluso indicaba el camino de huida: una lancha rápida escondida en una pequeña dársena cerca de Folkestone les permitió cruzar el canal. Habrían desembarcado en las inmediaciones de Calais, desde donde un automóvil les llevaría en pocas horas a París. Era el mismo camino seguido por otros muchos, y Talbot, que evidentemente lo conocía a la perfección, daba toda clase de detalles.

Pero se necesitaba algo más para engañar a Chester. Durante varios minutos dejó de hablar a Mitchell, pero cuantos más detalles le daba, mayor era su seguridad de que estaba mintiendo. Al cabo le interrumpió secamente:

—Es bonita la historia, muchacho, pero yo necesito la verdad. ¿Dónde puedo encontrarles?

—Como no se dé prisa en marchar a París...

—Como no te des prisa tú en decirme la verdad, empiezo de nuevo. ¡Decide rápido!

El simple gesto de elevar el volumen de la radio resultó suficiente para vencer la resistencia de Mitchell. Reconoció en el acto que estaba mintiendo. Greta y Nils no habían salido de Londres. Tenían que hacerlo aquella misma noche, porque ya estaban ultimados todos los preparativos. Precisamente cuando llamó por teléfono desde una taberna de High Street fue para indicar a uno de sus amigos que todo estaba dispuesto para la marcha.

—Partirán alrededor de las doce. Sobre las cuatro de la madrugada estarán en Francia; antes del mediodía pueden llegar a París.

Estaban escondidos en casa de un tal Joe Coleman, en una callejuela de Limehouse. Con ellos debían encontrarse Joe y otros dos muchachos. Posiblemente, desprevenidos y confiados, ya que tenían la seguridad de que ningún peligro lea amenazaba.

—¿A qué distancia está eso?

—Algo menos de dos millas —repuso Mitchell.

—«Okay», muchacho. A buen paso podemos llegar en media hora.

Talbot le miró sorprendido y desconcertado. Asombrado, preguntó:

—¿Podemos?

—¡Seguro! Tú vendrás conmigo. Entrarás delante. Si nos reciben a tiros, peor para ti. Y si me has mentido...

Un minuto después le había cortado las ligaduras, dejándole incorporarse. El rostro de Talbot mostraba claras señales de los golpes recibidos; el brazo izquierdo lo tenía casi en carne viva. Aunque quisiera no podría utilizarlo. Le quedaba sano el derecho. Pero ¿qué podría intentar con un solo brazo útil frente a un individuo que manejaba los dos y además tenía una pistola en la mano?

—Iremos dando un paseíto. Pero no hagas tonterías. Llevaré el «cacharro» empalmado. Al menor movimiento sospechoso le daría gusto al dedo.

Salieron juntos. Caminaban en actitud aparentemente amistosa, como dos buenos amigos. Pero Mitchell sabía que Chester vigilaba

sus menores movimientos, y que la mano derecha, hundida en el bolsillo de la trinchera, empuñaba una «*Parabellum*» presta a vomitar un mensaje de plomo.

Aunque no eran aún las diez de la noche, las calles de Whitechapel aparecían casi desiertas bajo la lluvia y la niebla. Las tabernas estaban, en cambio, muy concurridas. Mitchell pensó que en cualquiera de ellas podría encontrar a varios amigos dispuestos a ayudarle, pero no entraron en ninguna. Chester le apremiaba:

—¡Más rápido, amigo! Y no sueñes en jugarme una trastada; te pagaría en plomo.

En poco más de media hora llegaron a su punto de destino. Era una callejuela estrecha y retorcida, mal alumbrada por unos pocos faroles de gas muy espaciados entre sí. Las casas que la bordeaban tenían un aspecto sórdido y repelente. Todas aparecían cerradas a piedra y lodo, sin que se viese siquiera luz en las estrechas ventanas.

—Ahí es —dijo en voz baja Talbot, señalando un edificio de cuatro plantas, viejo y sucio, con grandes desconchones en las negruzcas paredes—. En esa puerta vive Joe. Le bastará llamar tres veces con los nudillos...

—Serás tú quien llame. Da tu nombre cuando te pregunten. Pero no olvides que estoy detrás y que a la menor sospecha de traición...

De mala gana, sabiendo que Chester le teñía encañonado, Mitchell se dispuso a llamar en una puerta de la planta baja. Sabía quiénes se hallaban dentro. Eran gente resuelta y resultaría difícil que aquel maldito americano lograra imponerse. Pero seguramente hablarían las pistolas. Y ¿qué sería entonces de él?

En el interior de la vivienda, el llamado Nils ultimaba con Joe, Sharte y Thomas los preparativos para la marcha. Las cosas habían ido bastante bien, pero a medida que se acercaba la hora de abandonar Londres una ligera inquietud iba apoderándose de él. En tres ocasiones distintas había hecho la misma ruta que ahora se disponía a emprender; nunca, sin embargo, llevó consigo documentos de la extraordinaria importancia de ahora.

—¿No habrá ningún inconveniente?

—¡Apueste que no, jefe! Mitchell es tipo listo y sabe siempre lo que hace. No habría dicho que todo iba bien si hubiese algún peligro. Volvería a llamar o vendría por aquí.

—Entonces, cuanto antes nos larguemos, mejor. ¡Venga el sobre que te dio Talbot! Lo juntaré con este otro. Tienen que estar allá antes de cuatro días.

—¿Vendrá el dinero entonces?

Los ojos del llamado Nils relampaguearon un instante. Mirando fijamente a Joe, replicó irritado:

—¿Dejaste de recibirlo alguna vez? ¡Y más de lo que supones! Esta vez habrá tres mil.

—¿Dólares?

—Libras. Y en billetes pequeños, para que no haya dificultades.

Joe sonrió satisfecho y tranquilizado; Thomas y Sharte sonrieron también. Sabían que su labor entrañaba ciertos riesgos; que de ser descubiertos darían con sus huesos en la cárcel, si no iban a parar a la horca. Pero mil libras para cada uno por unos días de trabajo...

Nils metió los dos sobres en una carterita de cuero. Luego, con ella en la mano, se acercó a la puerta de la derecha.

—Date prisa, Greta. Tenemos que salir ya.

—En seguida estoy —replicó una voz de mujer.

Apenas se había apagado el eco de sus palabras, cuando resonó una llamada en la puerta de la calle. Los cuatro hombres se miraron sobresaltados. Llevándose con rapidez la mano a la axila izquierda. Nils sacó una «FN» en tono apagado, indicó a Joe:

—Mira quién es y procura largarle con rapidez.

Joe recorrió el breve pasillo que le separaba de la puerta y abrió la mirilla. Reconoció en el acto al que llamaba. Cambió incluso unas breves frases con él. Sin embargo, no quiso abrirle en el acto.

—Espera un instante, Mitchell.

Tornó a cerrar la mirilla y volvió a la habitación donde aguardaban expectantes Nils y sus compañeros.

—Es Talbot —dijo—. Quiere decirle algo interesante.

—Está bien. Déjale pasar.

Joe se dispuso a cumplir la orden. Tranquilizado. Nils dejó la pistola sobre la mesa, junto a la cartera de cuero. Thomas y Sharte se guardaron también las armas que empuñaban.

Joe abrió la puerta. Penetró Mitchell. Pero pegado a su espalda, otro individuo al que hasta entonces no había visto. Quiso decir algo, pero las palabras no llegaron a salir de sus labios.

Un formidable culatazo en la sien derecha le hizo rodar por

tierra, perdido el conocimiento. Chester tuvo que sujetarle con una mano, mientras con la otra empuñaba la «*Parabellum*», tendida amenazadora hacia Talbot, para evitar que metiera demasiado ruido. Sin embargo, algo debieron oír quienes quedaban en la habitación.

—¿Qué ocurre, Joe?

—Nada, Thomas —respondió en el acto Mitchell—. Vamos para allá.

Fue hacia la habitación, en efecto, sintiendo en la espalda el cañón de la pistola de Chester. Al verle aparecer, Nils inquirió impaciente:

—¿Sucedec algo, Mitchell?

Pero antes de que Talbot le contestara, advirtió un tipo que se movía a su espalda y que no tenía el menor parecido con Joe Coleman, y gritó:

—¡Eh! ¿Quién viene contigo?

Alarmado, se acercó a la mesa con ánimo de recoger la «FN» que había dejado segundos antes. El americano se lo impidió, advirtiéndolo:

—¡Quieto! Si toca la pistola tendré que matarle...

Sharte y Thomas vacilaron un segundo, cogidos por sorpresa. Cuando quisieron reaccionar resultó demasiado tarde. La «*Parabellum*» del intruso parecía apuntarles a todos a un tiempo.

—¡Manos arriba! La menor vacilación es un balazo...

Obedecieron lentamente, seguros de que aquel desconocido no dudaría en llevar a la práctica su amenaza. El llamado Nils reconoció entonces a su enemigo. Con voz que reflejaba un asombro sin límites, murmuró:

—¡Chester Allan Cain!

—Sabe mi nombre, ¿eh? ¿Se lo dijo la encantadora *miss* Hart? También para ella traigo un pequeño recadito...

Se interrumpió, viendo cómo Talbot pretendía acercarse disimuladamente a la mesa donde estaba la pistola de Nils.

—¡Cuidado, Mitchell! Un paso más y no lo cuentas...

Talbot se detuvo en seco. Chester, queriendo evitar tentaciones y peligros, ordenó en tono que no admitía réplica:

—¡Todos de cara a la pared! ¡Y con los brazos bien altos!

Acercándose con rapidez fue despojándoles de sus pistolas, que

tiró al fondo del pasillo por donde habían entrado. Allí estaba Joe, pero tendría para media hora antes de volver en sí. Y le bastarían cinco o seis minutos para marcharse con lo que le interesaba. Una vez que tuvo la seguridad de que sus enemigos estaban desarmados, permitió que Nils se volviese, aunque sin acercarse a la mesa y haciendo que los otros tres continuaran de cara a la pared.

—No esperaba verme de nuevo, ¿verdad? Me lo figuro. Después de lo que me hicieron, tendría motivos suficientes para matarle a usted y a la encantadora señorita que tan bien me engañó. Pero...

—¿No piensa hacerlo? —inquirió Nils con un suspiro de alivio; a renglón seguido, con una triste sonrisa, añadió—: Lo comprendo. Le basta con entregarnos a la Policía, ¿no?

—En absoluto. Si estuviéramos en América lo haría sin vacilar. Aquí es distinto... Pero no perdamos más tiempo. ¿Dónde está el sobre? ¡Conteste de prisa!

Nils no contestó en un principio. Dirigió una mirada instintiva a la cartera de cuero y luego encogiéndose de hombros y fingiendo una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, repuso:

—Voló, amigo. Es inútil que se esfuerce. No volverá a verlo.

Por fortuna, su mirada a la cartera no había pasado inadvertida para Chester. Sin dejar de apuntar a sus enemigos, sacó con la mano izquierda un sobre que recordaba bien. Sonrió triunfal:

—No sólo lo he visto, sino que me lo voy a llevar. ¡Y en sus propias narices!

Nils palideció intensamente. Pese a la pistola, que seguía apuntándole, avanzó un paso hacia la mesa. Chester le advirtió:

—¡Quieto ahí si le interesa seguir viviendo!

Su adversario se detuvo. Con ojos en los que brillaba una furia ciega vio cómo el americano metía el sobre en la cartera y se disponía, a llevársela. Por un instante pareció decidido a lanzarse sobre él. Conteniéndose, con visible esfuerzo, habló al fin:

—Si usted quiere seguir viviendo no intentará llevarse esa cartera.

—No, ¿eh? Entonces, ¿qué debo hacer? ¿Ponerla en sus manos y pedirle perdón por haber pretendido recuperar lo que me quitaron?

—Mejor aún: llegar a un acuerdo conmigo.

Chester soltó la carcajada; luego miró a su interlocutor con gesto que decía bien a las claras que dudaba del estado de sus facultades

mentales. Sin hacer caso de la risa ni del gesto, Nils habló con apresuramiento.

Conocía perfectamente la situación del americano. Había sido expulsado del FBI, colocándose al margen de la Ley al atacar a un inspector que pretendía llevarle detenido a Washington. ¿De qué le serviría recuperar ahora los documentos que les fueron arrebatados una semana antes? Personalmente, de nada. Las acusaciones lanzadas contra él seguían en pie; lejos de darle las gracias por su acierto, le hundirían en presidio. Nils, en cambio...

—Le aseguro la vida y la libertad, con mucho dinero en el bolsillo. ¿Qué tal cien mil dólares? Los recibirá en el acto en buena moneda. Cierto que no podrá volver a América; pero se vive tan bien en Europa con la cartera repleta...

Hablaba en tono persuasivo, con acento de profunda sinceridad. La oferta era tentadora. Sin embargo, Chester no vaciló un solo segundo. Desdeñoso y altivo, repuso:

—¡Gracias, pero no hay dinero para comprarme! Si me ha tomado por un traidor...

—Diga mejor por un hombre inteligente...

—Prefiero que suponga que no lo soy. Voy a llevarme la cartera. ¡Quédese donde está y no haga el menor movimiento! Tendría que apretar el gatillo y tiraría a matar...

Metiéndose la cartera bajo el brazo izquierdo y sin perder de vista a sus enemigos, a los que continuaba teniendo encañonados, empezó a retroceder hacia el pasillo andando de espaldas. Nils amenazó:

—¡No tardarás en arrepentirte!

—¡Pues tú no tendrás tiempo de hacerlo si das un solo paso!

De pronto vio brillar una lucecita de esperanza en los ojos de Nils. Pensó en Joe. ¿Habría recobrado el conocimiento a tiempo de atacarle por la espalda en el último momento? Quiso volver la cabeza para convencerse. Pero en el mismo instante sintió en la nuca el frío del cañón de una pistola, mientras una voz firme le ordenaba:

—¡Suelte ese arma o le vuelo la cabeza! ¡No intente volverse!

De labios de Chester se escapó un grito de sorpresa. Por un segundo permaneció vacilante sin saber qué hacer. La misma voz de antes insistió, amenazadora:

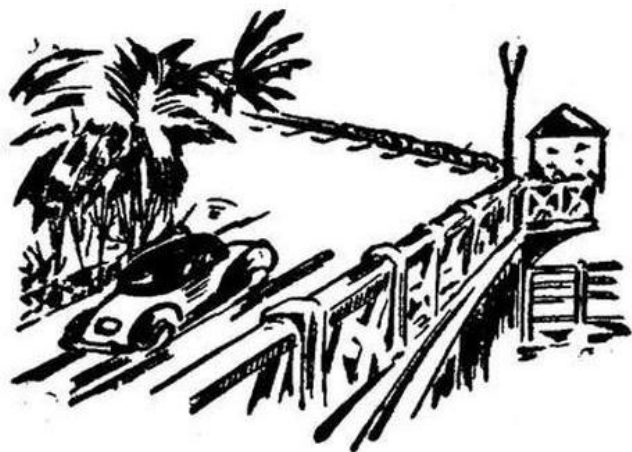
—¡Obedezca! ¡Tire la pistola!

Forzosamente, Chester descuidó la vigilancia de Nils y sus compañeros. El hombre que un día pareció ante él como Francis Maloney, aprovechó aquella oportunidad. De un salto estuvo a su lado y de un golpe violento en el brazo le hizo soltar el arma que empuñaba.

Mitchell, Thomas y Sharte habían dado media vuelta, bajando las manos y ahora avanzaban amenazadores sobre su enemigo. Chester vio entonces a quien le había cerrado el camino de huida cuando ya creía tener el triunfo en las manos. Su asombro subió entonces de punto:

—¡Doris Hart otra vez!

—Sí —comentó, triunfal, el llamado Nils—. ¡Doris Hart que vuelve a meterte de lleno en la ratonera! Y ahora no podrás escapar con vida...



---

EN LOS MEJORES QUIOSCOS DE ESPAÑA  
su niño puede adquirir:  
AVENTURAS DEL F. B. I.  
¡LO MEJOR Y MAS ECONOMICO!

### III

## EL TERCER «ROUND»



A muchacha estaba un poco pálida, brillándole intensamente los ojos, pero no le temblaba la mano que sostenía la pistola. Chester midió perfectamente la amenaza que representaba; también comprendió que había llegado el momento de una sola carta.

Si llegaba a arrebatar el arma a la joven, tenía una posibilidad contra diez de salir con vida del difícil trance en que se encontraba; de perder unos minutos y dar tiempo a que Nils y sus secuaces recogieran las pistolas que les arrebató poco antes, no quedaría esperanza alguna de salvación.

—¡Todavía no habéis terminado conmigo! —gritó, impetuoso,

respondiendo al siniestro anuncio de las últimas palabras de Nils.

Con movimiento rápido golpeó la mano de Doris o Greta —que aún no sabía cómo se llamaba en realidad la muchacha— obligándola a soltar la pistola que empuñaba. De un violento empujón la lanzó contra la pared del fondo, en tanto que se agachaba para recoger el arma.

Por desgracia, Thomas y Sharte parecían esperar aquel gesto y se le vinieron encima inmediatamente. Chester recibió dos formidables puñetazos, pero consiguió voltear al primero de sus adversarios, mientras rechazaba al segundo de una patada en el bajo vientre.

Entonces intervinieron también Nils y Mitchell. Nils pretendió ahogarle entre sus brazos de oso, asestándole un rodillazo y cerrando sus dos manos en torno al cuello del americano. Talbot, más débil y astuto, rehuyó intervenir directamente en la contienda, si bien de un puntapié alejó unos metros la pistola que Chester pretendía recoger.

Reaccionando con energía, Chester logró librarse de las garras de Nils, golpeando con ambos puños la boca del estómago de su contrincante, que retrocedió unos pasos a impulsos del dolor. Ya Thomas y Sharte volvían a la carga. El americano peleó con furia ciega, repartiendo puñetazos, patadas y cabezazos. Sus golpes producían terribles efectos en los rostros de sus enemigos, pero también los de éstos iban quebrantando su fortaleza.

La lucha, terriblemente desigual, no podía prolongarse mucho tiempo. Era imposible que un hombre sólo pudiera hacer frente a cuatro enemigos que le atacaban a un tiempo por todas partes. En un momento dado, cuando Chester acababa de asestar un preciso puñetazo que aplastó la nariz de Nils, haciéndole sangrar en abundancia, Mitchell, colocado a su espalda, le propinó un culatazo en la cabeza que hizo tambalearse como un beodo al americano.

—¡Duro con él! ¡Ya es nuestro!

Como perros rabiosos le acometieron Nils, Thomas y Sharte. Medio atontado, sin fuerzas para defenderse, Chester rodó por el suelo. Una vez en tierra, sus contrincantes empezaron a patearle enloquecidos, como si estuvieran decididos a matarle a patadas. La voz de Greta, que muy pálida, con un gesto de angustia en el semblante, seguía emocionada la escena, les volvió a la realidad:

—¡Basta! ¡Basta! Es una cobardía pegar así a un hombre que no

puede defenderse.

Limpiándose con el dorso de la mano la sangre que le brotaba de la nariz, Nils miró cejijunto a la muchacha:

—No pretenderás que le regalemos unos bombones, ¿verdad?

—En absoluto —repuso la joven—. Pero me parece una salvajada indigna pisotear a una persona inconsciente.

A un gesto de Nils, Sharte y Thomas cesaron en sus golpes. Mitchell avanzó entonces a un primer plano. Pistola en mano se acercó al cuerpo inmóvil de Chester, diciendo:

—Creo que la chica tiene razón. Hay que liquidarle de otra manera. Un tirito en la sesera...

—¡Nada de tiro aquí! —protestó, airado, Nils—. El ruido podría echarnos la «bofia» encima.

Thomas y Sharte se apresuraron a darle la razón. Talbot refunfuñó un poco insistiendo en sus propósitos.

—Ese cerdo me torturó bestialmente. Tengo que cobrarme acribillándole a balazos.

—De acuerdo. Pero no ahora ni aquí. Cuando nosotros nos hayamos largado le hacéis desaparecer. Antes sería peligroso. ¡Atadle!

Thomas se apresuró a cumplir la orden, atando con una cuerda las manos de Chester, que comenzaba a volver en sí. Mientras, Sharte penetraba en el pasillo, no sólo para recoger las pistolas que allí arrojase el americano, sino para ver qué había sido de Joe y comprobar si la puerta de la calle estaba cerrada.

—¡Ayudadme! —pidió—. Me parece que ese tipo liquidó al pobre Joe.

Corriendo a su lado, Nils comprobó que el forajido no estaba más que desmayado. Unos sorbos de «*whisky*» y algo de agua fría arrojada sobre la cara le permitieron recobrar el conocimiento. Volvieron con él a la habitación. Chester acababa de sentarse en el suelo, medio inconsciente aún.

—Dejadlo de mi cuenta —pidió Joe al verle—. Me sacudió a traición y quiero cobrarme del golpe.

—Un poco de calma, amigo —repuso Nils—. Hay que hacer bien las cosas. Tú, Sharte, vete por tu coche. Lo sacáis en él cuando nos hayamos ido y lo dejáis tirado en cualquier calle apartada.

—¿Para que pueda ir con el soplo a la «Poli»? —Gruñó,

cejijunto, Joe.

—Cerrándole previamente la boca con plomo. Haz lo que te he dicho, Sharte. Vosotros tened cuidado con él hasta entonces.

Todos se mostraron dispuestos a cumplir sus órdenes. Pero, entonces, surgió una pequeña discusión. Mirando ceñudo a Talbot, Joe gruñó:

—Lo que quisiera saber es por qué Mitchell le trajo aquí. Si no es un «soplón»...

—¡Aquí no hay más «chivato» que tú! —chilló, irritado, Talbot, haciendo ademanes con la mano derecha, en la que seguía empuñando una pistola—. Si vuelves a insultarme...

—¿Por qué le trajiste entonces?

—¡Quítame la chaqueta y mírame el brazo izquierdo! Es la mejor respuesta...

Joe lo hizo. Todos se agruparon en torno suyo para ver las huellas dejadas por la tortura. Mitchell explicó:

—Decía que era un método apache. Ahora voy a enseñarle yo que en Whitechapel no nos quedarnos atrás...

—Desde luego —dijo, con voz tranquila, Chester, que acababa de incorporarse con un esfuerzo—. Sólo que los indios no necesitaban la ayuda de las mujeres.

Joe y Thomas se lanzaron contra él. Nils les contuvo con un gesto.

—Dejadle que se desahogue. Para el tiempo que le queda de vida...

—Por lo menos sabré morir como un hombre.

—Pero morirás sin haber conseguido lo que te proponías. Y eso es, en definitiva, lo único que importa.

Chester no contestó, limitándose a medirlo de pies a cabeza con una mirada desdeñosa. Tras un breve silencio, Nils continuó:

—Hace poco te hice una proposición que te negaste a aceptar. Si ahora te la repitiera posiblemente pensarías de distinta manera, ¿verdad?

—En absoluto. Lo que antes te dije te lo repetiría en todos los momentos.

—No tendrás ocasión de hacerlo —repuso su interlocutor—. Voy creyendo que eres más peligroso de lo que suponía. Es preferible acatar contigo de una vez.

—¿Tanto temes que sea yo quien acabe contigo? —inquirió irónico el americano.

—¡Ni hablar! Te he vencido dos veces y te vencería doscientas. Si en el tren creíste derrotarme fue porque así convenía a mis planes. Pero ya habrás visto aquí...

—Que sólo pude venceros a los cinco. Y de no ser por esa...

—¿Qué tienes que decir de ella? —inquirió, arrugando el ceño, Nils.

—Nada. Actúa como lo que es. Me engatusó en el tren con sus arrumacos y aquí me atacó por la espalda. Es digna de ti. Los dos merecéis terminar en la horca o la silla eléctrica.

—¡Basta! —chilló iracundo Nils—. No voy a consentir que nos Insultes.

—¿Insultaros? ¿Existe algo que pueda ofenderos a un tipo como tú y a una...?

Greta tenía lágrimas en los ojos al oírle y se retorció las manos en gesto desolado. Chester sentía un íntimo placer al pensar que sus palabras duras, descarnadas, la herían en lo más profundo, tanto como encolerizaban a los forajidos que le rodeaban. Siguió en el mismo tono hasta que Joe gruñó amenazador:

—¡Acabemos de una vez!

—¡Contigo acabará el verdugo, canalla!

La respuesta fue un puñetazo en plena boca. Chester replicó levantando la pierna derecha y asestándole un puntapié en el vientre. Como una jauría, todos los forajidos se lanzaron sobre él, moliéndole a golpes. Incluso Greta intervino. Furioso al verla participar, el americano, aunque ya estaba medio inconsciente, tuvo ocasión de asestarla un cabezazo que la lanzó contra la pared del fondo.

La nueva pelea no se prolongó arriba de dos minutos. Al cabo de ellos, Chester estaba en el suelo, quebrantado por la paliza y con los pies atados y una buena mordaza en la boca.

—Así —dijo satisfecho Thomas—, ni podrá cocer ni armar otro escándalo.

Entre dos de los forajidos arrastraron al americano hasta la habitación inmediata, dejando entornada la puerta. Aunque Chester ya no veía a sus enemigos, podía oírlos.

Nils se disponía a partir en unión de Greta. La muchacha

lloraba, dolorida sin duda por el cabezazo del americano. Su acompañante trataba de consolarla. Oyó que la joven respondía en tono airado:

—Más que el golpe, me duele no vengarme siendo yo quien le mate. Es lo que se merece ese canalla...

—¡Bah! Joe y Mitchell se encargarán de ese trabajito. ¡Y lo harán con todo entusiasmo! Date prisa en recoger tu maletín. Hay que salir cuanto antes...

Greta empleó menos de diez minutos en estar dispuesta para emprender la marcha. Antes de salir de la casa hizo una petición:

—Quisiera ver un instante a ese cerdo yanqui.

—¿Sigues pensando en matarle?

—Deseo que sepa, por lo menos, todo el desprecio que siento por él.

—Si has de tardar poco...

—Con dos minutos tengo bastante.

Nils abrió la puerta de la habitación contigua y dejó pasar a la joven. Mientras la muchacha se acercaba al prisionero, quedó en el quicio de la puerta contemplando sonriente la escena.

—No finjas un desmayo, cobarde. Sé que puedes oírme y me oirás...

Abriendo los ojos, Chester miró a la muchacha, que se inclinaba sobre él. Greta parecía escupir con rabia sus palabras:

—Sólo un miserable es capaz de pegar a una mujer. Por hacerlo mereces no la muerte, sino algo peor. ¡Esto!

Inclinándose más sobre el caído, la joven le lanzó un salivazo al rostro. Chester la miró a la cara y quedó sorprendido. Los ojos de la muchacha parecían querer transmitirle un mensaje de aliento. Vio algo todavía más inesperado: la muchacha dejaba caer a su lado un pequeño estilete. Volvió a escupirle, pero al propio tiempo, con voz que era un susurro, añadía:

—¡Cógelo! Todavía puedes salvarte...

A renglón seguido, y ya a gritos, añadió:

—¡Toma, canalla!

Uniéndolo a la acción a la palabra le propinó unos puntapiés en el costado. Aunque estaba sorprendido por la actitud de la joven, Chester procedió en la forma más habilidosa posible. Fingiendo retorcerse de dolor bajo los golpes recibidos, se dio media vuelta en

el suelo, de modo que su cuerpo tapaba el estilete. Greta seguía pegándole con aparente violencia, pero sin hacerle mucho daño en realidad.

—¡Déjale ya, querida! No nos conviene perder más tiempo. Ya le ajustarán las cuentas los muchachos...

Lanzándole un último insulto, Greta se dirigió hacia la puerta. Sonriente, Nils se apartó para dejarla pasar. Luego miró al prisionero y a modo de despedida le dijo:

—¡Hasta la eternidad, Chester! ¡Que no te hagan sufrir demasiado!

Un minuto después, el prisionero les oía salir de la casa. Aguzó el oído y le pareció escuchar en la lejanía el ruido de un coche al ponerse en marcha. Debía ser el automóvil que, según Talbot, tenían preparado en las inmediaciones para que les llevase directamente a Folkestone. Cruzarían el canal sin dificultades y a la mañana siguiente estarían en París. ¡Y llevándose los «microfilms»!

¿No sería posible que les diera alcance? Acaso, si consiguiera escapar con vida, pudiera encontrarles en París. Mitchell había indicado dónde irían a refugiarse durante las horas que pasasen en la capital francesa. Pero lo primero y fundamental era librarse de las ligaduras y de los forajidos que esperaban el regreso de Sharte para darle un paseo sin retorno posible.

La empresa no tenía nada de fácil. Joe, Thomas y Talbot reponían sus fuerzas en la habitación inmediata vaciando una botella de «*whisky*», pero cada dos o tres minutos uno de ellos se acercaba a ver cómo seguía el prisionero. El intento de este de cortar sus ligaduras sufría así grandes interrupciones. Y tenía que darse prisa, porque cuando volviera el cuarto de los forajidos con el coche no tendría posibilidad alguna de salvación.

Con las manos atadas era difícil manejar el estilete, especialmente cuando para impedir que sus enemigos lo viesen tenía que permanecer tumbado boca abajo sobre él. Empleó cerca de diez minutos en cortar la soga y se produjo algunos rasguños en las muñecas; al fin, sin embargo, consiguió librarse las manos.

Cortar las ligaduras de los pies fue un juego de niños. Terminaba de hacerlo cuando oyó detenerse un coche ante la puerta. La voz de Mitchell, que resonaba con aire alegre, llegó entonces a sus oídos:

—¡Ya está ahí Sharte! Di a ese maldito yanqui que se prepare...

Cinco segundos después, Thomas penetraba sonriente en la habitación en que se hallaba el americano. Chester apenas si tuvo tiempo para colocarse las cuerdas encima de los pies y las manos, fingiendo seguir atado.

—¡Llegó tu hora, amiguito! —dijo Thomas, dándole un puntapié. Al movimiento instintivo del prisionero para rehuir el golpe, cayeron las cuerdas de los pies. Desconcertado el forajido, gruñó—: ¿Qué es esto? Pretendías largarte, ¿eh? ¡Mitchell! ¡Joe! Venid y veréis...

No tuvo tiempo de terminar la frase. Cogiéndole con violencia de un pie, Chester le había hecho rodar por el suelo. Al caer, Thomas sacó la pistola que llevaba en la sobaquera, pero no llegó a utilizarla. El prisionero alzó la mano armada con el estilete y la hoja de acero se hundió en el pecho de su enemigo, partiéndole el corazón.

Joe llegaba en aquel instante a la puerta de la habitación. Lanzó un grito de asombro y «sacando» con rapidez hizo fuego. El balazo pasó silbando dos centímetros por encima de la cabeza de Chester. Resonó un segundo disparo, pero no fue él quien lo hizo. El prisionero se había apoderado de la pistola perdida por Thomas y apretaba con furia ciega el gatillo.

No dio en el blanco, porque era muy difícil acertar tirando desde el suelo y sin tiempo de apuntar. Pero sus balazos bastaron para que Joe diera un salto hacia atrás, ocultándose tras el umbral de la puerta y gritando:

—¡Cuidado, Mitchell! Ha matado a Thomas y tiene una pistola...

Sin asomar siquiera la cabeza, los dos forajidos empezaron a tirar sobre el interior de la habitación. Chester tiraba también. Por un instante pensó en transponer de un salto el umbral para enfrentarse con sus enemigos. Pero la empresa ofrecía demasiados riesgos. Lo más probable era que le cazasen antes de que llegase a verles la cara.

Miró en torno suyo, buscando un camino de huida. ¡La ventana! Sin hacer caso de los disparos de sus enemigos y de los balazos que silbaban en todas las direcciones, corrió hacia ella. La abrió de un golpe. Daba a una callejuela oscura y solitaria. Sus enemigos le oyeron abrirla.

—¡Cázale en la calleja, Sharte! Se nos escapa por la ventana...

En la puerta apareció un instante la cabeza de Joe. Chester disparó contra él, y sin molestarse en ver si había hecho blanco, transpuso de un salto el alféizar de la ventana. Estaba en la calle. Miró a uno y otro lado para orientarse; luego corrió hacia la derecha con toda la velocidad que le permitían sus piernas.

Ya era tiempo. A la ventana acababan de asomarse Joe y Mitchell y los balazos silbaban en torno a su cabeza. Apretó el paso, alejándose unos cuantos metros. Pronto tuvo que detenerse en seco. Parapetado en la esquina inmediata, Sharte tiraba también a matar.

Cogido entre dos fuegos. Chester vaciló un instante. No podía seguir adelante, porque Sharte le habría cazado como un conejo sin que, a su vez, tuviera muchas probabilidades de alcanzar a un hombre que sólo asomaba la parte alta de la cabeza y la mano armada con una pistola. Tampoco podía retroceder: Mitchell y Joe estaban ya en la calle y el segundo empuñaba una «Thompson», dispuesto a barrerle con una sola ráfaga.

A la izquierda, entre dos edificios viejos y sucios, había un solar cercado por una tapia de poca altura. Con precipitación, bajo el fuego de sus enemigos, consiguió encaramarse y saltar al otro lado. Se encontró en una especie de estrecho corredor, al que daban algunas ventanas de los edificios cercanos, pero ninguna puerta. Al fondo le pareció distinguir las luces de otra calle y corrió hacia allí. Daba por seguro que sus perseguidores no tardarían en penetrar en el solar, con lo que tendría pocas esperanzas de salvación.

Sin vacilaciones transpuso el segundo muro, para caer a una callejuela sucia y sinuosa. Cayó con demasiada brusquedad y se torció un tobillo. Renqueando se ponía en pie, cuando doblaron la esquina cercana tres individuos, a los que reconoció en el acto.

—¡Duro con él! ¡Ya es nuestro!

Tuvo que tirarse de bruces al suelo para rehuir una ráfaga de la «Thompson», cuyo tableteo desgarró un instante el silencio profundo de la noche. Sin incorporarse, Chester manejó la pistola que empuñaba —que era precisamente la suya, que media hora antes le fuese arrebatada por Thomas—, hasta que hubo agotado el cargador.

Un grito de dolor y la precipitada retirada de sus enemigos buscando refugio en la esquina, le demostraron que sus balazos no se habían perdido en el vacío. De cualquier forma, allí no podía

continuar: Talbot y los otros forajidos no tardarían en reaccionar. Tenía que huir antes de que fuera demasiado tarde.

Se puso en pie y pretendió correr, pegado a la pared, procurando ofrecer el menor blanco posible. Algunos disparos le probaron que su fuga no pasaba inadvertida.

—¡Hay que cogerle como sea! ¡Va herido y no irá muy lejos!

Salieron tras él, aunque el miedo a recibir un balazo les hacía ser bastante precavidos. Sin embargo, marchaban más rápidos que el americano y le darían alcance antes de abandonar aquélla callejuela que parecía interminable. Habló de nuevo la «Thompson» y Chester tuvo que dar un salto para refugiarse en el quicio de la puerta de un almacén.

Pegado a la pared, esperó angustiado, mientras cargaba de nuevo la «*Parabellum*». Poco a poco, espaciados entre sí, fueron acercándose sus enemigos. Le habían perdido de vista y discutían entre sí. Joe decía:

—¡Seguro que le sacudí! Tiene que estar tendido por aquí...

—O esperando agazapado para cazarnos —replicaba, no muy convencido, Mitchell.

A lo lejos se escuchó un agudo silbido. Chester se estremeció. Algún «policeman» de servicio en el barrio había oído los disparos y reclamaba el auxilio de sus compañeros. Si se presentaban allí, acaso salvase la vida, pero no se libraría de la cárcel y tendría que abandonar su intento de recobrar los documentos robados.

Los silbidos habían sido escuchados también por sus enemigos, provocando entre ellos considerable alarma. Sharte gruñía:

—¡Hay que liquidarle antes de que la «bofia» se nos eche encima!

Dio el ejemplo adelantándose resueltamente. Pasó por la acera opuesta sin ver a Chester, aplastado contra la pared, empuñando resuelta la pistola. Por un instante, el americano pudo tener la esperanza de pasar inadvertido. Pero la ilusión se desvaneció un segundo después. Joe, que iba por el centro de la calzada, miró hacia allá. Levantó la «Thompson», gritando:

—¡Ahí! ¡Ahí tene...!

Chester no le dejó concluir la frase ni apretar el gatillo de la ametralladora. Hizo fuego con ansias de matar y sus disparos no pudieron ser más certeros. Herido en mitad del pecho, Joe se

derrumbó de bruces, muerto antes de llegar al suelo.

Mitchell y Sharte reaccionaron con prontitud. De cualquier forma, ignoraban el lugar exacto en que se escondía su enemigo y perdieron unos segundos de vital importancia. El americano supo aprovecharlos. Veía perfectamente a sus adversarios; a menos de diez metros de distancia era difícil fallar la puntería y no la falló. Dos alaridos agónicos acogieron sus disparos. Talbot primero, su compañero una décima de segundo después, rodaron por el suelo alcanzados de lleno. Y en el suelo quedaron inmóviles, tendidos de cara al cielo, con un gesto de estupor en los ojos abiertos.

Los silbatos de los «policemen» —debían ser cuatro o cinco por lo menos, a juzgar por el estrépito que armaban— se oían cada vez más cerca. Venían en la misma dirección que habían traído sus perseguidores. Chester no tenía el menor interés en aguardarlos. Abandonó el quicio que le había servido de refugio y, pese al dolor del tobillo, echó a correr.

Suponía que sus enemigos estaban muertos, pero no se molestó en comprobarlo. Ni siquiera volvió la cabeza hasta salir de la callejuela, treinta metros más allá del punto en que habían caído los forajidos. Se encontró en otra calle más ancha, pero igualmente desierta. Continuó su carrera, ahora con mayor rapidez, porque a medida que entraba en calor disminuía el dolor del tobillo.

Seguían sonando los silbatos policíacos, pero ahora a mayor distancia. Chester sonrió satisfecho al advertirlo. Posiblemente, al encontrarse con los cadáveres de Joe, Mitchell y Sharte, supondrían que se habían matado entre sí y no pensarían en seguir la búsqueda. Sin embargo, no por ello amortiguó el ritmo de su huida.

Por espacio de un cuarto de hora siguió corriendo por toda una serie de callejuelas desconocidas, alejándose del lugar del tiroteo. Al cabo se encontró en Whitechapel Road, fuera de los límites de Limehouse. Dejó de correr entonces, siguiendo, no obstante, a buen paso.

Aunque la niebla le favorecía, haciendo que los escasos transeúntes no reparasen demasiado en su aspecto, procuró borrar en lo posible las huellas de la reciente pelea. En una fuente se lavó la cara, limpiándose las manchas de sangre. Luego se subió el cuello de la trinchera, tapándose parte del rostro.

Llevaba un rato caminando, cuando tuvo la suerte de encontrar

un «taxi» libre. El conductor le miró, un poco extrañado. Chester dio la dirección del hotel en que se hospedaba y explicó, con una sonrisa:

—Debí beber más de la cuenta y me he caído.

Se apeó en la puerta del Titanic, en Portdam Square. Afortunadamente, el portero dormitaba y no le vio pasar. Rehuyendo el ascensor subió a su cuarto. La media hora siguiente la empleó en darse un baño, taparse con un esparadrapo la brecha de la sien y friccionarse con una buena embrocación las numerosas contusiones que tenía en diversas partes del cuerpo. Examinó detenidamente el tobillo: estaba hinchado, pero no había fractura. Se puso un fuerte vendaje y comprobó que podía andar casi con normalidad.

Tras cambiarse de traje, resolvió llamar por teléfono a Basil Young. Quería darle cuenta del resultado de su azarosa expedición de la noche y saber qué pensaba la Policía de lo ocurrido en Limehouse. Pero su interlocutor no le dejó dar muchos explicaciones:

—¡Buena la has hecho. Chester! Scotland Yard está movilizada buscándote. Y si te encuentran será difícil que te libres de la horca...

—¿Por qué? —inquirió, asombrado, Cain.

—¡De sobra lo sabes, amigo! Te lo advertí, pero no quisiste hacerme caso. ¿Podría saber por qué mataste a Mitchell Talbot y a otros tres individuos?

Lejos de responder, Chester hizo a su vez una pregunta. ¿Cómo sabían que era él quien los había liquidado?

—A Mitchell le recogieron moribundo. Sólo pudo decir que el autor de las cuatro muertes había sido un americano llamado Chester Allan Cain. ¡Ya puedes figurarte la que se ha armado! Gordon Shuken...

—¿Está aquí Gordon Shuken?

—Sí; llegó ayer. Trae orden de apresarte a cualquier precio. Echa pestes de su antiguo subordinado. Creo que es más peligroso para ti que toda la Policía inglesa. Sospecha dónde te encuentras y antes de media hora...

—¡No me cogerán! Si hablas con él, dile que ando tras los «microfilms». Y que no pararé hasta recuperarlos...

Colgó, sin dar más explicaciones. Tenía que darse prisa. Consultó una guía ferroviaria. A la una de la madrugada salía un tren nocturno para Manchester. Telefoneó inmediatamente a la oficina del hotel, pidiendo que le preparasen en el acto la cuenta y le buscasen un «taxi».

Cinco minutos después abonaba su cuenta ante el sorprendido empleado de noche. El «taxi» le esperaba ya a la puerta. Sonriente, explicó:

—He recibido un aviso urgente y tengo que estar por la mañana en Manchester.

Montó en el «taxi» y metió prisa al conductor. Faltaban cinco minutos para la salida del tren cuando llegaron a la estación. Despidió el coche y penetró en el vestíbulo. Salían entonces los viajeros de un tren que acababa de llegar procedente de Liverpool. Mezclado entre ellos, como uno más, abandonó la estación.

En la puerta tomó un «taxi» nuevo y flamante, totalmente distinto al que le había traído. Le dio orden de llevarle a la estación de Waterloo. Por el camino habló con el conductor, y con aparente contrariedad, se enteró de que hacía ya media hora que había partido el último tren con destino a Dover.

—¡Qué contrariedad! No tengo más remedio que tomar el barco de las cuatro para el continente. ¿No podría usted llevarme hasta allá?

El chófer puso algunas dificultades, que terminaron a la vista de un billete de diez libras. Quince minutos después cruzaban los arrabales del sudeste de Londres con rumbo al puerto del canal.

Por el camino, Chester iba pensando acerca del camino a seguir. La Policía encontraría el hotel en que se había hospedado, pero daría por seguro que estaba camino de Manchester. Acaso lograrse dar con el chófer que le llevaba a Dover, pero cuando lo consiguiese, habrían transcurrido las horas necesarias para que estuviese en Francia a cubierto de todo peligro.

¿No hubiera sido conveniente decir a Young que Greta y Nils se dirigían a París, luego de embarcar en algún punto de las cercanías de Folkestone? Suponía que habría sido inútil. A la hora en que habló con él, los espías estarían ya en medio del canal y era soñar con la luna pensar que la Policía francesa se movilizaría para evitar su desembarco. La recuperación de los «microfilms» robados le

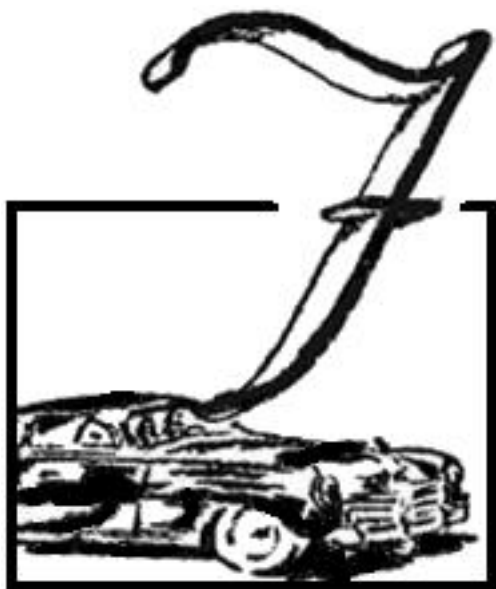
correspondía a él. Y sería él quien hiciera frente a todos los riesgos de la empresa.

A las cuatro de la madrugada estaba en la cubierta del barco que, abandonando los muelles de Dover, se lanzaba al mar en demanda de los de Calais. Mirando las luces inglesas que iban difuminándose en la lejanía, Chester Allan Cain pensó una vez más en Nils y Greta.

—Ganasteis los dos primeros «*rounds*», amigos. Pero aún queda el tercero. Será el definitivo, y lo ganaré yo...

## IV

### EN EL ÚLTIMO MINUTO



NDUDABLEMENTE la mujer había doblado el cabo tormentoso de los cuarenta años. Todavía conservaba restos de una belleza que debió ser esplendorosa, pero toda su habilidad al arreglarse no conseguía borrar por completo los estragos del tiempo. Clavó una mirada dura y recelosa en el rostro de su interlocutor y afirmó de nuevo:

—Le repito que no he oído jamás esos nombres.

—Bien —admitió, sin perder la calma, Chester—. Es posible que aquí empleen otros. De cualquier forma, necesito verlos con urgencia.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—Mucho. Mitchell Talbot me dijo que viniera en su busca, porque usted me diría dónde podría encontrarlos.

La actitud de Marguerite Bonnet experimentó una ligera modificación. Pareció ligeramente interesada.

—¿Talbot? Me suena el nombre. ¿Querría repetirme lo que le dijo?

Chester contó la historia que había imaginado para aquella ocasión. Después de la partida de Nils y Greta, Mitchell había tenido informes confidenciales de que el inspector Gordon Shuken, del FBI americano, se hallaba en París siguiendo la pista de los «microfilms» robados. Juzgó necesario advertir a sus amigos del peligro que corrían. Y como habría llamado la atención de la Policía de hacer un nuevo viaje a Francia, había enviado a su buen amigo Joe Coleman a entrevistarse con Nils.

—He de hablar con él cuanto antes. Si no lo hago, es posible que todos nos veamos en un serio aprieto.

La mujer le escuchó con interés. Todo parecía indicar que le convencían las palabras de Chester. Sin embargo, inquirió, con cierta desconfianza:

—Y ¿cómo sabré que es verdad todo eso?

—Hablando con el propio Nils. Dígame que Joe Coleman, que acaba de llegar en avión de Londres, quiere verle. Con eso habrá suficiente.

Marguerite Bonnet quedó un momento pensativa. Cuando habló todos sus recelos habían desaparecido. Estaba enterada, desde luego, de la llegada de Greta y Nils. Pero no sabía dónde podían encontrarse en aquel momento. En realidad, ignoraba dónde se hallaban desde que pusieron los pies en París. Cuantas menos personas conozcan un secreto, es más fácil evitar que trascienda.

—Desde el asunto de los diplomáticos ingleses, la Sureté y el Deuxième Bureau[2] husmean por todas partes y hay que redoblar las precauciones.

Su organización había sufrido algunos golpes en los últimos tiempos, pero, afortunadamente, la Policía ignoraba su extensión e importancia. Gracias a ello podían seguir funcionando, aunque tenían que andarse con pies de plomo. De todas formas...

—Vaya a las once al «Gaité», un *cabaret* del *boulevard* Clichy. Pregunte por Jules, el «maitre», y dele su nombre. Yo le hablaré

antes. Jules sabe dónde está Nils y le llevará hasta él.

Chester salió de la entrevista bastante satisfecho. Su estratagema había tenido pleno éxito. Pese a sus recelos y desconfianzas, Marguerite Bonnet le ponía en el camino para dar con la pareja que le interesaba.

Sería difícil que Nils recelase nada. Había salido de Londres antes de que comenzasen los tiros, con la plena seguridad de que el agente americano moriría poco rato después. No sabría una sola palabra de lo sucedido, porque los que podían avisarle estaban muertos, y si quedaban vivos —como era probable— algunos otros de sus secuaces en Londres, no se atreverían a llamar por teléfono a París, sabiendo que el QI vigilaba las conferencias internacionales desde la fuga de Burgess y MacLean. Cabía en lo posible, naturalmente, que cualquiera de ellos se hubiese desplazado en avión para advertir a la pareja. Pero esta posibilidad era muy remota, y el éxito perseguido bien merecía correr aquel riesgo.

Claro está que el peligro mayor surgiría cuando se enfrentase con el llamado Nils. Le reconocería en el acto y se defendería con todas las fuerzas de la desesperación. Sin embargo, Chester confiaba en su buena estrella y más aún en su rapidez para «sacar» y meterle un balazo al que pretendiera enfrentarse con él. En las dos ocasiones en que tuvo que luchar con aquel tipo, le venció con relativa facilidad. Si la victoria inicial se convirtió más tarde en derrota, fue por la intervención de Greta. Pero no siempre iba a llegar Greta a tiempo para salvar a su compinche.

El caso de Greta empezaba a constituir un enigma para él. Era indudable que estaba de acuerdo con Nils, que le narcotizó en el tren, primero, y luego le impidió llevarse los «microfilms» en aquella casucha de Limehouse. Pero entonces, ¿por qué le dio el estilete al que debió su inesperada salvación? Acaso porque la repugnaba la idea de que le asesinasen sin posibilidad alguna de defensa. Y también porque creía que, aun salvando la piel, no volvería a cruzarse en su camino.

Pensó en todo esto mientras se cambiaba de traje en el hotel. Al mirarse al espejo sonrió complacido al comprobar que su cara presentaba mucho mejor aspecto que veinticuatro horas antes. Todavía tenía un poco hinchados los labios y la nariz, pero la brecha de la sien no era ya más que un araño. Ni a plena luz su

rostro llamaría demasiado la atención.

El «Gaité» era uno más entre los innumerables «*cabarets*» de Montmartre. Chester penetró en él a las once en punto de la noche. Tras dejar el abrigo y el sombrero en el guardarropas, penetró con paso firme y aire indiferente en la sala. Aunque casi todas las mesas aparecían ocupadas por un público elegante, un camarero obsequioso le encontró una vacía en el fondo del salón. Tras pedir una botella de champaña, indicó:

—Diga a Jules que deseo verle.

Tres minutos después tenía ante sí al «maitre». Era un hombre de treinta y cinco o treinta y seis años, alto, delgado, de frente abombada, pómulos salientes y una sonrisa servil estereotipada en el rostro. Hizo una reverencia al acercarse, y con voz meliflua inquirió:

—¿En qué puedo servir a «*monsieur*»?

—¿Es usted Jules, el «maitre»?

—Para servirle, señor.

—Está bien. Necesito hablarle a solas. Soy Joe Coleman y vengo de Londres.

La cara de Jules no reflejó la menor emoción. Miró con disimulo en torno suyo, volvió a inclinarse reverente ante Chester y, en tono obsequioso, pidió:

—Sígame,

«s'il

vous plaît».

Echó a andar y Chester le siguió. Abandonando el salón, cruzaron un corto pasillo y penetraron en una especie de despacho. Tras cerrar la puerta, Jules se volvió hacia el americano. De su rostro había desaparecido la sonrisa. En tono duro, que contrastaba con el empleado medio minuto antes, preguntó:

—¿Qué quieres?

—¿No te lo ha dicho Marguerite?

—Necesito que lo repitas tú.

Un poco de mala gana, Chester volvió a repetir la historia. Jules le escuchó con todo interés. Por desgracia, parecía más difícil de convencer que la mujer.

—Y ¿cómo puedo saber que todo eso es cierto? ¿Qué pruebas tienes de lo que afirmas?

Chester estalló, indignado. No iba a pretender Jules que trajese una serie de credenciales de la organización, teniendo que cruzar la doble aduana de los aeródromos de Groydon y

Le B'ourgef,

exponiéndose a que se apoderase de ellas la Policía. Además...

—Nils me conoce perfectamente. Pregúntaselo, si no me crees.

Jules cambió un poco de actitud. Había hablado con Nils, que conocía, en efecto, a Joe Coleman. Pero ¿quién le garantizaba que fuese realmente Joe?

—¿Crees que si no lo fuese iba a venir solo, metiéndome en la boca del lobo para ser devorado?

El argumento pareció convencer al «maitre». De cualquier forma, anunció que estaría presente cuando llegase el jefe. Si Chester le había mentado...

—Descuida, muchacho. Todavía no estoy cansado de la vida...

—Perfectamente. El jefe vendrá dentro de diez minutos. Pero es preferible que le esperes ahí dentro.

Señalaba a la pared de la derecha, en la que no se veía puerta alguna. Con cara de asombro, Chester miró a su interlocutor. Sonriendo, Jules oprimió un resorte disimulado en el reborde de la mesa. Un trozo del muro se corrió, dejando al descubierto una puerta.

—Ahí estarás seguro. La «bofia» no daría con ese escondite en diez años.

Con cierto recelo penetró Chester. Se halló en un saloncito confortable, amueblado con exquisito buen gusto. Lo único raro era que en sus muros no se veían puertas ni ventanas. Sin embargo, el cuarto estaba perfectamente ventilado.

—Aguarda aquí. Yo vendré a anunciarte la llegada del jefe.

Por espacio de cinco minutos, Chester permaneció a solas con sus pensamientos. La puerta por donde penetró había vuelto a cerrarse. Aunque miró por todas partes, no pudo dar con el resorte que la abriría desde dentro. Inevitablemente estaba un poco nervioso. No sabía lo que ocurriría cuando Nils llegase, ni cómo lograría escapar de allí. Sólo le tranquilizaba sentir en el costado el peso de la «*Parabellum*» y saber que podía hacer fuego con ella en una fracción de segundo.

De sus pensamientos le sacó ver que el muro volvía a correrse

para dejar la abertura que comunicaba el saloncito con el despacho del «Gaité». Sonriente y cordial, tornó a presentarse Jules. Chester se puso en pie y avanzó a su encuentro.

—Ya está aquí, amigo mío. Dentro de medio minuto podrás ver al jefe y a su bella acompañante.

Chester clavó los ojos en la puerta, en tanto que su mano derecha iba hasta la pechera de la camisa, acariciando casi la culata de la «*Parabellum*». Cuando Nils llegase, «sacaría» con velocidad vertiginosa. Bajo la amenaza de la pistola nada podrían hacer sus enemigos.

Nada le hizo sospechar lo que iba a ocurrir unos segundos después. Seguía mirando a la puerta, cuando a su espalda oyó una risita burlona. Con rapidez asió la culata de la pistola y quiso girar sobre sus talones. Una voz, cuyo tono no había olvidado, le amenazó entonces:

—¡Quieto! La menor resistencia...

Sacando la «*Parabellum*», Chester pretendió empezar a tiros. Fue una ilusión, que tardó medio segundo en desvanecerse. Unos brazos férreos le sujetaron por la espalda. El sonriente Jules actuó, por su parte, con energía y eficacia. En su mano derecha apareció de pronto una pequeña porra de goma, con la que golpeó la muñeca del americano, que había perdido la pistola antes de darse cuenta exacta de lo que sucedía.

—¡Otra vez nuestro amigo Cain en la ratonera! Y ahora le atrapamos sin poner como cebo a ninguna mujer...

A Chester, sujeto de los brazos por dos desconocidos, que habían surgido inesperada y sorprendentemente a su espalda, le permitieron volverse una vez que la «*Parabellum*» estuvo en manos de Jules, que la esgrimía con una sonrisa irónica en los labios. Pudo ver entonces al que le hablaba, aunque no necesitaba mirarle para saber que se trataba del hombre que en América conoció con nombre de Francis Maloney y en Londres con el mucho más sencillo de Nils.

—Te creía más listo, amigo. A un experimentado agente del famoso Federal Bureau of Investigation debe ocurrírsele algo más original e ingenioso que utilizar el nombre de Joe Coleman, sin tener en cuenta de que yo puedo estar enterado de que Joe Coleman lleva veinticuatro horas muerto.

Chester apenas le oía. Su cerebro trabajaba a velocidad de vértigo tratando de hallar una posibilidad de salvación, aunque desgraciadamente no parecía existir ninguna. El camino seguido por sus adversarios para atraparle aparecía claro a sus ojos. En la pared opuesta a aquélla por donde había entrado se abría una puertecilla semejante a la que comunicaba con el despacho de Jules. Mientras el «maitre» le distraía, Nils y sus dos secuaces penetraron sin hacer el menor ruido, cogiéndole de espaldas.

—Esta misma mañana supe que Joe había liquidado cuentas, en unión de sus buenos camaradas. Sospeché que habías sido tú, y cuando Marguerite me dijo que un individuo que decía llamarse Coleman deseaba verme, tuve la seguridad de que no tardaría en poderlos vengar.

En la abertura de la pared acababa de recortarse la figura de Greta. Cain la dirigió una larga mirada. El rostro de la muchacha distaba mucho de reflejar la salvaje alegría que brillaba en los ojos de Nils. Permanecía silenciosa, como si, lejos de satisfacerla, le produjese un agudo dolor ver preso de nuevo a su encarnizado perseguidor.

—¡Pasa, Greta! Y vosotros, atadme bien a este caballero. Con las manos a la espalda y en forma que no pueda soltarse. Es más peligroso de lo que suponéis.

La muchacha penetró en el saloncito, aunque se detuvo a unos pasos de Chester. Los dos individuos que sujetaban a éste se apresuraron, con modales nada amables, a echarle los brazos atrás y atarle con tanta fuerza, que sintió que las cuerdas se le clavaban en las carnes.

Cuando el prisionero estuvo bien sujeto, Jules se marchó, para dar una vuelta por el salón y comprobar que nadie acompañaba a Chester. Al prisionero le colocaron en un rincón, cubierta por las pistolas que empuñaban sus tres enemigos y con expresa prohibición de dar un solo paso hacia adelante.

—Ya comprenderás, amiguito, que éste es el final —prosiguió Nils—. Sin embargo, quisiera que respondieras antes a una pregunta: ¿cómo diablos te las arreglaste para desembarazarte de Mitchell, Joe, Sharte y Thomas?

—De la misma manera que terminaré con todos vosotros —replicó, agresivo y retador, Chester Allan Cain.

—Entonces, nos quedaremos sin saberlo, porque no existe posibilidad alguna, por remota que sea, de que puedas matarnos a nosotros. Convéncete y responde: ¿qué hiciste?

El americano estuvo a punto de contestar la verdad. Al hacerlo, sembraría la desconfianza entre Nils y Greta, conseguiría enfrentarlos, acaso hacerlos luchar con la perspectiva de que entonces se le ofreciese la oportunidad que necesitaba.

Se contuvo en el último instante. No le parecía digno ni caballeresco corresponder al favor recibido con una delación cobarde. Miró a la muchacha, vacilante, y la súplica que descubrió en sus ojos bastó para hacerle elegir un camino distinto. Mintió:

—La Policía inglesa secundaba mi labor; llegué cuando Mitchell se disponía a terminar conmigo y...

No pierdas el tiempo mintiendo, amigo mío —le interrumpió Nils—. La Policía sólo intervino después de muertos tus enemigos. ¿Secundarte? ¡Pero si Scotland Yard te anda buscando con la sana intención de llevarte a la horca!

—Eso se ha dicho públicamente —repuso Chester, sin perder la calma—; pero la realidad es muy distinta. El QI actuaba de perfecto acuerdo conmigo: como trabaja aquí el Deuxième Bureau...

Nils soltó la carcajada. Le parecía demasiado pueril la artimaña de Chester. Si fuese verdad que el Deuxième Bureau le apoyaba, ¿le habrían dejado venir solo al «Gaité» para caer en una trampa?

—Y ¿quién te ha dicho que viniera solo? El salón está lleno de agentes; otros cuántos vigilan en la puerta. Aunque no lo creas, eres tú quien ha caído en la trampa.

Por los ojos de Nils cruzó la sombra del miedo, pero se repuso con rapidez. No era posible admitir lo que Chester afirmaba. Sus hombres habían vigilado los alrededores del «Gaité». Estaba seguro de que ningún agente francés le había seguido.

—No conseguirás asustarme con mentiras infantiles, muchacho. Te he preguntado una cosa y no has querido responderme. ¡Allá tú! De todas formas, tu final será el mismo.

—¿Le sacudo ya, jefe? —inquirió uno de sus secuaces, deseoso de terminar cuanto antes.

Nils iba a responder, cuando la puertecilla que comunicaba con el despacho tornó a abrirse y apareció Jules, con el semblante ligeramente alterado. Explicó:

—¡La «bofia» está en el salón, jefe! Andan buscando a un agente americano en peligro. Parece que alguien les dio el soplo y quieren registrar el «Gaité».

—¿Te convences ahora, Nils? —preguntó, sonriendo, Chester—. ¡Ya ves en lo que se convierte tu victoria!

—¡No delires, muchacho! Aunque llegasen hasta aquí sólo podrían recoger tu cadáver. Pero no llegarán. ¡Vuelve al salón, Jules! ¡Voy a liquidar a este amiguito!

El «maitre» se opuso con energía. La Policía registraría todo el «Gaité» sin encontrar aquel saloncito. Pero el ruido de un disparo podía echarlo todo a rodar. Esperaba convencer en pocos minutos a los agentes para que se fueran. Entonces...

—Está bien, esperaremos. Pero tú. Greta, márchate por el otro lado. Sal a la rué Coustou, coge uno de los coches y vuelve al hotel. Nos largaremos antes del amanecer. El otro coche lo utilizaremos para dar un paseíto a este amigo cuando la «bofia» se haya retirado.

Greta y Jules salieron en direcciones opuestas, cerrando tras de sí las puertas. A Chester le ataron los pies y le pusieron una mordaza para impedirle gritar. Transcurrieron quince minutos largos de tensa impaciencia. Oyeron ruido de voces en el despacho de Jules, pero la esperanza que el americano abrió un instante de que dieran con el saloncito se desvaneció al alejarse las voces. Nils paseaba impaciente por la estancia.

Al cabo de un espacio de tiempo, que a todos se les antojó interminable, Jules tornó a presentarse. No venía del mejor humor. La Policía había registrado todo el local sin encontrar nada ni sospechar siquiera la existencia del saloncito, pero había dejado varios agentes en el interior del «Gaité» y otros vigilando a la puerta.

—Son capaces de no moverse en toda la noche.

Por fortuna, la salida de la rué Coustou no estaba vigilada. Nadie conocía la existencia del saloncito secreto y del largo pasadizo que permitía salir a aquélla callejuela corta y oscura. Por allí podían llevarse al prisionero, montarle en un coche y matarle donde lo juzgaran oportuno. No era la primera vez que lo hacían, ni sería, posiblemente, la última.

—Perfectamente —resolvió Nils—. Macon y Emile se encargarán de ese trabajito. Me gustaría hacerlo personalmente, pero no puedo

perder una hora. Tú, Jules, vuelve al salón y no te preocupes por nosotros.

Soltaron los pies de Chester, le echaron sobre los hombros un abrigo, para disimular, en caso preciso, las cuerdas que ligaban sus manos; Emile y Macon lo cogieron de los brazos y se pusieron en marcha. Tras ellos, vigilante, iba Nils con la pistola en la mano.

Atravesaron un largo pasadizo y salieron a una calle estrecha, oscura y desierta. Parado junto a la acera había un automóvil «Renault», con las cortinillas bajadas. De un empujón metieron dentro al prisionero. Macon tomó asiento a su lado, empuñando una «Browning». Emile se sentó al volante. Nils dio las últimas instrucciones:

—Sacadle a las afueras y liquidadle donde nadie os moleste. Habrá cien mil francos para cada uno si el trabajo sale bien. Si se escapa, podéis iros despidiendo de la vida.

—¡Descuide, jefe! Ni con alas conseguiría largarse.

—Lo creo, pero mucho cuidado. Ya sabéis lo que les ocurrió a los amigos de Londres. ¡Que no os pase lo mismo!

—No nos pasará. Antes de media hora estará son los angelitos.

—¡Que así sea!

El coche se puso en marcha. Bordeando el cementerio de Montmartre, salieron a la Avenue Clichy, para ganar la puerta del mismo nombre. Con las manos atadas a la espalda y una mordaza sobre la boca, eran pocas las esperanzas de salvación que podía tener Chester. A su lado, sonriente, con la pistola en la mano, Macon le vigilaba.

—Parece que este procedimiento del paseíto lo inventaron tus compatriotas allá en Chicago. No está mal, y por eso lo hemos adoptado nosotros. Pronto verás cómo en la vieja Francia también sabemos hacer ciertos trabajitos con eficacia y limpieza.

Atravesaban el populoso suburbio de Clichy y se aproximaban al Sena. Iban a cruzar el puente, cuando Emile, que miraba por el espejo retrovisor, gruñó, malhumorado:

—¡Juraría que nos siguen! Ese maldito cochecito viene detrás de nosotros desde el cementerio...

—El miedo te hace ver visiones —replicó, despectivo, Macon—. ¿Quién va a seguirnos?

—La «bofia». Ya sabes lo que dijo este tipo.

—¡Fantasías! ¿No oíste al jefe? Además, si fuese la «Poli», ya nos habría dado alcance. ¿O crees que iba a dejar que le liquidásemos para intervenir?

Cruzaron el puente sobre el Sena. Macon, que miraba por el ventanillo posterior, anunció, con aire triunfal:

—¡Convéncete, Emile! El coche que te inquietaba ha desaparecido...

Sin apartar las manos del volante, el chófer miró por el espejo retrovisor y lanzó un gruñido de satisfacción. El automóvil que le inquietaba —un «Chevrolet», al parecer— había tomado otra dirección y no se veía ni rastros de él. Indudablemente, Macon tenía razón: los nervios le hacían ver visiones. Clavó la vista en la carretera y no volvió a mirar hacia atrás.

Dejando a su izquierda Ashieres, se dirigieron a toda marcha hacia Genevilliers. No llegaron, sin embargo, hasta este último. A un par de kilómetros de Ashieres, a la derecha del camino, totalmente desierto a aquellas horas, había un pequeño bosque. Los edificios más cercanos estaban a un kilómetro, por lo menos. Emile aflojó la marcha.

—¿Qué te parece este sitio?

—¡Espléndido! Para donde quieras.

Emile obedeció y el coche fue a detenerse suavemente al borde de la cuneta. Apagó los faros y se volvió hacia su compañero:

—¿Quieres que te eche una mano?

—Mejor será, si este tipo es tan peligroso como asegura el jefe.

Chester oía el diálogo sin hacerse ilusiones respecto al final que le esperaba. Volviéndose hacia él, Macon le invitó, sonriente:

—¡Baja, amiguito! Te conviene estirar un poco las piernas...

A través de la mordaza, el americano replicó con un gruñido. Impaciente, Macon le amenazó:

—Baja de una vez o te saco a golpes.

Alargó la mano para coger al prisionero. Extendiendo la pierna derecha, Chester le propinó un puntapié en el pecho que le hizo salir rodando por la abierta portezuela. Macon lanzó un juramento y se incorporó rápidamente. Levantando la pistola, anunció:

—¡Voy a liquidarte ahí mismo!

Emile intervino sujetándole el brazo:

—Dentro del coche, no. Me tocaría limpiarlo después y resulta

muy desagradable...

Macon accedió, guardándose la pistola para tener las manos libres. Entre los dos cogieron a Chester de una pierna y le sacaron a rastras del coche, pese a la violencia de sus esfuerzos. Se debatió desesperado y consiguió alcanzar a Emile de una nueva patada. El forajido gruñó:

—Esto te costará que te meta en el cuerpo unos cuantos balazos más.

Le arrastraron por la cuneta hasta la entrada del bosque. Chester había perdido ya toda esperanza de salvación. ¡Si por lo menos tuviera las manos libres...!

—¡Déjale ahí, Macon! ¡Apártate para que le sacuda!

Macon obedeció. Se apartó tres pasos y sacó la pistola. Emile quería disparar; su compañero le contuvo con un gesto.

—¡Cuanto más tarde, más sufrirá! Así tendrá tiempo de arrepentirse de las coces...

Dejó transcurrir un minuto largo, contemplando al prisionero, que acababa de sentarse en el suelo. Acercándosele por detrás, le quitó la mordaza.

—Siempre es agradable oír las últimas palabras de un condenado a muerte —explicó. Luego, irónico y burlón, preguntó—: ¿Cuál es tu deseo póstumo?

—¡Que sigáis la misma suerte que yo! —replicó, iracundo, Chester.

—Acaso, acaso —repuso, riéndose, Emile—. Sólo que tú no podrás verlo. En cambio, nosotros te veremos morir a ti.

—¡Y como un cobarde! —añadió Macon—. Tirado en el suelo, porque las piernas le tiemblan demasiado para sostenerle.

Por toda respuesta, Chester hizo un esfuerzo y logró incorporarse. Con ojos llameantes se enfrentó con sus enemigos. Chilló:

—¡Soy mucho más hombre que vosotros! Vais a aprender cómo...

—¡Bueno! —le interrumpió, impaciente, Emile—. ¡Basta de perder el tiempo! Empiezas tú a disparar o comienzo yo.

—¡Mejor los dos a un tiempo! —replicó Macon—. Prepárate. Cuando yo de la voz...

—¡Asesinos! —vociferó Chester—. ¡Cobardes!

Los dos forajidos le apuntaban con fría deliberación a cuatro pasos de distancia. Sonó de nuevo la voz de Macon:

—¡Ahora!

Su voz se confundió con el estrépito de una descarga. Asombrado, Chester comprobó que el plomo no desgarraba sus carnes, buscando camino de su corazón. Miró sorprendido a sus enemigos. Vio entonces que los dos forajidos se doblaban sobre sí mismos para rodar hechos un ovillo por tierra, donde se estremecían en breves convulsiones agónicas.

En un primer instante no comprendió lo sucedido. Su cerebro, embotado por la terrible emoción del minuto precedente, se negaba a dar crédito al mensaje de los sentidos. Como saliendo de un sueño, apartó la vista de Macon y Emile para mirar en torno suyo.

A diez metros de distancia, en el límite del bosque, claramente iluminada por la luz de la luna, aparecía una figura de mujer. Tenía una «Mitrailleuse» en la mano. Chester la reconoció con un grito de asombro incontenible.

—¡Greta! ¡Greta!



LOS PADRES PUEDEN REGALAR  
A SU HIJO LO MEJOR DE LO  
MEJOR:

Un cuaderno de  
AVENTURAS DEL F. B. I.

Por 1,25 pesetas

## V

### LIBERTAD CONDICIONADA



ERRÓ los ojos, temiendo ser víctima de una alucinación. Cuando volvió a abrírlos, la visión no se había desvanecido ni el cuadro entero experimentado la menor mutación. Si acaso, Greta estaba unos pasos más cerca y Macon y Emile permanecían ya en una dramática inmovilidad, que indicaba bien a las claras que su vida de crímenes acababa de llegar a un sangriento final. Creyó comprender lo sucedido, pero sus ideas estaban demasiado confusas para poder traducirlas a palabras y guardó silencio.

Lenta, pausada, Greta fue aproximándose. Estaba muy pálida, pero no temblaban las manos que empuñaban con firme resolución la pistola-ametralladora. Un pensamiento alarmante cruzó por el cerebro de Chester. ¿Iría a matarle también? ¿Se habría confundido al disparar? Las primeras palabras de la muchacha disiparon sus

dudas:

—¡Gracias a Dios que llegué a tiempo! Un minuto de retraso y esos miserables le hubiesen matado.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó, desconcertado, Chester—. ¿No fue Nils quien les dio el encargo de liquidarme?

—Pero yo no podía consentir ese crimen. Y menos cuando tendría por fuerza que considerarme responsable directa de su muerte.

Cain expresó con claridad su sorpresa. Las palabras de la joven eran aplicables a lo ocurrido en Londres. Allí fue ella, en efecto, quien le impidió huir de la casucha de Limehouse, entregándole vencido a sus adversarios. Pero allí, en París...

—Si ni siquiera tuvo la menor intervención en mi visita al «Gaité»...

—Pero usted no habría venido a Europa, si yo no le hubiese arrebatado los «microfilms» en el expreso de Nueva York.

Chester creyó comprender. La muchacha estaba arrepentida de su intervención en el suceso; lamentaba haber sido dócil instrumento en manos de Nils y le pesaba haber narcotizado al portador de los documentos. Se lo preguntó a la joven, con la plena seguridad de obtener una respuesta afirmativa. La contestación de Greta le sumió en un mar de confusiones:

—Se equivoca, Cain. Si cien veces me viera en la misma situación, cien veces tornaría a hacer lo que hice.

—Entonces, ¿por qué me entregó el estilete en Londres y ha disparado aquí contra esos forajidos?

—Se lo dije antes con entera claridad: no quería tener sobre mi conciencia la responsabilidad de su muerte.

—Pues hay un medio fácil de conseguirlo: devolverme los «microfilms».

—¡Imposible! Significan para mí mucho más de lo que puede imaginarse. Antes que eso, todo, absolutamente todo.

—Incluso la muerte de un puñado de hombres, ¿no?

La muchacha le miró con gesto dolorido. Luego, su mirada fue a los cadáveres de Macon y Emile. Con voz firme, preguntó:

—¿Se refiere a éstos? No creo que la Humanidad haya perdido nada con su muerte. En las horas que llevo en París he sabido de ellos lo suficiente para poder afirmar que no merecían seguir

viviendo.

—Lo creo —concedió Chester—. Y pienso lo mismo de Mitchell Talbot y sus dignos colegas de Londres. Pero ¿están muy por encima de ellos quienes los utilizan, Nils, por ejemplo?

—Vine a impedir que le asesinaran, no a discutir a Nils —repuso, con cierta acritud, la muchacha—. Ya he hablado más de lo que debía. Lo mejor será que me vaya.

Dio media vuelta, dispuesta a alejarse sin pérdida de momento en busca del coche, que dejó a treinta o cuarenta metros, en la primera revuelta de la carretera. Chester la llamó a gritos y corrió tras ella. ¿Iba a dejarle así, con las manos atadas a la espalda, a cuerpo, en media de la frialdad de la noche invernal, cerca de los cadáveres de los dos forajidos?

—Sería lo mejor —replicó, pensativa, la muchacha—. Ya hice por usted demasiado. Si le soltase, si le dejara empuñar la pistola perdida por cualquiera de éstos, podría resultar peligroso para mí.

—¿Y si yo le diera mi palabra de no hacerlo?

La muchacha pareció vacilar un instante. Al final acabó accediendo.

—Está bien. Vaya hacia allá. Deténgase junto a un «Chevrolet» que verá parado.

—¿Pero no me suelta las manos?

—Después. Antes tengo que hacer algunas cosas.

Obligado por la actitud de la joven, Chester se alejó hacia el punto indicado. Se volvió antes de llegar, observando cómo Greta levantaba el «capot» del «Renault», hurgando en el motor del coche.

Dos minutos después marchaba satisfecha a reunirse con el americano en el lugar en que se encontraba su propio automóvil. Al verla llegar, Chester, que examinaba con atención el coche, hizo una pregunta:

—¿Nos venía siguiendo poco antes de cruzar el Sena?

—Les venía siguiendo desde que salieron del «Gaité». Si avisé por teléfono a la Policía, fue precisamente para impedir que le asesinaran en el propio «*cabaret*».

—Entonces, ¿fue usted quien llamó a la Sureté para decirle que un agente del FBI corría grave peligro?

—Desde luego. Llamé en el instante mismo de su llegada al «Gaité». Sabía que le tenían preparada una encerrona, en la que

caería fatalmente. Me hubiera gustado advertirle antes a usted, pero me enteré demasiado tarde.

—¿Y no temió que la Policía pudiera detenerles a todos?

—En absoluto. Estaba segura de que no darían con el saloncito secreto. Pero la llegada de los agentes retrasaría su muerte; tendrían que intentar matarle en otro lado y habría posibilidad de salvarle.

—¡Gracias! —exclamó conmovido Chester. Hubo luego un pequeño silencio, que el americano cortó, para pedir—: ¿Quiere soltarme ya?

Con un gesto, la muchacha le invitó a volverse. Luego sacó una navajita, con la que trabajosamente cortó las ligaduras de Cain, que experimentó una sensación extraña al roce de las manos de la joven con las suyas. Al final, las cuerdas cayeron y el prisionero se restregó las doloridas muñecas.

—¡No se vuelva! Le tengo encañonado con la «Mitrallousse». Si me desobedece tendría que matarle..., y lo sentiría.

El asombro ante lo inesperado de la amenaza impidió a Chester articular una sola palabra. Quedó inmóvil y desconcertado, sin saber que hacer ni qué pensar. Oyó los pasos de la muchacha al alejarse y el ruido de la portezuela del «Chevrolet» al cerrarse. Luego...

—Puede volverse, si quiere; pero no intente acercarse.

Cain obedeció. Vio entonces que Greta estaba al volante del automóvil, conservando entre las manos la «Mitrallousse», cuyo cañón le apuntaba en una muda, pero expresiva, amenaza. Fue a decir algo, pero la joven se le anticipó:

—Le he salvado por un escrúpulo de conciencia, pero no puedo consentir que frustre nuestros planes. Tendrá que volverse andando a París. Necesito una hora de ventaja. Quiero que cuando llegue, nosotros hayamos partido ya.

Para ello había estropeado el motor del otro automóvil. No le dejaba inerte, expuesto a que la Policía quisiera cargar sobre sus hombros la muerte de Macon y Emile. Podría recoger su abrigo, apoderarse de una de las pistolas de sus enemigos, y emprender el regreso a la ciudad. Sería difícil que en aquella carretera, nada concurrida durante la noche, descubriese nadie antes del amanecer los cadáveres caídos entre la hierba en los linderos del bosquecillo. Y para entonces, Chester podía y debía estar muy lejos.

—No vuelva por el «Gaité». Se expondría a que Jules le diera un buen disgusto, sin la menor esperanza de conseguir los documentos, que ya no estarán allí.

—Pero puede decirme dónde han sido enviados —repuso Cain, pensando repentinamente en repetir con el «maitre» lo que hiciera veinticuatro horas antes con Mitchell Talbot.

—No se lo dirá de ninguna manera, porque no lo sabe con exactitud. Nils no se fía de nadie.

—¿Ni siquiera de usted? —inquirió, con una sonrisa, Chester.

—¿Cree que puede fiarse, luego de lo que acabo de hacer? Claro que he tomado ciertas medidas para que no lo sepa. Pero si llegara a enterarse...

Había un acento de temor en la voz de la joven. Cain creyó llegado el momento de plantear algo que le tenía hondamente preocupado desde la noche anterior. ¿Por qué le había salvado dos veces Greta? Ya la había oído decir que por un escrúpulo de conciencia, pero suponía que existían motivos más poderosos. ¿Cuáles eran esos motivos? ¿Odio hacia Nils, por el que estaba dominada a pesar suyo? ¿Interés económico? ¿Servicio de alguna causa que no podía comprender?

—Porque no irá a decirme que está enamoraba de Nils ni simpatiza con sus procedimientos, ¿verdad?

—En absoluto —reconoció la muchacha—. Tengo razones sobradas para no sentir por él afecto de ninguna clase.

—Entonces, ¿por qué no le vuelve la espalda de una vez y se coloca a mi lado para recuperar los «microfilms» robados?

Greta le dirigió una larga mirada, preñada de angustia. Luego movió la cabeza en gesto negativo.

—Hay argumentos más poderosos que mis sentimientos —afirmó—. No querría creerme ahora si se los dijese. Pero quizá algún día...

Puso en marcha el motor y se dispuso a pisar el acelerador. Impetuosamente, Chester dio dos pasos hacia adelante, tratando de impedir su partida. El cañón de la «Mitrallieuse» se alzó repentinamente apuntando a su pecho. Con voz dura, la joven advirtió:

—¡Quieto! Si pretende acercarse, haría fuego..., por mucho que me doliese.

Chester se detuvo en seco. El coche iniciaba su marcha. A gritos preguntó:

—¿Y no he de volver a verla más, aunque sólo sea para darle las gracias?

Por encima del ruido del motor en marcha le llegó la respuesta de Greta:

—Vaya a Berlín dentro de cuatro días; hospédese en el Kaiserhoff. Acaso tenga noticias mías...

Un minuto después, el «Chevrolet» se perdía en un recodo de la carretera. Pensativo, Chester volvió hacia el punto en que habían muerto los encargados de asesinarle. No acababa de comprender la actitud de Greta ni los motivos que podían obligarla a actuar en forma tan contradictoria. Pero había una cosa cierta: que dentro de cuatro días pensaba estar en Berlín.

Era necesario que él estuviera para entonces en la capital alemana. No tenía que descuidarse si esperaba conseguirlo. Había que darse prisa, especialmente a alejarse de allí para no verse mezclado en la muerte de Emile y Macon.

Procedió entonces con rapidez y diligencia. Recogió la pistola perdida por uno de los forajidos, comprobó que tenía completo el cargador y se la guardó en la sobaquera. Luego fue al automóvil y se puso el abrigo que le habían echado por los hombros al salir del «Gaité». Le estaba un poco grande, pero podía pasar por suyo. En cualquier caso le serviría para combatir el frío intenso de la noche.

Quiso ver entonces si era posible poner en marcha el «Renault». Si lo conseguía podía estar en el centro de París dentro de quince minutos. Desgraciadamente, Greta se había llevado alguna pieza del motor y el coche no le servía para nada.

—Tendré que volver andando —murmuró resignado—. Por lo menos hasta que encuentre algún «taxi»... que no será antes de Clichy.

Echó a andar con paso rápido. Tardó una hora larga en recorrer los seis kilómetros que le separaban de Clichy. Hubo de emplear otra media en atravesar casi por entero el suburbio antes de conseguir un «taxi». De todas formas, a las dos de la madrugada llegaba sano y salvo al hotel en que se hospedaba.

No permaneció allí mucho rato. A juzgar por lo dicho por Nils, Jules y sus secuaces sabían que se alojaba allí. Cuando descubrieran

la suerte corrida por Macon y Emile lo más probable era que le buscasen para vengarse. Arregló su equipaje en pocos minutos, pidió la cuenta y se lanzó a la calle. Para despistar a quien pretendiera seguir sus pasos, repitió la maniobra de Londres. Un «taxi» le condujo a la Gare de l'Est;

otro distinto le llevó un cuarto de hora después a un modesto hotel del *boulevard* Beaumarchais.

Una vez en la habitación estuvo un rato pensando en la situación en que se encontraba. Tenía varios días por delante. En llegar a Berlín tardaría unas pocas horas si iba en avión; día y medio —con las inevitables paradas dada la partición que sufría Alemania—, si viajaba en tren. Era martes y con encontrarse allí el sábado tenía más que suficiente.

La noche anterior no había pegado los ojos; tampoco durmió mucho las precedentes. Estaba materialmente destrozado por las palizas sufridas en Londres y la caminata que tuvo que darse para regresar desde las proximidades de Gennevilliers. Necesitaba descansar y se dispuso a hacerlo.

Por un instante cruzó por su cerebro la idea de lanzarse en el acto a perseguir a Nils y Greta. Comprendió la inutilidad del intento. No sabía dónde se dirigían —que unos días después la muchacha estuviese en Berlín, no quería decir que antes no pudieran pasar por Bruselas, Hamburgo, Franfort, Ginebra o Basilea —, ni medio de locomoción empleado. A la Policía francesa no podía recurrir dada su situación. Aparte de que no le sirviera de nada práctico hacerlo. Rescatar los documentos desaparecidos era obra suya exclusivamente.

Durmió hasta bien entrado la mañana siguiente. Cuando se bañó y afeitó se encontró totalmente descansado, comprobando con satisfacción que las huellas de la pelea de Londres habían desaparecido casi por completo. Mientras comía compró la edición del mediodía del «París Soir». En primera página halló la noticia que buscaba: los cadáveres de Macon y Emile habían sido encontrados a las ocho de la mañana por unos obreros que desde Gennevilliers se dirigían en bicicleta a una fábrica de Clichy.

Según «París Soir» los individuos asesinados eran dos maleantes sobradamente conocidos por la Policía. Habían sufrido diversas

condenas, se dedicaban a «negocios» de contrabando y la Sureté suponía que su muerte era consecuencia directa de un choque entre dos bandas rivales. La información no aludía de cerca ni de lejos a Nils, al «Gaité», a Jules, el «maitre», ni al propia Chester. Nadie parecía sospechar lo que había detrás de aquellas dos muertes.

A media tarde, y teniendo la precaución de llamar desde una de las centrales telefónicas —podía resultar muy peligroso hacerlo desde el Motel en que se alojaba—, llamó a Londres. Quería hablar con Basil Young para indicarla que le enviaría una información detallada de cuánto había logrado averiguar para el caso de que le ocurriese alguna desgracia —y lo sucedido las dos noches anteriores demostraba que no podía descartar en absoluto dicha posibilidad—, y al mismo tiempo pedirle noticias del inspector Shuken.

Empezó por esta última parte y la respuesta de Young hizo totalmente innecesario hablar de la primera. Gordon Shuken había salido la tarde anterior en avión para París. La declaración del chófer que le condujo a Dover —y al que había conseguido localizar Scotland Yard—, convenció al inspector de que Chester se hallaba en la capital francesa.

—Necesito verle.

—No te lo aconsejo. Está furioso contra ti. Dice que eres la deshonra de América y mereces ir de cabeza a la horca. Nada me extrañaría, si te encuentra, que te salude a balazo limpio.

—Eso es cuenta mía —repuso tranquilo Chester—. ¿Dónde puedo encontrarle?

—¿Me das palabra de que no intentarás nada contra él? Es una pequeña traición decirte donde se hospeda; sólo si tú prometes que no te propones eliminarlo como a Talbot y los otros tres...

—Tranquilízate, Young. Entre Shuken y esos tipos hay una diferencia de abismo.

Cuando Gordon Shuken llegó aquella noche a su habitación del Hotel Henri IV, experimentó una considerable y desagradable sorpresa. Al volverse luego de cerrar la puerta se encontró frente a frente con Chester Allan Cain que le esperaba sonriente cómodamente retrepado en uno de los sillones. Preciso es confesar en honor a la verdad que el inspector Shuken se hallaba en París por culpa de su inesperado visitante y que había empleado buena parte de las horas de la jornada en una búsqueda infructuosa del

exigente especial del Federal Bureau of Investigation.

Su más vehemente deseo era encontrarle para llevárselo bien esposado al otro lado del Atlántico, si es que la Policía británica desistía de su firme deseo de colgarle por el cuello como justo castigo de un cuádruple crimen perpetrado en Londres. Por desgracia, ahora que había dado con él no parecía nada próximos a realizarse sus anhelos. Porque Chester Allan Cain tenía una pistola en la mano y apuntaba con ella al corazón de Gordon Shuken.

—Supongo que tendrá el sentido suficiente para no intentar sacar un arma o lanzar un grito. Tendría que apretar el gatillo y lo pasaría bastante mal.

Los ojos del inspector brillaron de cólera, pero tuvo buen cuidado de mantener las manos apartadas del cuerpo. Mirando irritado a su interlocutor, preguntó:

—¿A qué has venido? ¿A completar tu carrera de crímenes asesinandome?

—Me conoce lo suficiente para no poder pensar tal cosa, inspector. Quiero que lleguemos a un acuerdo.

—Entre tú y yo el único acuerdo posible es el de tu entrega para ser juzgado como mereces.

—¿Por qué? ¿Por jugarme la vida para reparar un error tratando de recuperar los documentos que me fueron robados?

Shuken sonrió irónico. Ya en Nueva York, cuando le dejó atado y amordazado en su propia casa, afirmó Chester que el pasaje del avión y el pasaporte que le arrebatava pensaba utilizarlos en la persecución de los espías que lograron apoderarse de los «microfilms» conteniendo el resultado de los trabajos realizados en Los Alamos con vistas a la fabricación de la Bomba H.

—Y así ha sido —afirmó con calma Cain—. Debía saberlo, puesto que ha hecho algunas averiguaciones en Londres.

El inspector estalló indignado. De sus averiguaciones en la capital inglesa se deducía únicamente que Chester había asesinado a cuatro individuos. Ninguno de ellos tenía buenos antecedentes; todos habían sufrido alguna condena y su vida no parecía muy ejemplar. De cualquier forma, matarles sin motivo ni razón alguna...

—¿Le parecería suficiente motivo que tuviera que elegir entre su vida y la mía, porque esos distinguidos caballeros estaban decididos

a borrar me del mundo de los vivos?

—¿Por qué iban a hacerlo, si ni siquiera te conocían? —preguntó incrédulo el inspector.

—Porque así se lo ordenó un tal Nils, que no es otro que nuestro viejo conocido Francis Maloney en primer término; y, en segundo lugar, porque necesitaban silenciarme para evitar que divulgase mi descubrimiento del punto de partida de la famosa «ruta Pontecorvo».

Gordon Shuken no pudo ni supo disimular su interés. Hacía más de un año que el ignorado camino utilizado para su huida por el sabio italiano al servicio de Inglaterra constituía el problema número uno para el FBI americano, el QI británico y el Deuxième Bureau francés. Por aquella ruta marchaban al otro lado del «telón de acero» informaciones sustraídas en los centros militares o científicos de las democracias occidentales. Cerrar aquel camino, de tener a quienes lo servían tenía tanta importancia como recobrar los documentos desaparecidos en el expreso de Nueva York.

—¿Estás seguro de haber averiguado algo positivo?

—Completamente. Escuche con calma, sin intentar alguna tontería, y se convencerá.

Durante un cuarto de hora largo, Chester Allan Cain estuvo hablando con absoluta sinceridad. Contó sus dramáticas aventuras de Londres, el viaje precipitado a París y los increíbles avatares de la noche anterior. Shuken escuchaba con creciente interés. Cuando su interlocutor terminó, habló a su vez formulando toda una serie de preguntas.

Entendía que el relato de Chester tenía cierta lógica, aunque había dos puntos oscuros y desconcertantes: las dos intervenciones de Greta para salvarle en el último extremo. ¿Por qué lo había hecho?

—Tengo más interés que nadie en saberlo —repuso Cain—. Por desgracia, cuanto más pienso en ello menos lo comprendo. He formulado veinte hipótesis diferentes, pero ninguna resiste un examen detenido.

Al final había llegado a una conclusión: sólo en Berlín podría encontrar la solución del enigma. Si Greta le había dicho que fuese allá, era porque se proponía decirle algo trascendental; quizá ayudarle a recuperar los documentos robados.

—¿Y no puede tratar de hacerte caer en una emboscada? —  
inquirió receloso Shuken.

—No. Si desea mi muerte, le hubiera resultado mucho más sencillo dejar que Macon y Emile anoche disparasen contra mí.

El argumento era irrefutable. Convendría estar en Berlín en la fecha señalada por la joven. Pero le dolía en el alma permanecer inactivo durante tres días interminables, mientras los «microfilms» desaparecidos seguían aproximándose a un punto donde sería imposible todo intento de recobrarlos. ¿Por qué no hacer lo posible por detener a sus portadores en el camino? Chester se encogió de hombros.

—Haga lo que quiera, pero no espero que consiga nada.

—¿Y si detuviéramos inmediatamente a ese Jules?

—Correríamos el peligro de estropearlo todo.

Razonó su afirmación. Según Greta, Nils no se fiaba de nadie. En un asunto tan grave como el que tenía entre manos no iba a decir el camino que se proponía seguir al «maitre» del «Gaité». Por otro lado, tanto Jules como Marguerite Bonnet se encerrarían en una rotunda negativa de la que sería muy difícil sacarles. La detención de ambos, sólo serviría para poner sobre aviso a sus cómplices.

—Es preferible vigilarles discretamente durante unos días. Siguiendo a quienes se relacionen con ellos es posible obtener resultados mucho más beneficiosos.

El inspector hubo de darle la razón. Abandonó aquel tema para volver al punto de partida de la charla. Chester afirmaba que deseaba llegar a un acuerdo con él. ¿En qué consistía dicho acuerdo?

—En que no sólo me deje en absoluta libertad de movimientos, sino que me proporcione la documentación necesaria para que las autoridades americanas de ocupación en Alemania me den toda clase de facilidades. Más aún: que usted mismo, aunque por distinto camino, se traslade a Berlín para ayudarme en caso necesario a recuperar los «microfilms».

Shuken movió la cabeza en gesto negativo. Tenía órdenes concretas de apresar a Cain y llevarle conducido a los Estados Unidos, a fin de que respondiese a los cargos acumulados contra él. Aunque pasase por alto ciertos motivos personales —no había olvidado la jugarreta de dejarle atado y amordazado en su casa de

Nueva York, ni que ahora mismo le tenía bajo la amenaza de una pistola—, su obligación consistía en atenerse a las órdenes recibidas.

—Aparte, claro está, de que las autoridades inglesas desean juzgarte por la muerte de Talbot y sus amigos.

—¿Cree —repuso Chester— que si repito lo de Nueva York y le dejo aquí bien atado y amordazado tendrá posibilidad alguna de prenderme?

—Seguro. Tardaría quince días, veinte, tal vez tres meses, pero acabaría echándote mano.

—«Okay», inspector. El acuerdo propuesto consiste precisamente en eso. Hágase cuenta de que me marché de aquí como lo hice de su casa. Usted reconoce que tardaría, como mínimo, quince días en detenerme. Yo rebajo ese número a diez, no le ataré y no tendrá que tomarse la molestia de buscarme. ¿Qué le parece el arreglo?

—No lo entiendo —gruñó ligeramente desconcertado Shuken.

—Sin embargo, no puede estar más claro. A cambio de lo que le he pedido, le doy mi palabra de honor de que dentro de diez días me entregaré sin ofrecer la menor resistencia, para que pueda llevarme donde le parezca. Con diez días, creo tener suficiente para dar cima al trabajo emprendido. Una vez que recupere los documentos, no me importará lo que pueda ocurrir.

—¿Y si no los recuperases?

—Me entregaría igual. ¿Acepta?

—No —afirmó en tono ligeramente vacilante Shuken—. Podría ocurrir que no quisieras entregarte.

—En ese caso, ni hubiera venido a verle ni le hablaría como lo hago. Convénzase de que al aceptar no pierde nada y puede ganar mucho.

—Pero las órdenes recibidas...

—¿No tiene mayor importancia recuperar los «microfilms» y poner al descubierto la «ruta Pontecorvo»?

Gordon Shuken dio, pensativo, unos pasos por la habitación. Al cabo, plantándose frente a Chester, resolvió:

—¡De acuerdo, muchacho! Durante semana y media olvidaremos el pasado y volverás a ser para mí el mejor de los colaboradores. Pero dentro de diez días, pase lo que pase y ocurra lo que ocurra, tendrás que entregarte para ser juzgado.

—O para recibir un ascenso como premio a mi labor —replicó, sonriendo, Cain.

Estuvieron charlando por espacio de dos horas, ultimando todos los detalles del plan a seguir. Irían a Berlín por caminos diferentes y se alojarían en distintos hoteles, pero permanecerían en estrecho contacto. Shuken hablaría con los agentes especiales destacados en Inglaterra y Francia para que vigilaran en Londres, Folkestone, Calais y París a los cómplices de Talbot y Jules que se encargaban de mantener abierta la primera parte de la misteriosa «ruta Pontecorvo».

Cuando Chester salió del Henri IV era más de la una. Como su hotel estaba relativamente cerca, quiso ir a pie, esperando que el aire fresco de la noche despejara un poco sus ideas. Durante varios minutos caminó abstraído en sus pensamientos, sin que ocurriese nada anormal.

Se hallaba cerca del hotel, ya en pleno *boulevard* Beaumarchais, cuando le sorprendió ver que un coche, que había pasado a poca velocidad por su lado, daba media vuelta para cruzar de nuevo ante él. Confusamente presintió un peligro, aunque no pudiera precisarlo con exactitud. De pronto vio asomar por una de las ventanillas el cañón de una «Mitrailleuse». Sin pensarlo dos veces, se tiró de bruces al suelo.

Percibió entonces el fogonazo de los disparos y algunas balas rebotaron a su alrededor en las losas de la acera. Sin embargo, no oyó el ruido de los disparos, seguramente porque sus agresores habían colocado un silenciador al arma empleada. Trató de responder adecuadamente; pero cuando quiso «sacar», ya el coche se perdía a toda velocidad en la lejanía.

Chester se puso en pie. Afortunadamente, había resultado ileso. Pensativo, murmuró: «Parece que no se han olvidado de mí. Y que el viaje a Berlín no va a ser una excursión de placer precisamente...»



# AVENTURAS DEL F. B. I.

La enciclopedia del

ARTE

EMOCION

VALOR

y AMENIDAD

## VI

### DOBLE JUEGO



RAS dos años de ausencia, encontró Berlín bastante cambiado. Progresaba a ritmo acelerado la reconstrucción de la ciudad, aunque todavía había millares de edificios de los que sólo quedaban en pie los ennegrecidos muros. La gente vivía, vestía y comía mejor, y parecía haberse acostumbrado a la anómala situación de que calles y plazas céntricas sirvieran de frontera a dos mundos distintos.

La tensión angustiosa de los meses del bloqueo, cuando todo el mundo se acostaba temiendo que a la mañana siguiente hubiese comenzado la tercera guerra mundial, había desaparecido por completo. Seguían montando la guardia soldados americanos,

ingleses, franceses y rusos en las líneas que delimitaban sus diferentes zonas; pero era mucho mayor el de policías alemanes — dependientes de cualquiera de los dos Gobiernos— que velaban por el mantenimiento del orden. Además, no existía el menor inconveniente para circular libremente por los tres sectores occidentales. En cuanto al oriental, si oficialmente se mantenían todas las restricciones, en la práctica no ofrecía graves dificultades penetrar en él y salir de los barrios soviéticos para dirigirse a los americanos o ingleses.

—Lo mejor es utilizar el Metro. Unos cuantos «pfennigs» y diez minutos bastan para saltar de un mundo a otro.

Chester hizo la comprobación el día mismo de su llegada. Eran millares y millares los berlineses que hacían varias veces por día el viaje de uno a otro sector. Los policías, y soldados apostados en las estaciones debían revisar escrupulosamente la documentación de todos los pasajeros. Pero la tarea era demasiado monótona y pesada para que se pusiera en práctica durante años interminables. La revisión de documentos se hacía de una manera formularia, cuando se hacía, y la mayor parte de las veces no se hacía de ningún a manera.

—Sólo en circunstancias excepcionales se cumplen las órdenes a raja tabla. Es cuando alguien teme que determinada persona pase de uno a otro lado. Entonces muchos obreros llegan con retraso a su fábrica, o no llegan. Pero esto ocurra cada vez más de tarde en tarde.

Aunque a Chester no le convenía hacerse demasiado visible, anduvo por la calle lo suficiente para darse cuenta de que la rígida barrera que partía en dos a la vieja capital alemana tenía mucho de artificial. Cualquiera podía salvarla en una u otra dirección sin tropezar con grandes inconvenientes.

—Es un sitio ideal para fugitivos, espías y contrabandistas —dijo Cain, hablando con Shuken, con el que casualmente, en apariencia, se tropezó en un bar de la Kurfurstendamm—. No me extraña que por aquí pase la ruta Pontecorvo ni que sea el punto preferido por nuestro viejo amigo Francisco Maloney.

El inspector opinaba de igual manera. Ciertamente que ingleses y americanos montaban la guardia en la línea del Elba, y que cualquiera que se dirigía a Berlín atravesando en tren, automóvil o

avión la zona rusa que circunda la capital alemana, tenía que justificar previamente su personalidad y los motivos que le impulsaban al viaje. Pero incluso allí la vigilancia era cien veces menos severa que en todos los demás puntos de la inmensa frontera que desde el Báltico al Adriático y al mar Negro separa dos concepciones distintas de la existencia.

—¿Y no crees que ese caballero haya cruzado ya la línea de demarcación, llevándose los documentos y sin dejar el menor rastro para que podamos seguirle?

—Confío en Greta —afirmó Chester—. Me salvó dos veces la vida. Si me indicó que viniera a Berlín fue por algo. Esperaré.

—Recuerda que sólo quedan siete días, muchacho. Una vez transcurridos...

—Me entregaré sin ofrecer la menor resistencia. Pero antes tienen que pasar muchas cosas.

—Acaso que esa chica te arrastre a una emboscada para que Nils te liquide.

—O que sea yo quien acabe con ese tipo.

En el Kaiserhoff había dado su verdadero nombre. Hacerlo entrañaba considerables riesgos, por cuanto podía poner a los secuaces de Nils sobre su pista; pero era imprescindible para que Greta pudiera encontrarle cuando quisiera entrar en contacto con él. Tras hacer un largo recorrido matutino por las calles berlinesas para darse cuenta de la facilidad con que era posible cruzar la línea de demarcación entre los diferentes sectores, resolvió encerrarse en el hotel, pendiente de cualquier visita o llamada telefónica.

Aguardó impaciente por espacio de varias horas. Empezaban a disiparse sus esperanzas de que aquel día supiera nada de la muchacha, cuando sonó el timbre del teléfono. Al descolgar el auricular oyó una voz femenina hablando con cierto nerviosismo:

—Supongo que me reconoce; pero, por favor, no repita mi nombre. Podría resultar peligroso.

—«Okay». ¿Dónde podría verla?

—No lo sé. Antes necesito confirmar una noticia familiar. Aguarde que vuelva a llamarle. Ahora...

Cortó la comunicación sin terminar la frase. Chester quedó sumido en un mar de confusiones. ¿Había colgado voluntariamente Greta antes de ser sorprendida, o Nils, al descubrir que estaba

hablando con él? Si era esto último, tenía que abandonar toda esperanza de volver a saber una sola palabra de la muchacha.

No sabía desde dónde le habían llamado y no sería empresa fácil averiguarlo. Por otro lado, lanzarse a la calle sin rumbo fijo, con la ilusión de encontrar a la joven, era perder el tiempo. Sólo un milagro podía encaminar sus pasos en la dirección justa, y los milagros no son nada frecuentes en nuestra época.

No le quedaba más remedio que esperar, y esperó, consumido por la impaciencia, durante dos horas interminables. Al cabo, eran cerca de las once de la noche ya, tornó a sonar el timbre del teléfono. La voz de Greta tenía un tono apremiante:

—Le espero en la Kurfurstendamm, esquina a la Joachimstrasse, dentro de diez minutos. Vaya en coche y péguese a la acera de la derecha. ¡Por favor, no se retrase!

—Está bien. Iré en un «Oppel» de cuatro plazas, pintado de gris.

Era un automóvil pequeño, que Shuken había conseguido poner a su disposición apenas llegado a Berlín por si lo necesitaba en cualquier instante. Lo tenía preparado a la puerta misma del Kaiserhoff. En dos saltos bajó los escalones, cruzó a buen paso el vestíbulo del hotel y salió a la calle.

Miró entonces a uno y otro lado, por si alguien vigilaba sus movimientos. No advirtió nada sospechoso y puso el «Oppel» en marcha. Cruzó con rapidez diversas calles y desembocó en la Kurfurstendamm. Es una de las avenidas más amplias y lujosas de Berlín. Antes de la segunda guerra mundial era el centro de la vida nocturna en la capital alemana; allí estaban los grandes teatros, los cines, las mejores salas de fiestas. Un huracán de hierro y fuego abatió la mayoría de sus edificios, pero la vida retoñaba ya con las mismas características. Muchas de las casas seguían en ruinas, pero en la planta baja se habían instalado —con un prodigio de habilidad— cafés, *cabarets* y toda clase de centros de diversión. En las fachadas se veían los anuncios luminosos. Por las aceras circulaba una muchedumbre como no podía encontrar a aquellas horas en ningún otro punto de la ciudad. Por la calzada, numerosos automóviles que marchaban en todas las direcciones.

Indudablemente, Greta había sabido escoger el lugar de la cita. Ningún sitio mejor para que una mujer sola pasara inadvertida ni para que nadie fijase su atención en un coche que iba a detenerse

por espacio de contados minutos, acaso de unos segundos tan solo.

Aflojó la marcha al aproximarse a la Joachimstrasse. En la misma esquina, parada en el borde de la acera, vio una figura inconfundible. Detuvo su coche al llegar a su altura y abrió la portezuela dispuesto a apearse. Greta se lo impidió. Con movimiento rápido penetró en el «Oppel», tomó asiento a su lado, y suplicó:

—¡No se detenga! ¡Siga de prisa! Es preferible que hablemos con el coche en marcha.

Dominando su impaciencia por formular toda una serie de preguntas, Chester pisó el acelerador, conduciendo el coche a buena velocidad por el centro de la calzada. Cuando miró a la joven, advirtió que Greta, vuelta la cabeza, tenía fija la vista en el ventanillo posterior.

—Creo que no nos siguen —afirmó, volviéndose, tranquilizada al parecer.

—¿Suponía que alguien podía seguirnos?

—En mi situación lo temería cualquiera. Si llegasen a verme con usted, sería una verdadera catástrofe.

—¿Por qué me ha llamado, entonces?

—Por lo mismo que disparé contra Macon y Emile —repuso la joven—. Me hubiese gustado esperar unas horas; pero si no le veo esta misma noche, si no le aviso del peligro que corre, no habría llegado con vida al día de mañana.

Explicó que Nils sabía que se hospedaba en el Kaiserhoff, que conocía la habitación que ocupaba y que tenía cómplices dentro del mismo hotel. Una hora antes Greta se enteró de los planes de su jefe. Ante el peligro que corría el americano, decidió salvarle, aun a costa de arrostrar todos los riesgos imaginables.

—¿Les dijo usted que vendría al Kaiserhoff? —inquirió con ligera desconfianza Chester.

—¡Cómo iba a decírselo! El solo hecho de que lo supiera ya constituiría una acusación definitiva contra mí. Habría sido suficiente para que me quitasen de en medio.

La creyó. Si Nils sospechaba que la muchacha sentía la menor simpatía por el americano, recelaría que había sido quien le ayudó a escapar a la muerte que le tenía preparada en Londres y París. Las consecuencias tenían que ser fatales para la joven. También

resultaba enteramente lógico que, de llegar a saber que se hospedaba en el Kaiserhoff —y no era muy difícil que lo hubiesen averiguado, por cuanto se inscribió en el hotel con su verdadero nombre—, pretendiesen eliminarle, enmendando sus anteriores y repetidos fracasos al tratar de conseguir lo mismo.

Permanecieron ambos en silencio por espacio de varios minutos. Llegaban ya a Ringbonhstrasse, por donde corre el viejo ferrocarril de circunvalación, cuando Chester se decidió a preguntar lo que fundamentalmente le interesaba:

—¿Por qué me indicó que viniese a Berlín?

Tras una ligera pausa, Greta respondió:

—Esperaba y deseaba poder compensar el daño que le hice en América al narcotizarle para que le robasen los «microfilms» confiados a su custodia.

—¿Ayudándome a rescatarlos?

—Desde luego. Me vi obligada, en contra de mi voluntad, a participar en una empresa vergonzosa, sirviendo una causa por la que no puedo sentir la menor simpatía. Hubo un instante en que soñé que podría vengarme de quienes me utilizaban para sus siniestros designios. Ahora comienzo a dudarlos.

—¿Podría saber por qué?

—Es una historia larga y triste, pero será mejor contársela. No afloje la marcha. Siga, si quiere, hasta Grunewald; por el camino podré hablarle.

Chester asintió con una inclinación de cabeza y Greta comenzó a hablar. Había algo de verdad en lo que dijo en el expreso de Chicago a Nueva York. Por sus padres era mitad austríaca y mitad americana. La única diferencia —y fundamental— consistía en que su padre, lejos de pertenecer al servicio diplomático yanqui, fue un fabricante vienes. A raíz de la invasión nazi, la muchacha, que sólo tenía doce años, marchó con su madre a los Estados Unidos, viviendo con unos parientes de Boston.

Allí falleció su madre, un par de años después y tuvo noticias de la muerte de su padre, ocurrida en 1940. En Viena quedaba un hermano médico, varios años mayor que ella, al que quería entrañablemente, con el que se escribía con frecuencia y que en repetidas ocasiones se opuso a que la joven regresase a Austria, temeroso de las consecuencias de la tormenta bélica que asolaba

Europa.

—Cuando América entró en la guerra, dejé de tener noticias tuyas. Al finalizar la contienda, traté de averiguar su paradero. Por espacio de varios años, sin moverme de Boston, hice toda clase de gestiones. El resultado fue desconsolador.

No conseguí ninguna noticia cierta y definitiva. Mientras unos informes le daban por muerto, otros aseguraban que se hallaba vivo en Budapest. Desesperada, hizo algunos ahorros —no tenía otros ingresos que los derivados de su empleo de secretaria del director de la Massachusetts Export Company— y decidió marchar a Europa.

Logró llegar a Budapest. Allí supo que su hermano Albert vivía, pero estaba preso en un campo de concentración. Intentó verle y no lo consiguió. Trató de averiguar los motivos por los que estaba encerrado y nadie se molestó en darle explicaciones de ninguna clase. Desesperada, estaba a punto de abandonar Hungría, para regresar a los Estados Unidos, cuando apareció Nils. Nils no se anduvo con rodeos. Planteó las cosas con entera claridad:

—La libertad y la vida de Albert Mendel tiene un precio: usted verá si está dispuesta a pagarlo.

Greta rechazó indignada la proposición cuando supo que se trataba de colaborar en una empresa de espionaje contra los Estados Unidos. Nils empleó entonces un argumento convincente: dejarla ver a su hermano. Estaba escuálido, destrozado, con la piel pegada a los huesos y los ojos hundidos. Su mirada, sus gestos, sus palabras, reflejaban un horror sin límites. Llevaba cinco años preso y no esperaba resistir mucho más. Diez o doce meses serían más que suficientes para poner fin a su vida.

—Si usted acepta, le nombraremos médico de un hospital y su situación mejorará considerablemente. Además, al regresar de los Estados Unidos quedará en libertad y podrá marcharse donde le parezca.

Greta acabó accediendo. Nils Hansen la necesitaba porque conocía a fondo América y estaba nacionalizada en la Unión. Además, su belleza, podía ser una fuerza en caso necesario. Su misión consistiría en acompañar a Nils hasta Chicago, donde tendrían que recoger determinados documentos y llevarlos a Berlín. Tan pronto como llegasen, Albert, que se encontraría en la capital alemana, sería llevado al sector americano de la ciudad.

—Y Nils se ha negado ahora a cumplir su promesa, ¿no? —inquirió Chester.

La muchacha movió la cabeza en gesto negativo. Hansen había dado cuenta a sus jefes del éxito de la misión, y Albert fue puesto en libertad. Pero no se hallaba en Berlín, sino en un pueblo cercano. Por la tarde, Greta habló con él por teléfono. Estaba todo arreglado y salía hacia la zona americana. Tenía algún dinero, toda la documentación en regla y no había cuidado alguno de que tropezase con el menor obstáculo.

—Quedamos en vernos por la mañana; pero es muy posible, casi seguro, que a estas horas esté ya a salvo de todo peligro en casa de unos parientes que viven en Charlottenburg.

Afrojando la marcha del coche, Chester la miró extrañado. Si su hermano estaba en libertad, fuera de la zona oriental, ¿qué temores podía abrigar ni qué influencia ejercería sobre ella aquel Nils Hansen?

—Ninguna. Pero yo soy americana y quisiera lavar la grave culpa de haber servido a los enemigos de mi patria. Y esto es lo que veo difícil y lo que me angustia.

—¿No cree posible recuperar los documentos?

—Tendría que ser esta noche. Y esta noche no me atrevo a nada, porque ignoro con certeza si mi hermano está fuera de peligro. Mañana por la mañana le veré y se disiparán mis dudas. Pero mañana los «microfilms» pueden estar, estarán, fuera de nuestro alcance.

—Entonces —preguntó interesado el americano—, ¿sabe dónde se encuentran ahora?

—Desde luego. Pero no se lo diré mientras no tenga la plena certidumbre de que Albert está fuera de todo peligro.

—¿De qué nos servirá saber mañana dónde estuvieron hoy, si ya habrán sido llevados a otro lado?

—De nada —reconoció la muchacha—. Dentro de unas horas los «microfilms» estarán cientos de millas al Este y no habrá forma humana de recuperarlos.

—¿Y esta noche?

—Se hallan en Berlín, en el sector oriental, desde luego; pero sería fácil apoderarse de ellos. Tenía el propósito de decirle dónde están, de ayudarle a recobrarlos. Sin embargo, mientras no vea sano

y libre a Albert...

Greta Mendel se expresaba con absoluta sinceridad. En París había llegado a imaginar un plan habilidoso. Una vez en lugar seguro su hermano, se las arreglaría para entregar a Chester los «microfilms» robados, frustrando así los planes de Nils y quienes estaban por encima de él. Desgraciadamente, un retraso de unas horas tiraba por tierra todos sus proyectos. Si ahora hablaba, se exponía a que Albert muriese, y antes que esto, lo prefería todo, absolutamente todo.

—¿Incluso la destrucción de América, donde nació su madre, que le acogió en momentos difíciles, que fue su segunda patria? ¿Incluso la muerte de millones y millones de mujeres y niños?

La muchacha le miró con ojos en los que se pintaba un asombro sin límites. ¿Tanta importancia tenían los documentos robados?

—Más de lo que se imagina. Examinados por un hombre de ciencia, los «microfilms» bastan para llevarle sin el menor esfuerzo a la construcción de la bomba H, mil veces más poderosa que las que asolaron Hiroshima y Nagasaki. Si un día cercano explota sobre las ciudades americanas, usted será la principal responsable...

—Pero la vida de mi hermano...

—No es nada comparada con la de muchos millones de seres. Tiene que decirme dónde están esos documentos.

—Se lo diré mañana.

—Sería demasiado tarde. Ha de ser ahora. Conteste de una vez: ¿dónde los tienen?

Había detenido el coche y se volvía amenazador hacia Greta. Impresionada, la muchacha guardó silencio. Chester repitió a gritos su exigencia. Débilmente se defendió la joven:

—No debía preguntármelo. Sólo con que recordase que en tres ocasiones distintas le salvé la vida, debía respetar mis razones para callar.

—La gratitud es una cosa y el deber otra. Si se tratase de algo que me afectase exclusivamente a mí, no haría nada, aunque me fuese en ello la vida. La daría con gusto por hacerla un favor. Y no sólo como justa correspondencia a lo que hizo por mí, sino porque yo... Bueno, acaso sea ridículo y un poco estúpido decírselo en éstas, circunstancias, pero yo... ¡creo que estoy enamorado de usted!

—¿Entonces...? —preguntó la muchacha, sonriendo complacida, pese al dramatismo del instante.

—Entonces hay algo que está por encima de mí, de ti y de todos nosotros —chilló, exasperado, Chester, tuteándola por vez primera, casi sin darse cuenta de lo que hacía—. Son demasiadas cosas las que están en juego para que podamos detenernos por nada. O me dices lo que te he preguntado o te juro que, aun queriéndote con todas mis ansias...

—¿Es cierto que me quieres? —inquirió Greta con una instintiva coquetería, apretándose contra él.

—Sí; pero eso importa poco ahora. Repito que, aun queriéndote, soy capaz de destrozarte con mis propias manos si no respondes a mi pregunta.

La muchacha calló con gesto amedrentado. Chester siguió hablando con energía, con brutalidad mejor. Habló con absoluta claridad. Greta estaba en sus manos, y antes que enamorado se sentía agente especial del FBI. Pasando por encima de sus sentimientos, no dudaría en entregarla a las autoridades americanas. Había realizado espionaje en favor de una potencia extranjera y podía ser condenada a muerte, exactamente igual que lo fue el espía atómico Rosenberg.

—Pero no habrá, caso, porque tú hablarás. Hablarás como tuvo que hablar aquel miserable de Mitchell Talbot en Londres.

La joven se estremeció al oírle. Recordaba las explicaciones del facineroso acerca de la tortura a que le sometió Chester. Angustiada, preguntó:

—¿Serías capaz de hacerlo conmigo, con una mujer a la que debes la vida?

—Soy capaz de todo. Es probable que después, avergonzado, me levante la tapa de los sesos. Pero ahora, vas a hablar, aunque tenga que arrancarte la piel a tiras. ¿Qué resuelves?

Por espacio de dos minutos Greta pareció meditar su decisión. Al final, mirando a su acompañante con expresión de cariño, repuso sonriente:

—No me impresionan tus amenazas, Chester. Sé que eres demasiado hombre para poner la mano encima a una mujer, y menos a mí. Pero, sin embargo, te diré lo que quieres saber. Después de todo, mi hermano debe estar ya a salvo. Y aunque no lo

estuviere, la vida de millones de seres inocentes vale más que la suya..., aun representando tanto para mí.

—«Okay», cariño —dijo satisfecho Cain—. Te prometo que no le sucederá nada. Si no estuviese ya en el sector americano, le traeríamos a él fuera como fuese. ¿Dónde están los documentos?

Greta Mendel se lo dijo. Aquella misma noche había visto cómo Nils Hansen los guardaba en un hotelito del arrabal de Friedrichberg. La casita, respetada milagrosamente por las bombas, se alzaba en el número 47 de la Weserstrasse.

—Nils estará muy ocupado esta noche preparando tu eliminación. Está convencido de que los documentos no corren el menor peligro una vez que se encuentran en el sector oriental, donde no cree que los americanos se atrevan a buscarlos.

—¿Y no hay nadie en la casita? —inquirió sorprendido Chester.

—Sí. Quedan dos hombres de guardia. Pero nos será fácil vencerlos. Los dos me conocen y saben que tengo que ir por allí. No recelarán cuando me vean.

—¿Piensas venir conmigo?

—Naturalmente. Si fueras sólo correrías peligro de que te recibieran a tiros. ¿Crees que puedo exponerme a que te maten, ahora que sé que me quieres tanto como te quiero yo?

Sin poderse contener, Chester atrajo hacia sí a la muchacha y la besó en la boca. A Greta no pareció disgustarle en absoluto la acción de su acompañante, aunque protestó débilmente y se le arrebolaron las mejillas. Satisfecho, el americano murmuró:

—Bien. Ahora creo que no existe peligro capas de hacerme retroceder.

—Entonces, no perdamos más tiempo. Vamos hacia Friedrichberg. No te preocupes por los «volkspolizeis»[3] de la Postdamer Platz. No nos preguntarán nada; pero si lo hicieran, puedo mostrarles la documentación precisa para que nos dejen pasar sin el menor obstáculo.

Haciendo dar media vuelta al «Oppel», Chester pisó a fondo el acelerador. Pronto estuvieron de nuevo en la Kurfurstendamm. Hizo un breve alto en las proximidades de un bar que permanecía abierto. Indicó a Greta:

—Voy a avisar para que vigilen los alrededores del Kaiserhoff por si pueden atrapar a Nils y sus amigos cuando traten de

liquidarme. Espérame en el coche. No tardaré arriba de cinco minutos.

Se proponía hablar con Shuken de la posibilidad de apresar al famoso Nils en las proximidades del Kaiserhoff. Pero tuvo que referirse, naturalmente, a su conversación con Greta y a la casi seguridad de recuperar los documentos que le fueron arrebatados en el expreso de Nueva York. Y fue esto último lo que interesó de manera fundamental al inspector que le indicó:

—Aguarda media hora y haré que te acompañen unos cuantos hombres. Puedes necesitarlos.

—Prefiero ir solo para no perder un solo minuto.

—¿No temes que pueda tratarse de una celada?

—En absoluto. Aunque lo fuese iría, porque en cualquier caso habrá una posibilidad de culminar con éxito el empeño que me trajo a Europa.

Un poco a regañadientes tuvo que decirle que se dirigía a la Weserstrasse, en el suburbio de Friedrichberg.

—Procuraré acercarme por allá por si necesitas ayuda.

—Es preferible que se encargue de Nils —repuso, descontento, Chester—. Lo demás es cosa mía.

Colgó el auricular y volvió al «Oppel». Greta le esperaba con Impaciencia. Pocos minutos después se hallaban en la Postdamer Platz. Una barrera de hierro cruzaba de un lado a otro la plaza, dejando una abertura para el paso de peatones y vehículos. Junto a ella, dos policías del oeste alemán con uniformes grises y cascos de cuero; al otro lado de la valla dos «volkspolizeis» de la Alemania Oriental con uniforme negro y fusil ametrallador. Ni unos ni otros detuvieron el coche ni hicieron la menor pregunta.

Siguieron por la Leipziger hasta cruzar el Spree, y luego se aventuraron a toda velocidad por Frankfurter Allee. Las calles aparecían desiertas, a oscuras, bordeadas por viejos edificios que continuaban siendo montones de escombros. Chester hizo una pregunta a la muchacha. Sonriente, replicó Greta:

—No te preocupes por mí. Llevo mi pistola y sé manejarla.

En Wesserstrasse había numerosos edificios en pie. De todas formas, el número 47 aparecía rodeado de extensos solares. Por indicación de Greta. Chester detuvo el «Oppel» a cierta distancia de la casa, haciendo a pie los últimos cuarenta metros.

Atravesaron lo que en tiempos lejanos debió ser un pequeño jardín y subieron los tres escalones que conducían a la puerta principal. Estaba cerrada. Greta se dispuso a llamar. En voz baja indicó a su acompañante:

—Procuraré entretener al que salga; dale un golpe por la espalda para impedirle que grite, despertando a su compañero que debe estar durmiendo.

Golpeó con los nudillos sin hacer demasiado ruido. Fueron cinco golpes seguidos, con una pequeña pausa entre el segundo y el tercero y el cuarto y el quinto. Oyeron pasos que se acercaban y se corrió la mirilla de la puerta.

—Soy yo, Karl. Puedes abrir sin el menor cuidado.

—Está bien, *«fraulein»*. Ya estaba impaciente por su tardanza.

Descorrió el cerrojo y se apartó a un lado para dejarlos pasar. Era un hombre gordo, de edad indefinible, de cuello grueso y cabeza afeitada. Greta le hizo una pregunta sobre su compañero.

Como había supuesto, llevaba durmiendo más de dos horas. En cuanto a *«herr»* Hansen no volvería hasta la madrugada.

No parecía alarmado en lo más mínimo por la presencia de Chester. Incluso le volvió, confiado, la espalda, durante su breve charla con la joven. El americano aprovechó la oportunidad. Un solo culatazo fue suficiente para que Karl perdiera el conocimiento, sin tiempo siquiera para lanzar un solo grito. Tuvo que cogerlo para depositarlo en el suelo, impidiendo el ruido que produciría su caída.

—Tenemos libre el camino —indicó Greta—. No hay el menor peligro. Vamos por los «microfilms». Cuanto antes terminemos...

Cruzó el vestíbulo con paso rápido y Chester la siguió. La muchacha daba muestras de conocer perfectamente el terreno que pisaba y no exteriorizaba el menor temor. La empresa no parecía ofrecer dificultades de ningún género, y Cain se confió más de la cuenta. Cuando penetraron en el pasillo que, según le había dicho la joven, conducía al despacho donde Nils había guardado los documentos, incluso llevaba la mano derecha fuera del bolsillo en que había guardado la pistola.

De pronto ocurrió lo inesperado. Surgidos no sabía de dónde, tres hombres se lanzaron por la espalda sobre él. Antes de que tuviese tiempo de llevarse la mano al bolsillo le habían sujetado los brazos. Forcejeó con ellos a la desesperada, gritando:

—¡Cuidado, Greta, cuidado! Escapa antes de que sea tarde...

Echándose hacia adelante logró voltear a uno de sus enemigos, lanzándole contra la pared. Pero casi al mismo tiempo recibió un golpe en la cabeza y las fuerzas le abandonaron. Por espacio de dos minutos perdió la noción de cuánto sucedía alrededor. No llegó a caer al suelo, pero los brazos se negaban a obedecerle y quedó prácticamente inerte a merced de sus adversarios.

Cuando se repuso, a los pocos instantes, advirtió que le habían atado las manos a la espalda y le empujaban con violencia hacia una puerta cercana, por la que probablemente había desaparecido Greta. Al transponer el umbral se quedó indeciso, parpadeando con rapidez, incapaz de dar crédito a lo que veían sus ojos.

Era una especie de despacho, espléndidamente iluminado, amueblado con elegancia y buen gusto. Tras de la mesa, adosada a la pared, se veía una caja fuerte. De pie en el centro de la estancia, sonriendo con aire triunfal, aparecía Nils Hansen. Y a su lado, sin revelar la menor contrariedad o temor, completamente libre y en actitud amistosa, Greta Mendel.

—Buena sorpresa, ¿eh? —preguntó. Nils, avanzando a su encuentro—. Cuando creías tener los «microfilms» al alcance de la mano te encuentras envuelto en una red de la que no podrás librarte.

Chester no le miraba ni casi le oía. Sólo tenía ojos para contemplar a Greta. No acertaba a explicarse su actitud. Cinco minutos antes se decía enamorada de él, dispuesta a ayudarle a recobrar los documentos. Y ahora...

—¡No lo comprendo! —murmuró, expresando en voz alta sus pensamientos—. No puedo comprenderlo...

—¿Tan tonto eres? —preguntó, irónico, Nils—. ¿O te duele reconocer que Greta te engañó como a un niño, haciéndote caer en la trampa preparada?

—¡Mentira! —protestó, airado, Chester—. No es posible que me engañase, que se prestara a representar una comedia, que no fuese verdad cuando decía...

—Que te amaba tierna y apasionadamente, ¿no? —rió, burlón, Nils—. Debías conocer mejor a las mujeres. A ésta, sobre todo. ¿No recuerdas lo que te ocurrió en el tren? Entonces, ¿qué puede sorprenderte ahora?

—¡Estabais de acuerdo!

—¡Naturalmente! Sospechaba que Greta tuvo algo que ver en tus escapadas de Londres y París. Hoy la sorprendí cuando te llamaba por teléfono. Pude matarla, pero preferí utilizarla. Vivo tú, eres un peligro para nosotros; tenías que morir y no era fácil liquidarte en el sector americano.

—¿Y ella se prestó a entregarme?

—Desde luego. Discutimos con cierta violencia, pero llegamos a un acuerdo. A cambio de traerte hasta aquí, de conducirte a un lugar donde los «amis»[4] no pueden meter las narices, yo olvidaría sus amagos de traición y dejaría en completa libertad a su hermano.

—¡Canalla! —Escupió, despectivo, Chester, con los ojos fijos en Greta.

Nils sonrió al escucharle y la muchacha palideció ligeramente. Hubo una pequeña pausa. La rompió la joven para decir en voz pausada, sin atreverse a levantar la cabeza para mirar al americano:

—¡Perdóname, pero no tenía otro remedio!

Luego, enfrentándose con Hansen, exigió:

—Yo he cumplido mi parte del compromiso. Ha llegado el momento de que cumplas la tuya.

—Nils Hansen hace siempre honor a su palabra.

Desentendiéndose, momentáneamente, del prisionero dio una orden breve en alemán. Un instante después, con las manos sueltas, pero acompañado de dos individuos, penetraba un hombre joven, delgado, prematuramente envejecido, cuyo rostro tenía una lejana semejanza con el de Greta.

Al verle, la muchacha corrió a su encuentro y ambos se abrazaron emocionados, sin pronunciar una sola palabra. Nils cortó la escena en el preciso instante que un coche se detenía ante la puerta del hotelito:

—¡Basta! No perdamos más tiempo. Aquí tiene, Albert, su documentación en regla; coja el automóvil que hay a la puerta y váyase al sector americano. Su hermana le reservó habitaciones en el Splendid de la Kantstrasse. Marche directamente allí; Greta le telefonará más tarde.

Albert Mendel salió de la habitación. Su hermana corrió a la ventana para verle subir al automóvil. Nils volvió a enfrentarse con Chester, que continuaba atado, sin acabar de reaccionar de la serie

de impresiones sufridas en los últimos minutos.

—Y para ti, amigo, es el final. De ésta no escaparás de ninguna manera. Podría entregarte a la «volkspolizei», seguro de que lo pasarías mal por realizar espionaje en esta parte de Alemania. Prefiero hacer justicia sin hacerte sufrir con inútiles dilaciones.

—Con un tiro en la nuca, ¿no? —preguntó Cain.

—En absoluto. Fusilándote. No será un crimen, sino una ejecución.

Sacó una pistola con la que encañonó al prisionero. Luego, dirigiéndose a sus secuaces, ordenó:

—Coged los fusiles y formad el pelotón a espaldas de la casa. Yo iré inmediatamente con el prisionero.

Salieron sus cuatro secuaces. Casi al mismo tiempo se escuchó el ruido de un coche que se alejaba, y Greta lanzó un suspiro de alivio. Siempre sonriente, Nils tornó a hablar con Chester:

No podrás quejarte, amigo. Voy a liquidarte con todos los honores.

Acercándose le puso la pistola al pecho, ordenando:

—¡Tira hacia el pasillo! Ha llegado tu hora...

Greta se apartó de la ventana. Brillaron de una manera extraña sus ojos. Luego, con movimiento rápido, extrajo del pecho una pistola. Apoyando el cañón sobre la nuca de Hansen, habló en voz baja, pero en tono que no admitía réplica:

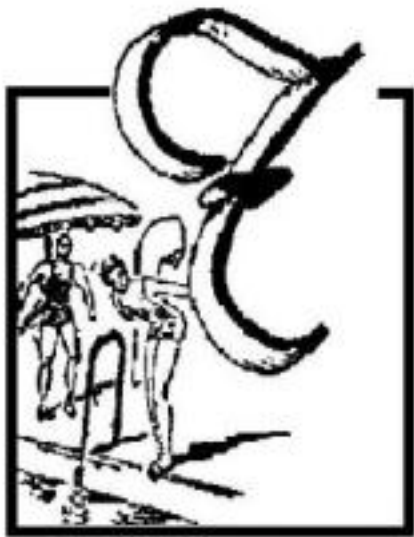
—¡Quieto, Nils! Suelta el arma sin lanzar un solo grito o te vuelo la cabeza...

Boquiabierto y aterrado. Hansen obedeció. Cuando se volvió pudo ver a la joven sosteniendo con mano firme una pistola que le apuntaba al corazón.

—¡Estás loca, Greta! ¿Qué significa todo esto?

—Significa que ahora que mi hermano está libre, tú y yo tenemos que ajustar cuentas...

## VII



AN firme resolución había en sus palabras que Nils tembló ligeramente, mientras en el pecho de Cain se abría paso una nueva esperanza. Rápida, enérgica, Greta volvió a hablar:

—¡Suelta a Chester!

—Pero...

—¡Obedece o disparo!

Seguro de que la menor vacilación le costaría un balazo, Hansen se apresuró a desatar las ligaduras del americano. Sin hablar palabra. Cain se inclinó para recoger la pistola que había soltado su enemigo. Sonrió feroz. En el peor de los casos podría llevarse por delante a unos cuantos.

Tuvo deseos de coger a la muchacha de un brazo y saltar por la ventana, encomendando su salvación a la huida. Greta demostró en aquel instante que conservaba íntegra la serenidad y sabía lo que

quería.

—¡Abre la caja fuerte, Nils! Necesito los «microfilms».

—¡Eso no! Antes...

—Te levanto la tapa de los sesos si no lo haces. Después, la abriría yo.

Secundando la actitud de la muchacha, Chester apoyó el cañón de la pistola en la espalda de Hansen, advirtiéndolo:

—Si no has abierto cuando cuente cinco...

Intensamente pálido, con gruesas gotas de sudor corriéndole por la frente, Nils obedeció con manos temblorosas. Un instante después la caja fuerte estaba abierta.

—¡Apártate! Seré yo quien saque lo que me interesa.

Siempre cubierto por la pistola de Chester, Hansen hubo de ver, impotente, cómo Greta revolvía en el interior de la caja fuerte. Pronto encontró lo que buscaba. Cogió el sobre, examinó su contenido con rapidez y se lo tendió a Cain, diciendo:

—Ten. Creo que no falta nada.

Chester lo cogió con la mano izquierda, metiéndoselo en el bolsillo de la americana. Greta sacaba entonces de la caja fuerte una pistola-ametralladora de construcción alemana, con varios tambores de repuesto, mientras decía satisfecha:

—Esto puede sernos muy útil.

Saliendo con un esfuerzo del estupor en que estaba sumido, Nils intervino:

—No os servirá de nada. Estamos en el sector oriental; tengo veinte hombres rodeando la casa. No podréis escapar de ninguna de las maneras.

—Siéntelo por ti, entonces —repuso, ceñudo, Chester—, porque serás el primero en caer.

No había tiempo que perder. Aunque los acontecimientos se desarrollaban con vertiginosa rapidez, habían transcurrido cerca de cinco minutos desde que los secuaces de Hansen marcharon a la parte trasera de la casa. Extrañados por su tardanza podían volver en cualquier instante.

—Saldremos por la ventana. Mira a ver si está el camino libre.

Greta se acercó para comprobar que había dos o tres individuos en las inmediaciones. Había que tomar otra ruta.

—«Okay». Iremos por la puerta. Tú delante, Nils.

Pero no se habían movido cuando oyeron ruido de pasos precipitados en el pasillo. Un segundo después, en el umbral aparecía uno de los secuaces de Hansen, preguntando:

—¿Ocurre algo, jefe? Llevamos varios minutos...

—¡Quieto! ¡Arriba las manos sin lanzar un grito, o...!

El recién llegado se dio cuenta de la situación. Vio que la pistola de Chester se tendía amenazadora hacia él, pero no se consideró vencido. Traía un arma en las manos y trató de usarla. Cain disparó antes y el individuo lanzó un grito al sentirse herido. Soltó el arma y echó a correr por el pasillo, gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que se escapa!

Chester se asomó al pasillo a tiempo de ver cómo del vestíbulo irrumpían tres o cuatro individuos que le saludaron con una lluvia de balazos. Precipitadamente se retiró al interior del despacho, haciendo fuego para mantenerles a raya. Sin dejar de tirar indicó a Greta:

—Mira si ya está libre la parte de la ventana.

La muchacha obedeció. Nils vio llegada su oportunidad. Cain no podía abandonar el pasillo por donde pretendían avanzar sus enemigos; la joven le volvía la espalda. Eligió el adversario que consideró más débil y actuó con rapidez y violencia.

De un salto cayó sobre Greta. La muchacha pretendió defenderse, pero atacada por la espalda nada pudo hacer frente a las fuerzas superiores de Hansen. Gritó angustiada, para advertir a Chester, pero antes de que éste se diera cuenta exacta de la situación, ya Nils la tenía dominada y vencida. Con la mano izquierda la sujetaba por el cuello para interponer el cuerpo de la joven entre él y la reacción posible del americano, mientras con la derecha sostenía la pistola que acababa de arrebatarla.

—¡Se cambiaron las tornas, Chester! ¡Tira si te atreves!

Cain se volvió al escuchar la voz. El corazón aceleró sus latidos al ver el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos. Greta se debatía impotente entre los brazos de Nils, que reía convencido de que ahora la victoria no podía escapársele:

—La matarás a ella y yo te mataré a ti. Será mi venganza contra los dos. ¡Y los documentos seguirán en mis manos!

Instintivamente, Chester dio un paso al frente. No se atrevía a disparar desde lejos, temeroso de herir a la muchacha. Hansen rió

triunfal, anunciando:

—Cada paso, un balazo. ¡Empiezo!

Uniendo la acción a la palabra, apretó el gatillo y Chester sintió un mordisco de plomo en el hombro izquierdo. Vencido momentáneamente por el dolor, se detuvo vacilante. Nils seguía riendo:

—¡Dispara si te atreves! Yo continúo. Ahora en el muslo; luego, en el corazón...

El segundo balazo hirió a Cain en la pierna izquierda. Sobreponiéndose al dolor, avanzó con un ansia ciega de matar. Nils quiso detener su avance de una manera definitiva, metiéndole una onza de orno en el pecho. Apuntó con fría determinación y apretó el gatillo.

Con un esfuerzo supremo, Greta se desasíó en el instante mismo en que hacía fuego, propinándole un violento empujón. Desviada su puntería, el plomo pasó a unos centímetros de Chester sin rozarle siquiera. Nils se volvió furioso contra la muchacha:

—¡Te mataré a ti, perra!

Pero Chester se le adelantó. Durante unos segundos angustiosos, interminables, había esperado la oportunidad de tirar sin miedo de alcanzar a la joven. Ahora que se le presentaba la aprovechó cumplidamente. No hizo más que un disparo, uno solo, pero fue suficiente. Herido entre las dos cejas, Nils se hundió materialmente, como un muñeco al que de pronto le fallan todos los resortes.

Un instante después, Cain contempló el cadáver de su enemigo. De su abstracción le sacó un grito de Greta. Se volvió rápido, a tiempo de ver que en la puerta que daba al pasillo acababa de aparecer, pistola en mano, uno de los secuaces de Hansen. Los dos hombres tiraron a un tiempo. El forajido quedó muerto, atravesado en la misma puerta. El americano se derrumbó pesadamente, con un balazo en el pecho.

Angustiada, enloquecida por el dolor, Greta se arrodilló a su lado, le cogió la cabeza entre los brazos, sollozando:

—¡Chester! ¡Chester!

Cain se sobrepuso a los sufrimientos y a la debilidad que iba dominándole. Apremió a la muchacha:

—¡Que vienen! ¡Que vienen! ¡Contenles a balazos!

Se oían pasos y gritos de los seguidores de Nils, que avanzaban

por el pasillo. Greta reaccionó con rapidez. Soltando a Chester, cogió la pistola ametralladora tirada en el suelo, cerca de la mesa. Con ella en las manos se acercó a la puerta del pasillo. Una décima de segundo después tableteaba una ráfaga, acogida con gritos de agonía y una precipitada huida de quienes pretendían acercarse.

Siguió una breve tregua. Pero no cabía hacerse ilusiones. Los asaltantes volverían a la carga. Era preciso buscar una solución. Desde el suelo, Chester habló:

—Dame la ametralladora, Greta. Yo tiraré contra los que se acerquen, teniéndoles a raya. Mientras, tú puedes escapar por la ventana.

—No, Chester. Lo que sea de ti será de mí.

—¡Obedece! Tienes que salvarte, que salvar los documentos robados. Te será fácil. Ninguno de éstos sabe que estás de acuerdo conmigo. Si saltas por la ventana, te dejarán huir. Busca al inspector Gordon Shuken. Dale los «microfilms» y dile que yo no pude llevárselos como había prometido.

Con terca insistencia, la muchacha se negaba. Se consideraba responsable única de la situación en que se encontraba Cain. Le había traído allí con engaños; le había lanzado a la aventura al arrebatárle los documentos en el expreso de Nueva York. Y además...

—¡Te quiero, Chester! Si tú mueres, no deseo seguir viviendo...

—Yo también te quiero, Greta. Por mi amor debes hacer lo que te pido. Recuerda lo que te dije hace una hora: los «microfilms» valen más que mi vida y la tuya.

Llorando, la muchacha se dispuso a obedecer, entregando a Cain la pistola ametralladora, en la que había puesto un nuevo tambor. ¡Ya era tiempo! Los asaltantes volvían a la carga, avanzando por el pasillo. Arrodillado en el suelo, Chester comenzó a tirar, procurando no desperdiciar los balazos.

—¡Aprovecha este momento, Greta! Aquí, en el bolsillo, tengo los documentos. Cógelos y...

Se interrumpió sin terminar la frase. De fuera del edificio les llegó repentinamente el tableteo de varias pistolas ametralladoras. Pronto no tuvieron la menor duda: en torno a la casa se libraba una encarnizada batalla. Greta corrió a mirar por la ventana. Chester creyó comprender: un error enfrentaba a los secuaces de Nils con

policías orientales que acudían atraídos por los disparos. Pero pronto se pondrían de acuerdo y cualquiera que fuese el vencedor, su suerte sería la misma.

—Para nosotros, la «volkspolizei» es tan mala como Hansen —murmuró.

—¡Son americanos! —gritó en aquel instante Greta—. ¡Americanos!

—¿Estás segura? —preguntó emocionado Cain—. ¿No te habrás confundido por su aspecto?

—No. Son americanos... ¡Y llevan las de ganar!

La muchacha empezó a tirar desde la ventana contra los amigos de Nils que pretendían escapar a todo correr. Chester tiraba también contra los individuos que seguían haciendo fuego desde el vestíbulo. A cada segundo se sentía más débil. Sólo una voluntad de hierro le impedía dejarse caer de bruces al suelo. Pero no iba a abandonar la partida, ahora que casi la tenía ganada.

Pronto empezó a decrecer la violencia de la refriega. A los tres minutos cesaba el estrépito de los disparos. Desde el vestíbulo le llegó entonces una voz conocida, gritando:

—¡No tires, Chester! ¡Soy Gordon!

—¡Adelante, Shuken! —respondió en tono alegre Cain.

Abandonando la ventana, Greta corrió a abrazarle. Ayudado por ella, aunque cubierto de sangre, logró ponerse en pie en el instante mismo en que aparecían cuatro hombres en la puerta, armados con «Thompsons». Haciendo un esfuerzo, Chester metió la mano en el bolsillo, sacó un sobre y se lo tendió a Gordon, diciendo:

—¡Aquí tiene los documentos, inspector! Y ahora..., ¡puede detenerme ya!

Se le cerraron los ojos, las piernas se negaron a sostenerle y rodó por el suelo, arrastrando casi a Greta, que sollozaba abrazada a él:

—¡Le han matado! ¡Le han matado!

Con suavidad, Shuken apartó a la muchacha, mientras uno de sus hombres se agachaba a reconocer a Cain. Tras un examen rápido, anunció:

—Está vivo. Tiene varias heridas, pero acaso pueda salvarse.

Mientras dos de los agentes taponaban apresuradamente las heridas de Chester para contener la hemorragia, el inspector explicaba a Greta su repentina aparición. En su conversación

telefónica, Cain le había indicado que se proponía dirigirse al arrabal de Friedrichberg, a la Wesserstrasse. Aunque ignoraba el número, se dirigió allá con dos coches en los que iban diez hombres bien armados, presto a correr en su ayuda en caso necesario.

—Estábamos a poco más de cien metros, cuando empezaron los tiros. Me supuse lo que ocurría, vinimos hacia aquí y conseguimos llegar a tiempo.

Greta movió tristemente la cabeza, con los ojos fijos en el cuerpo inanimado de Chester. Acaso para él hubieran llegado demasiado tarde. En cualquiera caso, el peligro no había desaparecido por completo. Estaban en el sector oriental, la «volkspolizei» podría acudir en cualquier instante y darles un buen disgusto. Uno de los agentes preguntó entonces:

—¿Qué hacemos ahora, inspector?

—¡Todos a los coches! Tirad hacia el sector americano. Si alguien nos cierra el paso, barredle. Mañana daremos todas las explicaciones diplomáticas que sean precisas. Pero esta noche tenemos que salir de este infierno...

—¿Y yo? —preguntó, vacilante, Greta.

—Con nosotros. Merece un premio por lo que ha hecho. Aparte de que Chester no me perdonaría, al volver en sí, que la hubiese dejado aquí.

Cuando, transcurrido un lapso de tiempo que no podía calcular, Chester Allan Cain abrió los ojos y retornó a la conciencia, creyó ser víctima, de una alucinación. Se hallaba en la blanca habitación de un hospital o sanatorio. Y no sólo Greta le tenía cogidas las manos y se inclinaba sobre él con un brillo ilusionado en las pupilas, sino que el médico que le miraba sonriente tenía un extraño parecido con el Albert Mendel a quien vio sólo un instante en el hotelito de la Wesserstrasse.

Quiso conocer lo sucedido desde que perdió el conocimiento, saber cuántas horas habían transcurrido desde entonces, cuál era su situación y dónde estaba el inspector Shuken, pero aunque movió los labios no consiguió articular palabra. Sentía una extremada debilidad, y si el cerebro empezaba a funcionar de nuevo, no parecía que tuviese aún energías para moverse o hablar. Suavemente, Greta le puso la mano en la boca, recomendándole silencio, y Chester tornó a hundirse en un sueño profundo.

Al despertar, debían de haber transcurrido muchas horas, porque las sombras de la noche habían sido barridas por el día, y a través del amplio ventanal penetraba el sol a raudales; pero Greta continuaba a su lado, con la misma actitud y con idéntico gesto. Volvió a preguntar algo, si bien ahora logró que de sus labios salieran unos cuantos sonidos. Greta le recomendó silencio, pero no sólo con el gesto, sino con palabras que llegaron claramente hasta su cerebro:

—Todo va bien, Chester. Pero no te inquietes ni esfuerces, querido: pronto lo sabrás todo.

En días sucesivos fue recobrando las fuerzas. Pudo cambiar algunas palabras con la muchacha, que no se apartaba de su lado. Supo que había transcurrido un mes largo desde la dura pelea sostenida en Friedrichberg, que las dos semanas primeras los médicos desconfiaron de salvarle, y que sólo una aventurada y certera intervención quirúrgica practicada por Albert Mendel alejó del ánimo de cuantos se interesaban por su estado el temor de un próximo y funesto desenlace.

—Aún tendrás que guardar cama unas semanas, pero ya estás fuera de todo peligro.

Bien. Chester estaba dispuesto a creerlo, en lo que afectaba a su estado físico, pese a que todavía se encontraba muy débil; en cambio, tenía grandes dudas en lo que se relacionaba con su situación legal. Había triunfado en su empeño de recuperar los «microfilms» robados; sin embargo, para conseguir tal éxito, tuvo que actuar por su cuenta, desobedeciendo órdenes superiores, empleando la violencia contra un inspector de la Policía federal y matando a varios individuos en Londres, París y Berlín. Ciertamente que tanto Talbot, como Macon o Nils y sus respectivos secuaces eran auténticos forajidos, miembros de una organización terrorista: pero ¿bastaría esta convicción rara desarmar la ira de las autoridades inglesas y francesas, interesadas en juzgarle? ¿Sería suficiente la victoria alcanzada para que su proyectada expulsión del FBI no se llevara a cabo y se pasara por alto su indisciplina al arrebatarse a Shuken la documentación y el pasaje que le sirvieron para marchar a la Gran Bretaña en lugar de presentarse en Washington en calidad de arrestado?

Y no temía tan sólo por sí mismo. Si su caso era grave, mucha

mayor trascendencia tenía el de Greta. Al naturalizarse americana, la muchacha había quedado sujeta a las leyes estadounidenses. Era indudable que había colaborado con una banda de agentes extranjeros, realizando labor de espionaje en contra de su país de adopción. De comparecer ante un tribunal y ser declarada culpable, la condena podía significar largos años de encierro, tal vez la muerte. Su conducta posterior, cooperando en la recuperación de los «microfilms» y en el exterminio de la banda, ¿podría considerarse, no como una atenuante, sino como una eximente total? Chester lo deseaba con todas sus ansias; pero dudaba mucho de que sus deseos tuvieran nada que ver con la realidad.

—¿Qué ha sido del inspector Shuken?

—Tuvo algún jaleo aquí hasta que se solucionó el incidente provocado por su irrupción en el sector oriental. Después marchó a París, Londres y Washington; ha telefoneado que estará de regreso dentro de una semana.

Había que esperar por fuerza. Hasta que Gordon volviera no sabría nada concreto respecto a su situación y a la de Greta. La muchacha y su hermano habían hecho algunas preguntas en la comandancia berlinesa de las fuerzas americanas de ocupación. Rehuyendo una respuesta concreta, les habían dicho que todo dependía de las gestiones que míster Shuken realizaba en América.

Hubo algo, sin embargo, para lo que no le fue preciso esperar a Chester Allan Cain. La actitud de Greta, que no se apartaba un instante de su lado, la forma de hablarle y de mirarle, demostraban bien a las claras que el cariño de la muchacha era tan fuerte como el suyo. Ni siquiera necesitó preguntárselo para que la joven confirmara sus más rosadas ilusiones.

—Me impresionó la generosa caballerosidad con que me defendiste en el tren. Pese a la prudencia que te imponía la custodia de los documentos que llevabas encima, no dudaste en correr todos los riesgos para ayudar a una mujer atropellada. Creo que te quise desde aquel momento.

—¡Y bien me lo demostraste en Londres y París!

Le hubiera gustado pedir a Greta que fuera su mujer. Le contenía la incertidumbre acerca de su porvenir. Vaciló durante dos o tres días, pero al fin acabó diciéndoselo...

—Aunque no sé si la luna de miel la tendré que pasar en alguna

celda de  
Sing-Sing  
o Alcatraz.

—Aun así —repuso sonriendo emocionada la joven—, yo me consideraré la mujer más feliz del mundo.

Sobre su felicidad sólo quedaba la sombra representada por el regreso de Gordon Shuken. Chester deseaba y temía aquel instante. Las noticias que trajese el inspector decidirían el curso de su vida. Por fortuna, las noticias no pudieron ser mejores.

—Eres un tipo de suerte —dijo Gordon a modo de salutación al penetrar una tarde en la habitación en que Cain convalecía de sus heridas—. A otro cualquiera amenazar a un superior, salirse de la ley y liquidar a unos cuantos individuos le costaría ir a la silla eléctrica; a ti te vale una condecoración y un ascenso.

—Entonces, ¿continuaré en el FBI? —preguntó ilusionado Chester.

—¡Y con todos los honores, amiguito! Los caballeros de Washington están emocionados por tus hazañas. Creen que has conseguido más, mucho más, de lo que cabía esperar humanamente. Hasta el propio Hoover me dijo que te diera, con un abrazo, su más entusiástica felicitación.

La recuperación de los «microfilms» desaparecidos, el descubrimiento de la famosa «ruta Pontecorvo» —puesta definitivamente en claro con las declaraciones de Jules, Marguerite, y otros muchos agentes detenidos en Londres, Folkestone, Calais y París— y la muerte de aquel Nils Hansen que había tenido en jaque durante años enteros a los servicios de contraespionaje americanos, justificaban sobradamente que fuera considerado como un verdadero héroe.

—Y excuso decirte que ni Scotland Yard ni la Sureté, informadas de todo lo ocurrido, tienen ya nada en contra tuya.

Chester experimentó una íntima y profunda alegría. Pero su mirada tropezó con la de Greta y un rictus de amargura apareció en su rostro. Gordon había hablado exclusivamente de él. ¿Qué sería de la muchacha?

—Tranquilízate, muchacho. Si te dije que eras un hombre afortunado, no fue solo por ti. Para empezar, te diré que Albert Mendel, que es un magnífico cirujano, como habrás comprobado

por ti mismo, podrá, si quiere, cruzar el Atlántico y ejercer su profesión en los Estados Unidos...

—¿Y Greta? —le interrumpió impaciente Chester.

—No hay nada contra ella. Su nombre no aparece en todo este asunto. Podréis casaros cuando queráis..., y ser tan felices como yo os deseo.

Cain atrajo hacia sí a la muchacha, que le abrazó ruborosa y emocionada. Sonriendo, Gordon Shuken comentó:

—Sólo a ti, Chester, podía ocurrirte esto: tropezarte con una espía encargada por sus jefes de hundirte y acabar casándote con ella.





O. C. Tavin

el autor que ha conquistado el favor del público nos ofrece ahora una obra maravillosa por el arranque dramático de sus personajes.

## **ALIAS «LUGGER»**

Un hombre que es calificado de pistolero cien por cien, realiza una serie de hechos en un ambiente escalofriante y conmovedor a la vez, donde docenas de tipos viven y mueren con la amargura de haber luchado en defensa del delito.

O. C. Tavin

triunfará como siempre con su gran producción en el siguiente número de la

**Colección F. B. I.**

---

**Aventuras del F. B. I.**

**Jeque Blanco**

¡LOS MEJORES CUADERNOS INFANTILES,  
al servicio de  
LA JUVENTUD HISPANOAMERICANA!



## NOTAS

[1] Cuartel general. < <

[2] La Sureté es la Policía oficial francesa; el Deuxième Bureau, el equivalente francés del FBI americano. < <

[3] Policías de la titulada República Democrática Popular Alemana del Este. < <

[4] Amis es el término despectivo con que los alemanes, especialmente los de la zona oriental, designan a las fuerzas americanas de ocupación. < <